Capítulo XV

LA MENTE DEL PERVERSO

Sentados en una terraza del edificio nuevo de la Clínica Santa María en Bellavista una soleada mañana de abril de 2010, días antes de que apareciera su primer testimonio en la televisión, James Hamilton, con su bata blanca de médico, se apronta a dar un diagnóstico. Mientras tomamos un café, me señala categórico: «Karadima es un perverso». Es un personaje «que tiene trastocados los conceptos de bien y mal, y que logró mantenerme "embrujado"».

James Hamilton se sometió a un psicoanálisis durante seis años para asimilar lo que había vivido. Y para comprender que no es tan fácil salir de las redes de una mente insana. Para dejar de sentirse culpable. Para volver a vivir.

En esa conversación, una de las primeras que sostuvimos, Jimmy Hamilton manifestó: «Karadima no ha dejado de abusar, porque va en contra de su naturaleza. Su pasión es la dominación. Es un cazador furtivo que identifica a sus "presas" y las caza. Y la presa deja de ser persona para ser un objeto de sus deseos y pasiones».

—¿Cómo definirías el perfil de esas «presas»?

—Son jóvenes, con algún tipo de daño, con debilidad en la estructura familiar; ingenuos, bondadosos, alegres, creyentes, confiados. Y son capaces de «deslumbrarse».

—¿Los abusos eran simultáneos o uno detrás de otro?

—Simultáneos. Eso lo supe después de lo que viví en El Bosque, porque siempre pensé que era el único al que le ocurría algo así. Pero por otro tipo de testimonios supe que hubo relaciones homosexuales entre jóvenes, lo que para mí fue una sorpresa. Nunca pensé en eso. Uno de ellos se fue a confesar con Karadima y le contó lo que había ocurrido. Entonces el cura se dedicó a

destruir paulatinamente al otro, porque su regalón, que integraba su harem, le había ido a confesar. Que hubiera alguien compitiéndole en cuestiones eróticas lo desquiciaba.

En la etapa previa al abuso sexual, Karadima iba «tanteando» el terreno de sus posibles «presas», describe Jimmy Hamilton. Y visto con ojos de hoy, sus víctimas comprueban que de esa manera, poco a poco, el cura iba detectando hasta dónde podía llegar con sus «elegidos».

—Las otras víctimas sufrieron abusos más cortos en el tiempo que tú...

—Ellos tuvieron la suerte, el coraje, la valentía, la estructura familiar para saber que eso estaba mal y se fueron. Y cuando se fueron eran «hijos del demonio». Pasaban por una especie de cartelera de desacreditación, como todos los que se han ido de El Bosque.

Cuenta Jimmy Hamilton que siendo presidente de la Acción Católica veía alejarse a otros jóvenes. «Y sin sospechar por qué se retiraban me decía a mí mismo "a estos cabros les falta fe y fidelidad hacia la Iglesia, hacia su director espiritual, ¡cómo se pueden ir!". Nunca pensé que a ellos les pasaban las mismas cosas. Creía que yo era el único.»

—Pero esto con el cura, ¿no era como un enamoramiento de tu parte también? —le pregunto.

—No —la voz se enronquece—, era sometimiento. Nada más. Él me decía de repente «somos pololos». Él me decía esa *huevá* y a mí me caía como patada en la guata, porque en el fondo de mi corazón esto me generaba culpa, pero él tenía un dominio total sobre mí. Yo le había entregado ese dominio. Nunca me gustó, después me generaba repugnancia.

«La realidad es la realidad, el perverso no lo va a dejar de ser nunca. No se le ha puesto el nombre de perverso a él y no se le ha puesto el nombre de víctima a la víctima. Y nunca se ha podido definir a los encubridores. Pero aquí tienes el triángulo oculto del secreto», me decía antes de que la Iglesia, en febrero de 2010,

diera a conocer el fallo del Vaticano, donde se les reconoce de manera «oficial» el estatus de víctimas a él y a los otros acusadores principales que habían hecho las denuncias públicas.

Afirma James Hamilton: «Karadima le hizo un daño a la sociedad, pervirtió a tipos generosos. Podrían haber sido personas que bien encaminadas estarían hoy trabajando en sus pegas, entregadas a la solidaridad, a la justicia, a la bondad, porque así eran ellas».

Le inquieta lo que ocurre en el entorno del ex párroco de El Bosque y cree que se debe indagar a fondo por las complicidades u ocultaciones que pueden haberse generado, y por el riesgo que esto implica para la sociedad. Por eso, también le parece fundamental que se investiguen todas las redes del ex párroco, como lo reiteró en su impactante participación en *Tolerancia Cero*, el domingo 20 de marzo de 2011.

En muchas oportunidades habíamos conversado sobre este tema en el último año. Jimmy Hamilton advierte «la repetición de costumbres en los "hijos de Karadima". Hay muchos que hacen esto». Sostiene que hay «una red doctrinaria de perversión. Es un problema enorme. Las personas en sí no son malas —reitera—. El drama proviene de una nebulosa entre el bien y el mal. En dilucidar qué es lo que está correcto y qué incorrecto. Y se educa a gente y se le enseña una nueva moralidad. Entonces heredan eso».

«La pasión de Karadima es subyugar, es la dominación», reitera el doctor Hamilton y argumenta que «esa pasión no puede eliminarse o prohibirse. Y si están libres y en condiciones, lo van a seguir haciendo.» Unas semanas después, un día de junio de 2010, agregó: «Sacerdotes como Diego Ossa hasta hoy son abusados. Karadima le dice en las noches que lo vaya a acompañar porque está tan triste y solo…».

Las definiciones del «padre Cero»

Con mucha cautela me recibió en un lugar eclesiástico la mañana del último día de 2010 para tratar el tema del caso Karadima.

Fue uno de los pocos sacerdotes que antes de que el arzobispo Ricardo Ezzati diera a conocer el fallo del Vaticano accedió a conversar, aunque bajo un estricto compromiso de no citarlo por su nombre y sin grabar su voz. Lo rebauticé como «padre Cero», considerando que sus apreciaciones —de las que tuve que tomar apuntes— pueden ser de interés.

Conoce a algunos de los denunciantes y sabe de procesos eclesiales y civiles en curso. Entre sus preocupaciones están los abusos sexuales y psicológicos que afectan a la Iglesia sobre los que ha leído y estudiado. Él ha analizado el tema de lo que llama «la mente del abusador» y su funcionamiento. Explica así el «proceso de elaboración del trauma»: en primer lugar, el abusador «embauca a las víctimas de alrededor de quince años y hasta los dieciocho; segundo, abusa de ellas a partir de los dieciocho, y en la tercera fase, manipula; esto —dice— es continuo y puede durar muchos años».

Según el padre Cero, la descripción que hace la siquiatra francesa Marie-France Hirigoyen en su libro *La mente del abusador*, calza como «de manual» con la personalidad de Fernando Karadima. La especialista explica que el abusador no tiene empatía con la víctima, por lo que tampoco siente culpabilidad ni se arrepiente. «Nunca se arrepentirá. Es parte de la perversión», explica el padre Cero. Agrega que los abusadores perversos como tipo psicológico «son "planos". No tienen emociones verdaderas». Coincide con otros especialistas en que Karadima presenta «efebofilia» —la atracción sexual que sienten las personas adultas hacia adolescentes que han superado la pubertad— y abusó de «efebos» elegidos por él.

Las constantes alusiones al padre Hurtado y a la Virgen María al padre Cero no le parecen más que muletillas para asegurarse la adhesión de los jóvenes: «Otras herramientas para manipular».

Opina que Karadima tiene una «personalidad desestructurada». Prefiere no usar el término de psicópata —dice serio—, «porque podría ser causa de eximirlo de pena. Pero tiene rasgos

de personalidad psicopática que lo constituyen en un perverso, un abusador».

Al padre Cero no le parece extraño que el mismo Karadima hubiera sido abusado. Alude también a eventuales situaciones vividas en su infancia. «Su familia tenía muchos problemas económicos. Lo típico de una personalidad como la suya es una baja autoestima que para afianzarse recurre a acciones de poder, lo que implica control de las mentes de las personas, búsqueda de riqueza y abuso sexual.»

Y agrega que un agravante del mal ejercicio del poder en derecho penal es que esté revestido de autoridad. Y en el caso de Karadima —dice— «aún es peor, porque lo ejerce en nombre de Dios».

Seducción de *grooming*

El sacerdote Hans Kast, en el documento que acompañó su declaración ante el fiscal Armendáriz en la primera etapa del proceso ante la justicia, agregó un anexo en el que cita «algunos elementos para entender el tema del abuso sexual». La fuente es monseñor Stephen Rossetti, del Saint Luke Institute en Washington, Estados Unidos, uno de los expertos a nivel mundial en abuso sexual[1].

Los conceptos que emite Kast coinciden con lo señalado por el padre Cero y con otras opiniones expertas. Por ejemplo, al indicar: «Muchas veces el abusador no reconoce el mal que hace; ahí está su enfermedad, no tiene empatía con el dolor ajeno».

Un punto especialmente interesante que recoge el padre Kast de los planteamientos de Rossetti es que «el abusador efebofílico tiene una atracción inapropiada hacia jóvenes y hará todo lo posible por llegar a ellos. Va violando los límites en forma escalonada». Cualquier semejanza con la realidad que instauró Karadima en El Bosque no parece mera coincidencia ni es casualidad. Por

[1] Sobre declaración de Hans Kast ante la justicia, ver capítulo 14: «Acusaciones sacerdotales». Hans Kast agrega como referencia en su documento el sitio web www.sli.org

el contrario, se puede concluir que su comportamiento en efecto resulta «de manual».

Kast aporta otro antecedente sobre el abusador basado en palabras de monseñor Rossetti: «Comienza con una seducción de *grooming*», esto significa que va de a poco ganándose la confianza[2] de la víctima. «Minimiza el dolor ajeno y busca racionalizar sus conductas de abuso.» A la vez, agrega: «abusa de drogas médicas» y resalta que «maneja mal sus emociones y su sexualidad. Es patético e infantil».

Señala el padre Kast los diversos tipos de abusadores descritos por Rossetti: pedófilos, efebófilos, compulsivos sexuales, neuropsicóticos, narcisistas. Y añade que entre uno y dos tercios de los abusadores sufrieron ellos mismos de abuso.

Una característica que consigna el documento que se cumple con exactitud en el caso Karadima es que este tipo de abusador «no se relaciona con iguales o pares, sino con inferiores... Rey de los jóvenes». Esas palabras recuerdan, sin ir más lejos, la afición de Karadima de andar siempre con séquito y el tratamiento de «rey» que le daban algunos de sus seguidores más cercanos, como el actual obispo de Linares Tomás Koljatic, según testimonios de las víctimas.

Los abusadores efebofílicos «buscan hábilmente la forma de tener acceso a jóvenes, y en ambientes de confianza pierden el pudor o la inhibición», destaca monseñor Rossetti. Y señala un dato que también menciona el padre Cero: «A veces espera que las víctimas cumplan la edad para que no sea delito, pero el *grooming* ha comenzado antes».

Otra conducta que se advierte en el ex párroco de El Bosque: «Minimizan su responsabilidad: el joven llegó a mí; era un juego; el joven necesita la figura del padre. Tocarse no es sexo. Niegan y manipulan. No reconocen el problema».

---

[2] El concepto de *grooming* se usa también para referirse al proceso de acoso sexual a través de Internet en el que paso a paso el abusador se gana la confianza de la víctima.

El padre Rossetti advierte que los abusadores tienen «otra lógica mental» y muchas veces «no entienden el mensaje que se les da para que mejoren su conducta. Uno se puede quedar con la impresión de que entendieron, que quieren salir del problema, pero en el fondo muchas veces o no comprendieron o no quieren hacerlo».

Hans Kast cita también a la religiosa Angela Ryan, quien desde la Conferencia Episcopal Católica de Australia lleva más de veinte años «dedicada a ayudar a fomentar ambientes sanos y seguros para niños y personas vulnerables de la Iglesia». Como otros especialistas, Ryan advierte que «es casi imposible ser testigo de un abuso sexual grave». Pero es posible —indica— «descubrir patrones de conducta que van delatando al abusador, y como un puzle uno puede ir armando todo el contexto. Todo abusador deja una huella que lo delata».

El «hechizo» según Murillo

En un artículo que se titula «Mitos y realidades del caso Karadima», escrito en noviembre de 2010, José Andrés Murillo ahonda en algunos conceptos que permiten comprender cómo ocurre la dominación que ejercía el cura en sus seguidores[2].

«El poder abusivo de Karadima es tan grande que realiza lo que algunos profesionales, refiriéndose al abuso sexual intrafamiliar, llaman el "hechizo". La confianza que gana un sacerdote es solo comparable a la que hay dentro de una familia», dice Murillo. «Karadima aislaba a sus víctimas respecto de sus familias y antiguos amigos. Hay testimonios que hasta el día de hoy acusan a los denunciantes de haber mantenido amistades extraparroquiales como si se hubiese tratado de una falta, cuando en realidad, en mi caso, fue lo que me salvó de haber caído en el hechizo más profundo», señala.

---

[2] El artículo «Mitos y realidades del caso Karadima», de José Andrés Murillo, fue publicado por el diario *La Segunda*, el 1 de diciembre de 2010.

Según el doctor en Filosofía, este proceso se desarrolla con el apoyo de ciertos mecanismos: «Karadima transformaba a su víctima en absolutamente dependiente del círculo de la parroquia, de modo tal que, a la primera orden suya, la víctima era aislada y castigada por el grupo —por ejemplo, se le quitaba el saludo de todo el círculo de la parroquia, es decir, de su nuevo círculo afectivo—. Ante eso, el joven debía volver a ganar la gracia de Karadima, obedeciéndole ciegamente. Como sistema perverso es perfecto, pues la víctima no es capaz de acudir afectivamente a su familia, a sus amigos».

Respecto del abuso sexual, también José Andrés Murillo da algunas pistas: «Una persona puede reaccionar orgánicamente con una excitación ante una tocación cuando no es capaz de verla como un abuso. Se da una disociación corporal y afectiva profunda. Algo se rompe definitivamente, como lo expresa Jimmy Hamilton. Y si luego el abusador lo envía a confesarse por el abuso que él mismo ha cometido, entonces la víctima pensará que él es responsable de esta reacción exclusivamente orgánica. Entrará en un círculo abusivo esclavizante que puede durar años o, en muchos casos, para siempre».

Sin sentido de identidad

Aunque no le da ese nombre, Murillo también alude en su escrito al *grooming*: «Karadima "trabajaba" a muchas de sus víctimas cuando eran menores para pasar fácilmente al acto cuando eran mayores de dieciocho. Moldeaba un carácter incapaz de defenderse, fragilizándolo, haciéndolo dependiente de su voluntad, disociándolo». Según José Andrés Murillo, «esta disociación tiene consecuencias gravísimas para la vida de las personas, pudiendo gatillar incluso una esquizofrenia, personalidades robóticas, "zombies", como las que se ven en la mirada triste y perdida de algunos de los que defienden hasta hoy a Karadima».

El enfoque del padre Cero es coincidente: «El problema dramático que encierra el abuso y la manipulación es que a las víctimas se les anula su identidad». Según el sacerdote, Karadima interfirió en la formación de su carácter más íntimo. «Es el problema de los que siguen defendiéndolo, que no tienen identidad, y su modelo es "el padre". Han perdido el sentido de identidad y eso es profundamente delicado.»

Aunque no todas —indica el padre Cero—, la mayoría de sus víctimas estaba pasando por una crisis antes de llegar a El Bosque o «venía de familias disfuncionales. Algunas tenían escasos diez años cuando se vincularon a la parroquia. Hasta los quince, los introducía en su mundo, y después se acercaba a ellos».

Al padre Cero le inquieta que, de no resolverse bien este problema mayor, «más de algún caso pudiera terminar en suicidio ante esa falta de identidad». Porque hay que agregar que uno de los aspectos más graves es que la manipulación se hace en nombre de Dios. «Él usa con sus víctimas una fórmula que es justamente hacerlas sentirse culpables ante Dios. Más aún, sentir que han pecado con un sacerdote. En el caso de Karadima —dice el padre Cero—, incluso considero más grave la manipulación que el abuso sexual mismo. Eso destruye a la persona. Y es manipulación en nombre de Dios.»

Un larguísimo camino

De acuerdo al análisis de José Andrés Murillo, el hecho de que un abuso pueda durar veinte año solo se explica si se tiene en cuenta que la víctima entró en contacto con su victimario cuando era «menor, o era vulnerable, con carencia de padre, con dudas sobre su vocación profesional y el sentido de su vida, y cuando además se le exige una confianza ciega en su director espiritual».

El mismo «hechizo» —según José Andrés Murillo— es lo que provoca que las personas abusadas se demoren tanto tiempo

en denunciar. «Es muy difícil asumir que uno ha sido abusado, que la persona en la que uno confiaba como si fuera Dios en la Tierra ha sido capaz de transgredir límites personales, corporales y sexuales. Generalmente pasan muchos años antes de que una persona no solo le cuente a otro lo que le sucedió, sino incluso pueda contárselo a sí mismo, asumirlo.»

Indica que «el principio de la sanación es ser capaz de asumir el abuso, y la justicia la que puede devolver la identidad a una persona abusada».

«Cuando la justicia —ya sea eclesiástica o una sanción social— establece que una persona ha sido abusada, entonces esta puede identificar sentimientos —sin nombre, confusos y autodestructivos— que antes tenía bloqueados. También este proceso puede hacer que el mismo abusador se asuma como tal, se abra a la verdad, por dura que sea, y comience el largo camino de la reconciliación», sostiene el doctor en Filosofía.

«El camino que va entre el abuso y la denuncia es larguísimo», insiste José Andrés Murillo, y eso lo hace reforzar su apreciación de que hay muchas otras víctimas cuyos casos no se han conocido todavía.

En este sentido, Murillo aborda otro punto de contexto que explica las dificultades previas a una eventual denuncia: «Para la gran mayoría de los abusados es mucho más fácil morir en el silencio, no quemarse, sufrir secretamente lo que a uno le ha pasado». Sobre todo, agrega, si esto ocurre en Chile en los sectores altos, donde «es más difícil hacerse cargo de lo vivido, pues las cosas adicionalmente no se hablan; todos quieren parecer o tener más que ser, las personas prefieren callar los abusos, la violencia intrafamiliar, y hasta la enfermedad es algo que muchas veces se esconde». Según Murillo, Karadima «aprovechó esta condición de la sociedad chilena para llevar a cabo sus abusos».

Sin embargo, advierte que las consecuencias de callar el abuso son peores. «La negación y la disociación, al no asumir que lo que se ha vivido es un abuso, pueden tener consecuencias de por

vida. Destruyen la alegría, la capacidad de amar, de comprometerse con alguien, rompe en la posibilidad de confiar, de tener fe incluso en Dios.»

Además, señala que «si la persona no es capaz de darse cuenta, de ponerle el nombre de abuso a lo que vivió, entonces tampoco podrá defenderse de otras situaciones de abuso de poder». Por eso, insiste en la importancia de reconocer y denunciar, porque a su juicio «no hay ninguna verdad peor que la mentira que la oculta».

«Un artista de la manipulación»

Ex alumno del Instituto Nacional y de la Universidad Católica, profesor titular de Derecho Penal de la Universidad Diego Portales, el abogado Juan Pablo Hermosilla Osorio ha acompañado desde abril de 2010 a tres de las víctimas del caso Karadima[4]. Desde el primer momento, este abogado de cincuenta años, de pasado izquierdista, se muestra admirado por la valentía de sus defendidos, e impactado por todo lo que ha sabido y lo que sigue conociendo al develarse las cortinas del submundo que existía en El Bosque.

Sentados a ambos lados de su amplia mesa de vidrio, en su oficina me repitió más de una vez, durante la serie de entrevistas que tuvimos, que este caso es uno de los más estremecedores que le han tocado en su vida. Y suele compararlo con los de derechos humanos que conoció de cerca cuando colaboró con la Vicaría de la Solidaridad en los años ochenta.

Al abogado Juan Pablo Hermosilla le impacta la actitud de Fernando Karadima: «Este acto miserable final de seguir negando es impresionante». En las declaraciones que ha efectuado el sacerdote ante el fiscal Armendáriz y ante el juez Valdivieso se le repasaron uno a uno los nombres de las personas que lo habían acusado por sus actos. «Y el cura siempre termina negándolo todo. Uno se da cuenta de que hay algo de miseria humana. La

[4] Aunque originalmente Juan Pablo Hermosilla representaba a los cuatro denunciantes —Hamilton, Cruz, Murillo y Batlle—, en febrero de 2011 Batlle le retiró el poder que le había otorgado antes.

falta de una mínima calidad humana que deslinda en una psicopatía. Por último, pudo tener la dignidad para decir "ya estoy viejo, me voy a morir"», señala Hermosilla.

—Jimmy piensa que ni siquiera cree en Dios… —le digo.

—Yo creo que es ateo… Lo raro es cómo logra conciliar dos mundos incompatibles. Uno que dice promover la santidad, la fe religiosa, dura y conservadora. Y al mismo tiempo otro, que sostiene con un grupo de gente, muchos de ellos sacerdotes, que son víctimas o cómplices de una actividad permanente completamente contraria a lo que él predica. ¡Y que esto persista durante tantos años! Esto tiene que ver con la capacidad infinita de manipulación. Karadima es un artista de la manipulación.

—De hecho, la gente sobre todo se pregunta «¿y cómo tanto tiempo?»…

—Él los va haciendo cómplices y los va metiendo en un mundo difícil de comprender. Uno que no es católico, lo intuye, pero no lo entiende. Quizá sea más posible de comprender para una persona que cree en la fe católica, que tiene una imagen del sacerdote; a este le decían «santo» y él tenía el discurso de ser el discípulo del padre Hurtado (…) Pero al mismo tiempo, hacía cosas durante la confesión y decía que no estaba mal lo que hacía (…) Por eso, resulta tan irreconciliable, tan esquizofrénica la forma como él plantea su discurso oficial en relación con la manera de tratar a sus víctimas; tanto, que al final los abusados creen que el responsable no es el cura sino ellos mismos.

Como en muchos otros diálogos a lo largo de esta investigación surge en la conversación con Juan Pablo Hermosilla el nombre de Paul Schäfer y la similitud de ese caso con el de Karadima: «El tema tiene que ver con las estructuras de poder, disciplinarias, potentes, con un líder que siempre pone un fin altruista, de carácter político, social o religioso, y al final uno descubre que todo es *bullshit*, como dicen los estadounidenses, es una patraña. Esto no es más que una construcción de poder

para abusar, para satisfacer sus impulsos sexuales, porque el tipo es un pervertido».

Según el abogado Hermosilla, incluso «la palabra psicópata, como pasa con Schäfer, se queda corta, porque uno piensa en el psicópata como el tipo que con tal de robarse un auto es capaz de matar a una persona. Aquí no se trata de individuos actuando en forma marginal, irreflexivamente, sino que de personas que ocupan posiciones de poder y tienen un reconocimiento social muy importante, y que a pesar de eso, fríamente, son capaces de llevar a cabo perversiones sin ningún miramiento».

Como Schäfer en Colonia Dignidad, Karadima en su «colonia virtual» se basaba en la obediencia y en la imposición de la jerarquía. Es ambicioso e inescrupuloso. Es un depredador de voluntades débiles o inseguras. Llegó a tener una gran influencia incluso en quienes tenían más seguridad. Hay situaciones tan inverosímiles como que el cura llamaba a médicos de su círculo para decirles qué tenían que diagnosticar y hasta en eso algunos le obedecían. En otras oportunidades, significó quiebre o ruptura con quien discutió sus designios.

Karadima estableció incluso una coa propia de El Bosque, como en una secta, con palabras que solo manejaban los «iniciados». Mandaba a retar. Infundía respeto y miedo.

Su afición por el poder, el dinero y sus impulsos sexuales descontrolados que lo llevaron a abusar de sus propios «discípulos», configuraron la doble vida de Fernando Karadima. El santo y admirado cura proveedor de vocaciones sacerdotales, a quien le gustaba relacionarse con los que considera aristócratas o con quienes le pueden proveer dinero, llegó a tener —durante décadas— más influencia en la Iglesia Católica y en la elite conservadora que muchos obispos, empresarios y políticos. Un «ingeniero social» que hizo todo para imponer su voluntad. Que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Que tejió tupidas redes de control, apoyo y protección.

En la consulta del siquiatra

Una tarde de marzo de 2011, mientras nos tomábamos un café en la Universidad de Chile con la periodista Faride Zerán[3], conversábamos sobre los contenidos de este libro. Nos detuvimos en las diferentes aristas de la personalidad de Fernando Karadima y sus estrategias de manipulación a sus víctimas. Surgió entonces la idea de consultar a un «especialista externo» al caso, que permitiera darnos más pistas sobre el personaje desde el punto de vista psiquiátrico. Apareció así sobre la mesa el nombre de Niels Biedermann Dommasch.

Biedermann es médico siquiatra chileno de origen alemán, nacido en Hamburgo, Alemania, y doctorado de la Universidad de Heidelberg. Es profesor asociado de la Universidad de Chile, y miembro de la comisión de un doctorado que imparten las universidades de Chile y Católica en conjunto con la Universidad de Heidelberg. Ya solo por esos títulos —pensamos— sería interesante su opinión sobre Fernando Karadima.

Pero el profesor Biedermann, además, ha asesorado a las víctimas de Colonia Dignidad durante los últimos años y fue miembro del Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos, ILAS, una organización que desde tiempos de la dictadura trabajó en apoyo a las víctimas de la represión política. Parecía el siquiatra indicado para que nos diera un trasfondo teórico, ilustrado con su experiencia, sobre la perversión de Karadima y los efectos en sus víctimas, considerando además que la analogía con Schäfer aparece con frecuencia.

Cuando lo llamé, aceptó de inmediato recibirme, pese a que —como me advirtió— él no ha tenido relación con el caso Karadima. Pero sí lo había seguido por la prensa e incluso había escrito

[3] Faride Zerán Chelech, premio Nacional de Periodismo 2007, fundadora y ex directora del Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI), profesora titular de la Universidad de Chile y autora de numerosos libros, entre otros: *O el asilo contra la opresión* y *La guerrilla literaria. Huidobro, De Rokha, Neruda*. Fue asimismo directora de la revista cultural *Rocinante*.

un artículo —inédito— sobre «el significado de la perversión» después de conocer el testimonio de las cuatro víctimas del sacerdote.

Me citó a su consulta, en el edificio médico Apoquindo, una noche de marzo, después de atender a sus pacientes. Conversamos con soltura, durante más de dos horas, sobre las profundidades de la mente del «perverso». Me recordó eso sí el profesor Biedermann, en varias oportunidades, que sus apreciaciones las vertía sin conocer directamente ni haber tratado a Fernando Karadima.

El escrito* —que me entregó al iniciar nuestro diálogo— me impresionó por la pertinencia de sus palabras para entender aspectos del caso del ex párroco de El Bosque y «su reino». El documento y la conversación sostenida con el médico ayudan a comprender lo que a ratos parece inexplicable. Al ser observadas desde la mirada del siquiatra, las piezas del puzle se van ordenando.

El doctor Biedermann explica, por ejemplo, que «cuando actos que merecen el repudio generalizado se muestran ligados a personajes de los que jamás hubiéramos pensado algo así, porque se ubican literalmente por encima de toda sospecha, surge fuertemente la sensación de estar en presencia de algo perverso, con todas sus connotaciones de tergiversación, ocultamiento, degradación y destrucción».

«La reacción frente a las denuncias sobre prácticas pedófilas ejecutadas por dignatarios de la Iglesia Católica «suele causar sorpresa, duda y finalmente indignación. El sacerdote, que en un inicio encarnaba la personificación del bien, ahora representa el mal», continúa.

Indica Biedermann, asimismo, que si se les sigue la pista a las víctimas, «la otra sorpresa consiste en observar su confusión y lo difícil que les resulta salir fuera de la influencia que el victimario adquirió sobre ellas. Esto último puede contribuir a que se ponga en duda su testimonio», advierte.

* Niels Biedermann, «El significado de la perversión», mayo de 2010. Inédito.

Huellas del lado oscuro

Agrega el profesor Biedermann que «esta respuesta gana en fuerza, mientras más respetado sea el victimario, en especial si es alguien que en su imagen pública observaba todas las reglas de la probidad y había adquirido la admiración de la comunidad dentro de la cual se movía. Se descubre entonces que siempre ha llevado una doble vida: la oficial y respetada, y la oscura y oculta. Algo se ha pervertido en él y ha logrado incluir a otros en el círculo de su perversión».

Según Niels Biedermann, «los pedófilos más exitosos logran investirse de alguna función que les otorgue un rango de autoridad sobre sus víctimas y les permita un grado de inmunidad dentro de su ámbito social».

No se puede dejar de pensar en Karadima al escuchar sus palabras: «Su vocación y carrera incluso pueden haber sido motivadas en forma semiconsciente por la fuerza de su pulsión sexual». Por eso, dice, «los campos profesionales que se prestan sobre todo son los religiosos, docentes, deportivos y los de la salud. Desde esa posición, el pedófilo puede tergiversar frente a su comunidad todas las huellas que han dejado sus actos perversos, dando lugar a la percepción de un abnegado compromiso social, en especial con la juventud. En ese momento, el pedófilo ha extendido la mistificación a la comunidad en que se mueve. Pero para lograrlo no ha recurrido a la capacidad de convencer, sino a la seducción».

Explica que «la acción del perverso sobre su comunidad consiste en atraerla hacia sí y seducirla. El seducido, a su vez, cuando despierta de la fascinación inducida por el seductor, descubre el elemento de engaño en que ha caído».

Paso a paso —continúa el doctor Biedermann—, «el perverso infiltra con esta táctica elementos de perversión en su comunidad. No ha sido su guía como ellos creían; los ha manipulado. No han estado compartiendo mano a mano un objetivo común; han sido utilizados para sus fines».

Indica el siquiatra que «a sus seguidores se les plantea el dilema de que si reconocen la realidad deberían aceptar que no no-

taron el elemento de falsedad inherente a sus gestos, actitudes y palabras, lo dejaron actuar impunemente. Sin querer se han transformado en sus cómplices. Esto vale tanto para los miembros de una comunidad de la Iglesia que ha cobijado a un pedófilo en su interior —o han sido guiados por él— como para los miembros adultos de la ex Colonia Dignidad, al develarse la pedofilia de su líder, hasta entonces negada colectivamente».

«Poco a poco, los bienintencionados seguidores del perverso descubren que han estado al servicio de su lado oscuro, cuya existencia creían ignorar», indica Niels Biedermann. «En cierta forma, a los seducidos de la comunidad —explica— les comienza a pasar algo parecido que a los seducidos sexualmente, entran en un estado de confusión.»

Señala el doctor Biedermann que el siquiatra argentino Reynaldo Perrone llama a la respuesta que el pedófilo induce en su víctima «el hechizo», por la fuerza hipnótica que tiene sobre el abusado. Y agrega: «El perverso en funciones de liderazgo también logra esparcir parte de este hechizo sobre su comunidad. La cautiva y en esto reside la contaminación, porque las huellas del lado oscuro, aun las más sutiles, siempre han estado ahí».

«Esto transforma la descontaminación en un proceso largo y difícil, de profunda revisión de múltiples aspectos, de diferenciación entre la falsedad y la realidad, progresivo distanciamiento entre las emociones generadas por la seducción en que se ha caído, y de aceptación del duelo que provoca la pérdida de todo un mundo en que se había creído.»

«Consumo y destrucción»

—¿Cómo defines al perverso? —le pregunto a Niels Biedermann.

—Perverso se llama, en el sentido clásico, al que pervierte valores, los tuerce, los va torciendo siempre un poco. Eso lo hace paso a paso. En la teoría psicoanalítica, las perversiones eran consideradas originalmente como alteraciones de la pulsión —del

deseo— sexual, que la desviaba del objetivo de llegar a una relación sexual, completa entre dos personas adultas del sexo opuesto.

»Posteriormente, los estudios sobre la perversión han ido centrando su atención de manera progresiva en el tipo de relación que establece el perverso y su víctima. Esta consiste básicamente en una relación de consumo y destrucción. Al perverso no le importa el bienestar y el sentido futuro de esa persona, le importa satisfacer su deseo e incluso puede desarrollar una íntima satisfacción en degradar a la persona que desea», señala el médico.

Aclara el doctor Biedermann que esto marca «una diferencia fundamental entre homosexualidad y perversión», lo que muchas veces no se tiene en cuenta al hablar de estas situaciones. «El homosexual no solo desea a una persona del mismo sexo, sino que puede enamorarse de ella, establecer un vínculo y proteger y cuidar al ser amado al igual que el heterosexual», señala.

Muy distinta es la situación del perverso, que puede ser homosexual —como Karadima— o heterosexual, como otros.

«Narcisista maligno»

En el «fenómeno de la perversión» un elemento clave desde el punto de vista de la víctima, según el siquiatra, es la confusión. Esto ocurre porque «se toma algo que es reconocido como una verdad universal y se va usando y torciendo punto a punto en la realidad, para adecuarlo a las necesidades del perverso que lo dirige».

Según el profesor Biedermann, «los perversos exitosos con frecuencia tienen un tipo de personalidad especial. Está el narcisista maligno, que es un concepto que viene del psicoanálisis. Tiene rasgos del narcisismo en el sentido de que busca la dominación de los demás, no busca relaciones de afecto mutuo, exige lealtades unilateralmente, busca ser un objeto de admiración y de temor, y se siente libre de usar a los otros a su amago, sin culpa. Parte del narcisismo maligno es la degradación del otro y, con frecuencia, la homogenización de los otros.

Cuando le pregunto el doctor Biedermann por Fernando Karadima, responde que por lo que él ve podría corresponder a esas tres categorías: perverso, narcisista maligno y psicópata.

—¿En qué se traduce esa búsqueda de la homogenización de sus víctimas por parte del narcisista maligno?

—Entre ellos, son todos dominados y al final desprovistos de su campo individual. Lo que en general se usa en todas las sectas es la referencia a un valor superior, y la religión es lo más adecuado; puede ser la política también, pero en general es la religión, como un valor reconocido, aceptado y que no es discutible, porque los valores religiosos son revelaciones de índole divina de una vez y para siempre y que deben ser aceptados.

En ese sentido —señala Biedermann—, «hay una estructura en que la obediencia es parte de las relaciones. Todos nos tenemos que someter a lo divinamente revelado, que es un valor que viene de una fuerza muy superior a nosotros y a la cual le debemos subordinación. El jefe de secta o el perverso es el único que se levanta como intérprete de esa ley, pero la usa no en el sentido de la liberación individual, sino del aplastamiento individual».

«En general, el temor a la condena es más importante que la búsqueda de la salvación, es decir, el demonio en la secta suele ser más importante que Dios, por el miedo al demonio... La referencia al demonio es la generación del temor, del miedo. Y el miedo es un instrumento de dominación, y desde ahí se van falseando, poco a poco, los valores.»

En ese ámbito entra la manipulación —prosigue el profesor Biedermann—: «Hay dos cosas que busca el narcisista maligno o el perverso, una es la dominación y otra es la manipulación del otro, es decir, el manejo del poder. Como no suelen tener sentimientos de culpa, son libres de manipular a los demás; por lo tanto, también las lealtades son solo unidireccionales; el jefe puede dejar caer, degradar a cualquiera, en cualquier momento, pero la lealtad hacia él tiene que ser absoluta. Y también exige,

en nombre de la fuerza divina, el sometimiento y la apertura absoluta del otro».

La confesión, un instrumento de control

Llama la atención un punto que destaca el doctor Biedermann: «En general en estos casos se utiliza la confesión». Dice que Paul Schäfer también confesaba, «pese a que él era protestante; eran grupos principalmente bautistas y entre ellos no existe la confesión, sin embargo Schäfer la instauró, porque es un instrumento de dominación y de control».

—Karadima utilizaba la confesión y la dirección espiritual...

—La dirección espiritual, que tiene una expresión en alemán que significa «cuidado del alma», es un término técnico también usado por Paul Schäfer.

Otro mecanismo importante para el dominio del otro —explica el siquiatra— es «evitar las vinculaciones personales, es decir, entre los otros». De nuevo, los testimonios sobre la falta de posibilidades de desarrollar amistades reales entre los miembros de la Acción Católica, y las tensiones familiares de los jóvenes de El Bosque con sus padres, alimentadas por Karadima, saltan a la memoria mientras conversamos.

«Los otros tienen que tener una pobre capacidad de relación mutua y de intercambiar reflexiones; todos tienen que estar dirigidos hacia el líder. Entonces no solo se destruyen los lazos familiares, sino que también se rompen las posibilidades reales de compañerismo entre ellos», explica Biedermann.

—Según las víctimas de Karadima, el cura les cortaba o deterioraba los lazos familiares, los mandaba a retar y los hacía competir. Generalmente el que tenía una jerarquía un poco mayor era el que debía retar. Los que ahora son obispos, por ejemplo, Andrés Arteaga, es recordado en ese rol —intervengo.

—Introdujeron un elemento de maltrato mutuo, porque así se destruyen las relaciones de lealtad mutua y la única relación de lealtad real que vale es hacia el jefe. Y como el jefe define lo que es bueno o malo, cualquier otra definición es inválida —dice Biedermann.

—Define lo que es bueno o malo y se lo achaca a la voluntad de Dios. Y si hacían cualquier cosa que no estuviera de acuerdo con la voluntad de Dios, o con la voluntad de él, podía ser motivo de condenación… —le comento.

—Sí, claro. Y ahí está el tema del demonio. En la Colonia Dignidad también el demonio estaba en todas partes. El demonio estaba presente en forma física, con olor a azufre. Las personas que secundaban a Schäfer en los abusos hablaban de que la sexualidad era inducida por el demonio. Hasta las erecciones nocturnas de los niños eran súper vigiladas y los despertaban para castigarlos en ese momento, y les aplicaban un *shock* eléctrico, porque con eso se espantaba el demonio que se estaba posesionando de ellos. El demonio estaba siempre presente.

—En El Bosque Karadima hablaba del demonio y del Infierno con imágenes que daban la sensación de un tiempo indefinido y eterno —agrego.

—Con eso se aumenta la dependencia respecto del líder, porque el sentimiento fundamental tiene que ser el temor. Entonces, lo que aparece inicialmente como el amor y la elevación sobre los demás, lo que les da una sensación de bienestar y de valor, es progresivamente degradado por el miedo —señala el médico siquiatra.

Miedo y confusión

En este cuadro, dice el doctor Niels Biedermann, el miedo es el sentimiento preponderante. «El miedo a hacer las cosas mal, el miedo a haberse salido del camino recto, la desconfianza del propio criterio, de decidir sobre lo que es bueno o malo; el reemplazo por un criterio ajeno, la sustitución de las relaciones

interpersonales por dogmas que tienen que ser bien proyectados, pero que además siempre son puestos en duda en cuanto a su capacidad de correcta interpretación. Entonces, yo tengo que obedecer un dogma, pero a lo mejor lo hago mal; y él único que sabe siempre lo que es bueno o malo, es el líder. Esto me obliga cada vez a recurrir a él, porque yo estoy lleno de dudas.

»Cuando aparecen los elementos de perversión sexual, cuando se tuercen las cosas, en el momento en que soy objeto de toqueteos, de que no puedo hablar de eso, de que entro en el hechizo, de que compartimos algo más que un pecadillo —el cual no se puede mencionar en público—, agrego un elemento más de confusión», continúa el doctor Biedermann.

Esa confusión lleva a las víctimas a percibir lo «torcido» como «algo que es permitido, algo que se puede hacer, que puede ser lúdico o reinterpretado como una ayuda espiritual, como lo hacía Schäfer; así está aparentemente desprovisto de su carácter destructivo y es revalorado incluso como algo positivo y permitido».

—Todas las víctimas hablan de confusión ante ese tipo de situaciones y, en ocasiones, muy profunda.

—Y esa confusión, paradójicamente, aumenta más mi dependencia. Me pone en el dilema: me autoafirmo en mis percepciones, lo que me significaría romper con el líder y al mismo tiempo romper con todo lo que he creído, romper con la estructura en la que me he metido y me he organizado, o aceptar la confusión.

»Por lo tanto, para la víctima significa una caída al vacío. Si acepto la confusión, esa confusión me lleva a una dependencia todavía mayor del líder, ya que he desestimado mi propia capacidad de decidir. Entonces la confusión, que es una alerta de que algo está pasando, se transforma en un nuevo sometimiento, donde yo sigo descalificando cada vez más mis percepciones, porque al final le tengo miedo al Infierno —señala.

La alternativa de rechazar la confusión —explica el doctor Biederman— implica «perder toda la estructura armada, significa el Infierno, y psicológicamente es más fuerte perder la estructura.

porque ¿qué me queda?». Este dilema es especialmente crítico debido a que «las personas más proclives a entrar a una secta son aquellas que de alguna manera necesitan una estructura externa más fuerte, o sea, ya tienen dudas, tienen una inseguridad a un nivel más profundo. Muchas veces no proyectan los miedos, pero existen, y algunos tienen una necesidad de pertenencia. Y las sectas dan una sensación de pertenencia fuerte y, además, la conciencia del líder arma algo que atrae. Y desde la atracción el perverso puede empezar paso a paso a revertir los valores».

Parecidos con Schäfer

—Hay algunos que han sido atraídos cuando ya eran adolescentes, pero hay otros que han sido capturados desde niños. ¿Eso complica más la posibilidad de salir de la secta? ¿Les cuesta más? —le pregunto al doctor Niels Biedermann.

—Eso es peor. Cuando se es adulto uno tiene una estructura más armada, que podrá ser débil pero existe; en cambio, en los niños se impide que se arme esa estructura. En general, mientras más se caiga en el ámbito del perverso, más se deteriora la formación de la personalidad. Provoca la incapacidad de desarrollar las propias fuerzas creativas, se lleva a un cierto aislamiento frente a los demás, a una inseguridad en los niveles de relación con los otros, y esto es más fuerte en los niños que en los adultos que entran en las manos de sectas destructivas.

—¿Cómo funciona la reproducción de estos comportamientos? ¿Es posible que Karadima haya generado otros «demonios» abusadores que estén en acción?

—Puede haberlo hecho en la medida en que adquieran poder. En el momento en que sientan que dentro de la estructura se les ha adjudicado poder de manipular y usar a los demás, pueden caer en lo mismo.

—¿Se imitan este tipo de actuaciones?

—Sin duda que tienden a transformarse en conductas que invitan a la repetición, a menos que causen conflictos internos y malestar, entonces se sale. O que el abusado tenga una jerarquía baja. En ese caso, más bien lo que él cosecha finalmente es el resentimiento, la humillación, y sale de eso con mucha rabia, que es la forma por la que trata de recuperar la identidad destruida. Pero si tiene una jerarquía alta y ha sido gratificado, corre mucho más peligro de imitar las conductas.

—Por lo que hemos hablado, ¿verías elementos en común entre Schäfer y Karadima?

—Sí. Está la manera de erigirse en jefe. De usar el poder abusivamente, de envolver a los demás en las redes de poder. Y de decir que se está al servicio del crecimiento del otro, pero hacer lo contrario: restringirlo, someterlo y manipularlo…

Sin culpas ni arrepentimiento

—Muchas personas me han dicho que Karadima sería un psicópata. Tú lo mencionabas también…

—Psicópata es un término general, que antes designaba la personalidad psicopática, descrita por Kurt Schneider, siquiatra alemán de mediados del siglo XX, quien ordenó las denominaciones psiquiátricas (…) Schneider decía que el que tenía personalidad psicopática sufre o hace sufrir; el psicópata en la versión actual es el que hace sufrir pero no sufre él mismo.

«Un rasgo característico del psicópata es que no tiene culpa. Y, por lo tanto, se siente libre de manipular a todos los demás. Además —dice— un psicópata presenta otros rasgos como sentir menos miedo que las demás personas. Por eso —indica Biedermann— pasan el polígrafo —el "detector de mentiras" — con mayor facilidad[7]. Ellos tienen menos fuerzas inhibitorias…»

—¿Son mentirosos?

---

[7] Explica el doctor Niels Biedermann que el cambio de la conductancia cutánea que se mide es menor en un psicópata, y la capacidad de la reacción suele ser más rápida.

—Claro, porque pueden disponer libremente en su relación con el otro, no sienten la culpa al mentir. Eso es lo que actualmente se llama psicópata, que no hay que confundir con psicótico, aquel que tiene una perturbación de su sentido de la realidad. El psicópata sabe perfectamente cuál es la realidad. Sabe cuáles son los valores, pero los utiliza.

—¿Tienen remedio estos personajes?

—No… porque son gratificados y, en general, cuando son presionados desde afuera, es decir, cuando caen en manos de la justicia, se adaptan. Todo eso está exclusivamente relacionado con su adaptación a la realidad y con mitigar las consecuencias que la sociedad les puede aplicar por sus actos. Pero no experimentan un proceso real de arrepentimiento, porque para ellos no hay nada de qué arrepentirse, no hay una relación vinculante con el otro, nunca la han tenido.

—Entonces, ¿no podría esperarse una actitud de arrepentimiento…?

—No, lo que hay es una muy buena adaptación al manejo del poder. En ese sentido, pueden ser presos modelos dentro de la cárcel y después seguir haciendo lo mismo cuando salen… Saben muy bien cómo acomodarse.

El duro proceso de las víctimas

—¿Y qué pasa con las víctimas entretanto?

—Las víctimas, desde el momento en que han formado parte de una estructura que tiene la forma de una secta, tienen que seguir un largo proceso de revisión de todo lo que han pasado para poder salir de la confusión.

»La gente de la Colonia Dignidad, por ejemplo, tiene una estructura bastante ética; conceptos de fidelidad en sus relaciones de pareja que formaron, de preocupación por los hijos, de un estricto rigor y valor del trabajo, de honestidad en la relación con los otros. Pero eso está mezclado con una dificultad de establecer

relaciones personales; de poder decidir sobre sí mismos las cosas y, sobre todo, de poder manejar conflictos con los otros, sin caer en una oposición entre salvación y demonización. Persiste en ellos la tendencia a demonizar al otro, lo cual ya es una reproducción del tipo de relaciones humanas generadas dentro de la estructura de la secta —describe el profesor Biedermann.

Para las víctimas, «poder reordenarse es un proceso lento y que significa confrontar paso a paso ideas en que se ha creído y que están ancladas inconscientemente en el sistema de valores y de la conducta. Eso tiene que ser confrontado con la realidad: es poner dolorosamente en duda ideas que en un momento determinado fueron sentidas como muy valiosas. Incluso con el crecimiento personal descubrir que no, que fue todo lo contrario», advierte.

El doctor Biedermann continúa: «Se pasa por un proceso de confusión y duelo, pero, sobre todo, lo que va a ser más difícil es que la estructura que uno se iba armando, mientras más tiempo estaba en la secta, se resquebraja, y entonces hay que estar muy seguro de qué es lo que lo reemplaza. Se corre el peligro de derrumbe psicológico, estado de angustia, depresiones, todo tipo de síntomas».

—¿Denunciar y contar con ayuda psiquiátrica sería fundamental?

—Es absolutamente necesario, porque tienen que ser capaces de ir saliendo paso a paso de la confusión, externalizar. Porque mientras más tiempo, mayor es la posibilidad de quedar atrapados en la perversión y de sufrir la pérdida de estructura —concluye el médico.

Una foto bajo el sagrario

El doctor James Hamilton recuerda que, durante su permanencia bajo la dominación de Karadima, «había transformado a la parroquia en su familia. Sentía que esa era mi familia. Y así como hay familias que tienen todo tipo de defectos, virtudes

y pecados, esta era la mía. Me había sentido adoptado por este "papá" de esta familia», me relató en otra conversación en el invierno de 2010.

Le costó salir de esa «colonia virtual», como él mismo la define. Cuando las dudas empezaron a surgir se daba en su interior un conflicto: «¿Cómo va a ir mi palabra contra la de este hombre que ha formado cincuenta sacerdotes, cinco obispos, que todo el mundo lo considera un santo? ¿A quién le van a creer? ¿A uno que es un hombre que viene dañado por problemas familiares, necesitado de afecto, buscando una familia, con un montón de carencias afectivas, o a un sacerdote que ha demostrado un fruto a nivel eclesiástico nunca visto en Chile?».

—¿A esa altura, tu diagnóstico sobre Karadima ya era crítico? —le pregunto.

—Claramente. El problema es que yo al principio me sentía un traidor. Cuando yo me fui de la parroquia, a comienzos de 2004, primero andaba con susto. Trabajaba en la Clínica Alemana y me daba miedo topármelo cuando él iba a dar la comunión a los enfermos. Recuerdo que estaban haciendo unas construcciones y había una pasarela. Tenía que atravesarla desde los estacionamientos. Yo pasaba por ahí bien rápido, mirando como para el lado, porque me daba miedo encontrarlo. Más de alguna vez sucedió y me hice el leso.

»Con este profundo sentimiento de culpabilidad, de Judas, de haber traicionado esta obra maravillosa que era este movimiento, esta parroquia, este sacerdote santo, empecé mi proceso de terapia —cuenta.

Ese año inició un tratamiento con un psicólogo y «empecé a confrontar mi realidad con la visión de otros. Cuando uno vive un ambiente de perversidad y se crea una nueva moralidad, uno la toma casi como algo normal. Y cuando uno empieza su terapia, se inicia un proceso descarnado de ir viendo cuál es la visión de los demás. Uno comienza a verse en un espejo que es completamente distinto, a ver una visión diferente y crítica, y a

generar grietas profundas en el alma y en el corazón. Y a descubrir el error profundo en el cual estaba».

Poco a poco, dice, «va apareciendo una esperanza de no sentirse tan culpable, tan traicionero, sin tanto temor».

Jimmy Hamilton estaba en ese proceso cuando le contó a una amiga psicóloga que trabajaba en protección de testigos de la Fiscalía lo que le había pasado. «Una mujer muy encantadora, inteligente, que me dio la confianza para hacerle esta confidencia un día que salimos a comer. Ella vio en mí el terror que me provocaba esto, y me dijo: "Ya es el momento de que lo enfrentes". Al comienzo le contesté: "Te volviste loca, por ningún motivo, no me atrevo". A los pocos minutos, le dije: "Tienes toda la razón, vamos". Esto era un viernes y resolvimos ir el sábado. Yo sabía que los sábados uno podía pillar a Karadima en la tarde.»

Partieron a la parroquia de El Bosque el médico y la psicóloga esa tarde de 2005. «Ya había pasado el invierno, empezaba, creo, la primavera. Entramos por el pasillo que está antes de la nave central de la iglesia, y fuimos a la oficina del secretario, Guido Chacón. Se sorprendió al verme y le pedí hablar con el padre Fernando. Bajó rápidamente, nos saludó y me hizo pasar a una salita.»

La psicóloga se quedó esperando afuera, «no me acuerdo cuánto tiempo, creo que como tres cuartos de hora», dice Jimmy Hamilton.

—¿Cómo fue el encuentro?

—Conversé con él y le señalé que en esencia venía a manifestarle el daño profundo que me había hecho, que me había destruido mi corazón y que me había destruido como persona. Pero que lo perdonaba. Pero si yo sabía que esto le había ocurrido a más gente, ya la situación sería distinta, ya no sería yo solo el que iba a llegar. Y me fui. Él me dijo que admiraba mi actitud evangélica y que por favor lo acompañara adentro de la casa sacerdotal a la capilla interna para que fuéramos a rezar.

«Entramos a la capilla, se acercó al sagrario, lo levantó y sacó una foto de mi matrimonio en que estábamos con Verónica, mi

ex mujer. Y me dijo: "Mira, te hemos tenido permanentemente aquí debajo del Santísimo Sacramento para rezar por ustedes, para que puedan arreglar su vida y quiero que sepas que te tengo presente todo el tiempo, y me encantaría que pudiéramos ser tan amigos y tan cercanos como antes". Claramente hacía alusión a esos horribles tiempos.

—Bien extraño eso de la foto. ¿El sagrario es el tabernáculo?

—Sí, el tabernáculo; es una pieza de joyería grande, donde se guardan los copones con las hostias. Y él levantó el sagrario, y debajo siempre hay una especie de pañito para que no se raspe, y al sacar ese pañito apareció esta foto de la Verónica y de mí.

«No puede haber preparado esto en el momento en que yo estaba afuera y yo llegué de sorpresa —comenta Jimmy Hamilton—. Eso me dejó impactado, y cuando me dijo que quería que fuésemos "tan amigos como antes" y hacía alusión a esa especie de relación global que tenía conmigo... entonces indudablemente sentí que él me estaba transmitiendo que volviéramos a su normalidad.

—En esa visita de 2005, ¿no te hizo nada?

—No, pero lo sentí como un acoso. Porque una persona que te lleva adentro, a la capilla, te hace ver la foto guardada debajo del sagrario, en que te está demostrando casi una especie de devoción, como una suerte de amor incondicional y te ofrece ser tan amigo como antes, te está acosando. Creo que todas estas cosas son finalmente acosos y son delictuales, porque está tratando de embrujarte, demostrando una especie de devoción por ti, que además te produce repugnancia, porque uno no sabe de qué está hablando. La referencia al «antes», cuando había permanente dominación, no solo sexual, sino psicológica, es fuerte. Entonces el «seamos tan amigos como antes» lo traduzco, ya más lúcido, como el «déjame seguir dominándote como antes, déjame seguir abusándote como antes».

Ese episodio le mostró a James Hamilton que de parte de Fernando Karadima había «cero arrepentimiento. Cero conciencia de su enfermedad. Y lo que sí me sirvió a mí es que yo me

liberé de él. Y, hoy día, si alguien me pregunta: "¿Tú le tienes odio?" No. "¿Lo quieres ver en la cárcel?" No... Pero es un ser perverso».

—¿Y si lo declaran enfermo?

—Me da lo mismo que lo declaren enfermo o que lo confinen en un monasterio o la justicia lo envíe a la cárcel. Pero considero que él es un problema social, porque él formó gente. Y hay muchos otros sacerdotes de su grupo, no todos, que pueden ser del mismo estilo. Y tengo serias sospechas por algunos elementos sobre la posibilidad de que haya otros sacerdotes que también abusan y utilizan. Esto no se puede volver a repetir en las generaciones que vienen.

Conversamos sobre este punto también la mañana del 20 de marzo en mi casa, el mismo día del programa *Tolerancia Cero*, que se difundió esa noche en Chilevisión. En esa oportunidad, junto a Juan Carlos Cruz, quien había venido por unos días a Santiago, reiteraron ambos la importancia de investigar el entorno de Karadima. Y reafirmaron que los obispos de la Pía Unión Andrés Arteaga, Tomás Koljatic, Juan Barros y Horacio Valenzuela, así como el párroco Juan Esteban Morales, al menos habían sido testigos de toqueteos y besos, igual que ellos. Eran parte de ese reino de Karadima, de esa «colonia» de El Bosque.

Capítulo XVI

LA TRAMOYA DE LA PÍA UNIÓN

El caso de Fernando Karadima Fariña es distinto al de cualquier cura abusador, no solo por la influencia que ejercía en su parroquia y entre sus «dirigidos» espirituales. A lo largo de los años fue configurando una estructura de poder que le permitió ejercer su dominio en El Bosque y dentro de la Iglesia chilena.

Cuando sus primeros discípulos empezaron a ordenarse de sacerdotes, el ex párroco se apoyó en la armazón de la Pía Unión del Sagrado Corazón para mantenerlos conectados. Esta asociación sacerdotal había sido impulsada en 1928 por monseñor Alejandro Huneeus y algunos destacados sacerdotes diocesanos, pero Karadima le dio otro cariz y usó esa «institucionalidad» para fortalecer y expandir la influencia de su feudo.

En apariencia era una inocente y piadosa organización que al comienzo se llamó Unión del Amor Misericordioso, y después fue conocida como Pía Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón o Unión Sacerdotal de El Bosque. Algunos de sus integrantes me corrigieron cuando usé la palabra «Pía» en conversaciones con ellos. Da la impresión de que no les gusta ese término, quizá para evitar las ironías que puede provocar tal contrasentido con lo que en los últimos meses se ha develado. O porque la sigla de Pía Unión Sacerdotal (PUS) puede evocar una infección.

No obstante, el término de «Pía Unión» está contemplado dentro del derecho canónico para algunas organizaciones sacerdotales que no son órdenes tradicionales ni congregaciones. Sin ir más lejos, el Opus Dei logró el estatus de Pía Unión en 1941, antes de ser declarado Prelatura por el papa Juan Pablo II. También pueden existir pías uniones de frailes —que pueden ser que

curas o hermanos que no celebran misas ni administran los sacramentos—, monjas e incluso laicos que se someten a reglas espirituales específicas. Dentro del derecho canónico, las pías uniones son consideradas «terceras órdenes» u «órdenes terciarias».

Desde el siglo XIX

Antes de que Fernando Karadima llegara a este mundo existía la Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso, la que a través de los años dio paso a lo que terminó siendo la Pía Unión de El Bosque. Su prehistoria se remonta a fines del siglo XIX y fue idea de un grupo de prominentes sacerdotes de la Arquidiócesis de Santiago. Uno de los principales impulsores fue monseñor Ramón Ángel Jara[1], obispo de Ancud y de La Serena, y un famoso escritor y orador eclesiástico. Jara es el autor del soneto «Retrato de una madre», que muchos aprendimos en los años escolares. Y acuñó la frase que quedó impresa en el monumental Cristo de Los Andes que pronunció cuando lo bendijo en su inauguración en marzo de 1904: «Se desplomarán primero estas montañas, antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo Redentor».

Otros de los firmantes de esa solicitud planteada por primera vez en 1888 fueron monseñor Rafael Eyzaguirre, por entonces rector del Seminario Mayor de Santiago, y el presbítero Roberto Vergara Infante, quien llegó a ser el tercer rector de la Universidad Católica, fundada en ese mismo año.

La propuesta de estos sacerdotes era formar en Chile una organización de acuerdo al modelo de la «Unión Apostólica del

---

[1] Monseñor Ramón Ángel Jara (1852-1917) estudió en los Sagrados Corazones y Derecho en la Universidad de Chile, pero en 1874 dejó los estudios para ingresar al Seminario, y fue ordenado sacerdote en 1876. Aparecen firmando la solicitud los siguientes sacerdotes: F. A. Infante, Rafael Eyzaguirre, Ramón Ángel Jara, Guillermo Cartes, Pedro Infante, Rodolfo Vergara, Baldomero Gros, Eliodoro Villaforte, P. Marchant Pereira, Luis Eduardo Izquierdo y Prudencio Contardo. La transcripción de los nombres se ha hecho a partir de las firmas manuscritas que allí aparecen, por lo que pueden adolecer de error. Fuente: Arzobispado de Santiago.

Sagrado Corazón de Jesús», constituida en Francia para «la santificación del clero secular». Esta había recibido la aprobación de los pontífices Pío IX y León XIII, quien un año antes, en 1887, impactó al mundo católico con la Encíclica *Rerum Novarum*, que ponía el acento en la «cuestión social».

El 8 de junio de 1888, el grupo solicitó verbalmente a monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, obispo auxiliar de Santiago y primer rector de la Universidad Católica, la autorización para establecer la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón en el Arzobispado capitalino. Pero como crear entidades dentro de la Iglesia Católica no es asunto fácil, acordaron que antes de «erigirla canónicamente», es decir, de darle legalidad eclesial, los sacerdotes asociados ejercitarían por algún tiempo las prácticas impuestas a los miembros de la Unión Apostólica nacida en Francia.

Los mismos sacerdotes nombraron a la directiva de su agrupación: José Alejo Infante, como superior; Rafael Eyzaguirre y Ramón Ángel Jara, como asistentes; y Luis Enrique Izquierdo, como secretario. El padre Infante era otro influyente hombre de la curia, cuyo nombre quedó grabado en la historia de la Iglesia chilena por haber propuesto al arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, la construcción del monumento de la Virgen en el cerro San Cristóbal, en 1903, como homenaje al cincuentenario del dogma católico de la «Inmaculada Concepción» de la madre de Jesús.

La Unión del Sagrado Corazón, que actuaba de hecho como tal, contaba también con sacerdotes adherentes en La Serena y Concepción.

Pasaron, sin embargo, cuarenta años antes de que el Arzobispado aprobara el 21 de agosto de 1928 la constitución en Chile de la «Sociedad Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso del Sagrado Corazón de Jesús». De acuerdo a los archivos eclesiásticos, la petición de formar parte de la Asociación la firmaron diecisiete sacerdotes. Entre ellos, Francisco Javier Bascuñán Valdés, Manuel Menchaca, Francisco Vives, Alejandro Menchaca, Alejandro Huneeus Cox, Edmundo Rivera, Juan Salas Infante, Eduardo

Van, Ramón Munita Eyzaguirre, Alfredo Alvarado, Alfredo Fariña y Francisco Ramírez[2].

«No» al seminario propio

Al parecer, la Unión Sacerdotal, a partir de 1950 —explican en fuentes del Arzobispado—, ha usado indistintamente los nombres de Pía Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso del Sagrado Corazón de Jesús y el de Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón.

Sus estatutos fueron modificados solo en una oportunidad, para adecuarlos a las disposiciones del Concilio Vaticano II. Según esos documentos, la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón de Jesús «es una asociación clerical constituida para fomentar y apoyarse en la búsqueda de la santidad sacerdotal en el ejercicio propio del ministerio»[3].

Aunque en un primer momento no se hablaba de la formación de los sacerdotes en una suerte de «noviciado» propio, como ocurre con las congregaciones, en una oportunidad, el 5 de julio de 1956, la Unión Sacerdotal habría requerido por escrito al Vaticano que los miembros de la organización no asistieran al Seminario diocesano[4].

Esto se suma al hecho que recuerda el padre Alfonso Baeza de que Fernando Karadima «y los de El Bosque» iban desde su casa parroquial a clases a la Facultad de Teología de la Universidad Católica, pero no alojaban en el Seminario.

El Vaticano, no obstante, frenó esa aspiración formalmente. En carta fechada el 9 de abril de 1962, el cardenal Valerio Valeri, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, respondió una aparente consulta de la Unión Sacerdotal chilena señalando

---

[2] Las firmas de los restantes resultan ilegibles en los antiguos documentos, según un informe sobre «Antecedentes históricos de la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón», preparado especialmente por el Departamento de Opinión Pública del Arzobispado de Santiago, marzo de 2011.

[3] Estos estatutos fueron formulados al tenor de los cánones 278 y 302 del Código de Derecho Canónico de 1983.

[4] Documento del 5 de julio de 1956. Arzobispado de Santiago.

la conveniencia de que «la formación de los clérigos, miembros o aspirantes de la Unión la reciban en el Seminario diocesano, junto con los demás sacerdotes».

En esa fecha, Fernando Karadima —ya ordenado sacerdote— era vicario parroquial de El Bosque. Ante esa realidad no echó abajo su sueño de tener su propia «escuela» de aspirantes al sacerdocio y mantuvo su influencia a través de mecanismos que llevó adelante por décadas: la confesión, la dirección espiritual, las reuniones semanales y, más tarde, el control a través de «formadores» de sus filas que fueron llegando al Seminario. Entre estos, los ex seminaristas recuerdan a Rodrigo Polanco, quien llegó a ser rector del Seminario Mayor entre 2002 y 2009, y actualmente es vicedecano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica; y Andrés Arteaga, el obispo auxiliar de Santiago y hasta hace poco hombre fuerte de la Pontificia Universidad Católica, además de director de la Pía Unión.

Pero no solo el Seminario es fundamental en la formación de sacerdotes. La Facultad de Teología de la Universidad Católica es otra plaza clave hasta donde Karadima extendió sus hilos. El mismo Arteaga, antes de ser vicegrancanciller, fue vicedecano de la facultad desde 1998 hasta el año 2000. Otro connotado discípulo de Karadima, Samuel Fernández Eyzaguirre, fue decano hasta marzo de 2010 y en la actualidad es director del Centro de Estudios Alberto Hurtado. Y el mismo Rodrigo Polanco es hoy vicedecano de esa facultad. En la lista de académicos jóvenes aparece también uno de los más noveles incondicionales de Karadima, Julio Söchting Herrera, quien vivía en El Bosque cuando estalló el escándalo.

Poco a poco, y sin que el resto de los integrantes y dirigentes de la Iglesia chilena se diera mucho cuenta, el ex párroco fue así expandiendo su reino, en una peculiar tramoya, a través de la principal arquidiócesis del país.

A pesar de la negativa oficial del Vaticano de 1962, Karadima mantenía su idea del «seminario propio». Quienes estuvieron

cerca de él durante veinte años, como el propio James Hamilton, recuerdan los intentos fallidos por lograrlo. «Él trató de hacer un seminario paralelo, pero no le funcionó. Nunca se concretó. Pero la formación de sacerdotes fue una carta que Karadima usó mucho en tiempos del cardenal Raúl Silva Henríquez y después, de Fresno. Dicen que Fresno se espantaba cuando Karadima le contaba que sus niños «vivían en un Seminario hostil», como calificaba el cura al Seminario Mayor, cuenta Hamilton.

Ante ese proyecto frustrado, la estrategia fue «apretar filas» en la Pía Unión, la que pasó a ser el núcleo de la red que le permitía expandir su imperio más allá de los límites parroquiales a través del dominio que ejercía sobre sus discípulos.

Los estatutos establecieron que la Unión Sacerdotal está regida por un director y dos consejeros que —en teoría— duran tres años en sus cargos. No obstante, Andrés Arteaga fue director de la Unión desde 1989 hasta 2010, cuando debió dejar el cargo como consecuencia de la intervención impuesta por el Arzobispado.

Directorios a su medida

En esa oportunidad, cuando ya estaba avanzada la investigación por los abusos de Karadima, el Arzobispado designó como director interino de la Pía Unión a Fernando Vives Fernández, sacerdote de los Sagrados Corazones, que ejerce como vicario de la zona cordillera. A la vez, completó la «directiva» transitoria con Samuel Fernández Eyzaguirre, el ex decano de Teología, que seguía hasta ese momento «leal» a su antiguo mentor; y Javier Barros Bascuñán, que fue parte del grupo de firmantes de la carta que separó filas en agosto.

La personalidad jurídica civil[5] de la Pía Unión data del 13 de agosto de 1948: veinte años después de tener su reconocimiento canónico. Sus estatutos ante la ley chilena señalan que se trata

[5] La personalidad jurídica civil la obtuvo por Decreto Nº 3308, del 13 de agosto de 1948.

de una fundación cuyo objeto es «promover la formación de un vínculo espiritual íntimo entre los miembros de ella, sacerdotes seculares y candidatos al sacerdocio, a fin de procurar la ayuda recíproca entre ellos tanto espiritual como temporal, el apostolado de las misiones, especialmente en parroquias, y el fomento de las vocaciones sacerdotales».

Las disposiciones referidas a la directiva coinciden con las del derecho canónico: tres personas integran el directorio con las mismas características. Estipula, además, que dentro de las atribuciones del directorio están la de acordar los gastos y las medidas que crea convenientes para la marcha de la fundación; resolver los casos no previstos por estatuto; y administrar los bienes de la fundación con «las más amplias atribuciones, incluso las que correspondan a su conservación, explotación, cultivo, enajenación o gravamen».

Pero la clave del asunto para Karadima era designar en esos cargos directivos a discípulos suyos de la máxima confianza. De hecho, quienes integraban hasta agosto de 2010 esa cúpula pertenecían a su círculo más cerrado: acompañaban a Arteaga, Antonio Fuenzalida y Tomás Salinas Errázuriz.

Surge la parroquia

La parroquia del Sagrado Corazón, entretanto, fue creada el 28 de mayo de 1945. Antes de eso, desde el 24 de septiembre de 1939 existía la iglesia de la Pía Unión Sacerdotal del Amor Misericordioso, que funcionaba dentro de la jurisdicción de la parroquia de San Ramón, de avenida Los Leones con Providencia.

El decreto que autorizó la iglesia de El Bosque[a] señala que la iglesia «funcionará anexa a una casa, que según expresa voluntad de la fundadora se establecerá para sacerdotes».

Monseñor Alejandro Huneeus, muy cercano al arzobispo de Santiago, cardenal José María Caro, le dirigió una carta formal el

[a] Este decreto cita el canon 1162 del Código de Derecho Canónico del año 1917.

14 de mayo de 1945, en la que le solicitó transformar la iglesia en parroquia. Huneeus señaló al cardenal Caro que esta sería atendida por los sacerdotes que formaban parte de la Pía Unión que vivían junto al templo.

En esa época, Huneeus obtuvo el legado de Loreto Cousiño Goyenechea, la viuda de Ricardo Lyon, quien le donó la propiedad de la manzana entre El Bosque, Eliodoro Yáñez, Las Hortensias y Juan de Dios Vial, y la mayor parte de los recursos que le permitieron construir la iglesia colorada, su torreón y las demás construcciones de la casa parroquial.

La asimilación entre la Pía Unión y la parroquia es tal, que ambas tienen el mismo Rut y comparten a su representante legal, que actualmente es el párroco de El Bosque, Juan Esteban Morales, quien pese a que desde niño comenzó a ir a esa iglesia ha declarado que nunca ha visto nada extraño. Incluso después del fallo del Vaticano, Morales visitaba todos los días a su mentor.

Avisos comerciales

Atrapados en el gueto de la Pía Unión Sacerdotal, aunque no vivieran bajo un mismo techo, sus integrantes respondían a un mismo patrón de conducta. Esto no es extraño si se considera que Fernando Karadima, desde antes de que ingresaran a estudiar al Seminario, había sido su director espiritual. Y esa tutela la mantenía después de ordenados: todos tenían a Karadima por guía y lo debían ver al menos una vez a la semana en la reunión de los lunes. Todos debían mantenerlo como director espiritual y cualquier decisión importante —e incluso algunas bastante triviales— la consultaban con «su padre», cuya fotografía estaba colgada en sus habitaciones particulares. A él le habían dedicado su primera misa, a él tenían que agradecerle cuando escribían un libro y manifestarle su adhesión cuando eran ungidos obispos. Era un compromiso de fidelidad para toda la vida.

Los jóvenes de la Acción Católica y los sacerdotes integrantes de la Pía Unión Sacerdotal competían por estar junto a él, porque quien estaba más cerca era considerado el mejor. Era fundamental para ellos ser reconocidos por «el padre Fernando». Tener un lugar a la diestra de este hombre sobrenatural, con poder absoluto sobre las conciencias de sus «guiados».

De manera simultánea, Karadima iba construyendo el aura de su «prestigio». Juan Carlos Cruz anota un detalle ilustrativo sobre la forma de ser y actuar de Karadima: «Todos teníamos que decir, cada vez que hablábamos en público, que el padre Fernando era nuestro director espiritual y que gracias a él estábamos buscando la santidad. ¡Dios perdone al que no lo hiciese!».

Incluso hoy —destaca Juan Carlos Cruz—, «si uno lee los discursos de los que ya son obispos, todos mencionan a Karadima en la misma forma en que se nos fue instruido: mi padre espiritual, su ejemplo de oración, su santidad... Siempre hay que pasar el comercial de Karadima. Siempre. En la primera misa, en la nueva parroquia, al despedirse de una parroquia, al tomar una diócesis, al despedirse de esa diócesis, cuando los visita el padre Fernando; en fin, en todo acto público».

En efecto, basta ver los libros escritos por discípulos de Karadima o las homilías de «sus» obispos: siempre llevan las frases alusivas de rigor.

Así, recibiendo las adulaciones y «agradecimientos», Karadima seguía construyendo su imagen de «santo» y movía los hilos de manera magistral para dominarlos, mientras expandía su reino. Los cerca de cincuenta sacerdotes repartidos por las distintas comunas de la Región Metropolitana eran rigurosamente obedientes a sus instrucciones. Su voluntad no se ponía en duda. Y si alguien se cruzaba en su camino terminaba mandado al Infierno.

El mecanismo de la «dirección espiritual» implicaba la obediencia absoluta, como señala el padre Eugenio de la Fuente[7], quien en cierto sentido fue una excepción, ya que se alejó de

---

[7] Ver capítulo 14: «Acusaciones sacerdotales».

a poco: cuando en 2009 acordó con Karadima que el cura no seguiría siendo su director, se mantuvo como miembro de la Pía Unión Sacerdotal. Iba los lunes a El Bosque, compartía la misa, un rato de conversación y la comida con sus compañeros párrocos para luego volver a su parroquia.

En ocasiones anteriores, la situación había sido distinta. Cuando se retiró el hoy canciller del Arzobispado, Hans Kast, la ruptura fue total. Karadima y muchos de sus *boys* hablaban mal de él, como antes del actual obispo de Los Ángeles, Felipe Bacarreza, a quien se le «había metido el demonio» unos años antes.

La silenciosa distancia de Bacarreza

Felipe Bacarreza, actual obispo de Los Ángeles y ex auxiliar de Concepción, estudió en el colegio Saint George, donde fue compañero y amigo de Carlos Alberto *Choclo* Délano —uno de los dueños del grupo Penta— y de Nicolás Hurtado Vicuña, empresario y supernumerario del Opus Dei. Antes de entrar al Seminario, Bacarreza —hoy de sesenta y un años— había estudiado Ingeniería Civil en la Universidad Católica. Con fama de hombre inteligente y muy conservador, Bacarreza se ordenó sacerdote en 1977.

En la década del setenta, fue el discípulo predilecto de Karadima. Poco después de ordenarse, Bacarreza tenía dirigidos espirituales, entre los que se encontraba Francisco Gómez, recuerda James Hamilton. «Entonces se produjeron unos celos espantosos de Karadima con este sacerdote que es mucho más inteligente que él y se comenzó a producir una rivalidad», dice el médico.

Conocido como uno de los obispos más conservadores de la Conferencia Episcopal, se distanció, no obstante, de su mentor. Fue a estudiar a Roma y volvió a Santiago. Pero tras un período en que fue párroco de Nuestra Señora de la Paz, en la zona cordillera de la capital, en 1983 viajó de nuevo al Vaticano, donde

trabajó durante nueve años en la Congregación para la Educación Católica.

Karadima y sus discípulos de El Bosque decían que Felipe Bacarreza «se puso orgulloso, porque tanta ciencia ahí en Roma lo había vanagloriado». «A cualquier persona que se le cruzara en el camino el cura la descalificaba. "Muy inteligente, pero loquito, m'hijo, ensoberbecido", nos comentaba, refiriéndose a Bacarreza», señala Hamilton, y «nos decía que también se le había metido el demonio». Similares recuerdos mantiene Juan Carlos Cruz, quien cuenta el enojo que provocó en Karadima y sus seguidores el hecho de que se sentara a tomar desayuno en una mesa en que estaba Bacarreza, cuando aún iba al Seminario.

De regreso en Chile, Felipe Bacarreza fue obispo auxiliar de Concepción y actualmente es titular de Los Ángeles. Fue también rector de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, entre el 1 de enero de 1996 y el 31 de diciembre de 2000.

No hubo después un mayor acercamiento, pese a que Bacarreza fue nombrado obispo en 1991, mientras se encontraba en Italia. Felipe Bacarreza no apareció en defensa de su antiguo director espiritual. Tampoco ha defendido en público a las víctimas.

Aunque muy rígido en aspectos de moral familiar, Bacarreza fue también uno de los primeros disidentes de El Bosque. «No es de la confianza de Karadima. Como es el más antiguo, pienso que podría haber captado cosas que los otros no captaban. O haber escuchado algo en Roma que él confrontó aquí», señala Juan Carlos Cruz. Pero si fue así, guardó silencio.

«Bacarreza es muy conservador, muy preocupado de las formas, de los manteles, de las velas», señala el sacerdote jesuita Antonio Delfau. Y cuenta una anécdota de un sacerdote jesuita que celebraba misa todos los domingos en la catedral de Concepción cuando él era obispo auxiliar. «Lo hacía por prestar un servicio a la diócesis, porque necesitaban curas, y cuando asumió Felipe como auxiliar en Concepción, mandó a llamar a este padre, quien

ingenuamente creyó que le iban a dar las gracias por celebrar misa todos los domingos a las once de la mañana en la catedral. Y Bacarreza lo llamó para decirle que tenía que usar casulla para celebrar la misa, que no podía hacerlo solo con estola.»

Antonio Delfau comenta que siempre le llamó la atención que en las parroquias populares, donde el sistema es más bien de pequeñas comunidades, se imitara el modelo de El Bosque, hasta con el rezo del Rosario antes de la misa. «He visto una serie de cosas que eran por lo menos extemporáneas para la tradición que traían esas comunidades en esos lugares.» Y la impresión que le producían los sacerdotes de la Pía Unión era de «un poco rígidos, un poco autoritarios pero apreciados en su humildad o tal vez en su seudohumildad».

Obispos con complicaciones

Después de Felipe Bacarreza, el primero de los discípulos de Karadima que llegó a ser obispo es Horacio Valenzuela, el actual titular de Talca, quien recibió el nombramiento en 1996. Fue obispo auxiliar de Santiago y después destinado a Talca, donde reemplazó a monseñor Carlos González. De cincuenta y siete años, es a la vez gran canciller de la Universidad Católica del Maule. Antes de llegar al episcopado había sido vicario de Talagante y párroco de Mallarauco, de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Ñuñoa y vicario de la zona oeste.

A Horacio Valenzuela se le complicó la situación justo cuando el caso Karadima estaba al rojo vivo: tuvo que actuar con prontitud y suspender al sacerdote y ex rector del Santuario del Carmen de Curicó, Francisco Javier Cartes, quien enfrenta una investigación canónica por abuso a un estudiante del Instituto San Martín de esa ciudad. Valenzuela decidió encarar el tema ante la prensa después de que el diputado democratacristiano Roberto León lo emplazó acusándolo de «trasladar la escuela del silencio de Karadima a regiones».

Unas semanas antes, Horacio Valenzuela había señalado a la radio Bío-Bío que había que esperar el resultado de la apelación de la sentencia ante el Vaticano. Después de conocida la situación de Cartes, su tono cambió[8]. Señaló que se fiaba del «trabajo que hizo la Santa Sede; es muy serio, así es que confío plenamente en su competencia, aunque no tengo conocimiento del proceso. Yo tengo el juicio de la Iglesia, acepto ese juicio y creo que él es culpable, asumo lo que ha dicho la Iglesia».

Sobre la situación de Cartes se supo después que la directora del Instituto, Marcela Hormazábal, presentó una denuncia ante la Fiscalía, tras un informe de la psicóloga que trató al menor, que decía que habría sido víctima de abusos sexuales. El acusado hacía clases de religión en el colegio San Ramón y en el Instituto San Martín, y pertenece a la congregación Hijos del Corazón de María, según informó *El Mercurio*[9].

Otro tipo de problema encara Tomislav Koljatic, el obispo de Linares, quien aparece citado en los expedientes de la investigación sobre Karadima por haber entregado un pago a Óscar Osbén, a propósito de la «solicitud» que este hiciera a Diego Ossa Errázuriz, el vicario de El Bosque que aparece involucrado en una situación de connotación sexual con el ex sacristán de la parroquia Jesús Carpintero de Renca.

Tomás Koljatic Maroevic tiene cincuenta y cuatro años. Hijo de padres croatas radicados en Chile, estudió en el colegio del Verbo Divino e Ingeniería Comercial en la Universidad Católica. Se integró a El Bosque desde sus tiempos de estudiante. «El Tommy» es conocido como uno de los preferidos de Karadima, a quien le decía «santo» o «rey». Fue durante casi diez años responsable de la Pastoral Universitaria del Campus Oriente de la

---

[8] *La Tercera*, 26 de marzo de 2011. «Obispo de Talca lamentó presunto abuso contra menor cometido por sacerdote en Curicó».

[9] *El Mercurio*, 27 de marzo de 2010. «Suspenden a sacerdote por presunto caso de abuso sexual a un menor.» El epígrafe de la nota, indica: «Directora del Instituto San Martín de Curicó lo denunció a la fiscalía».

Universidad Católica en Santiago y más tarde estuvo a cargo de la parroquia María Reina de los Apóstoles.

Koljatic fue consagrado obispo auxiliar de Concepción en 1998 y desde 2004 es titular de la diócesis de Linares. Aparte del asunto del cheque, Jimmy Hamilton y Juan Carlos Cruz aseguran que los obispos Koljatic, Valenzuela, Arteaga y Barros fueron testigos de los toqueteos y «besos cuneteados» por parte de Karadima.

Las negativas del obispo castrense

En las últimas semanas, el más beligerante defensor del ex párroco ha sido el vicario general castrense, obispo Juan Barros Madrid. Este obispo tiene el grado de general de brigada del Ejército y ha reiterado ante cámaras y grabadoras que nada de lo que se dice sobre Karadima es cierto. Que nunca vio nada en El Bosque, aunque las víctimas y testigos afirman que estaba junto a ellos cuando Karadima efectuaba toqueteos y daba besos a sus discípulos.

A las pocas horas de que la ministra en visita Jessica González tomara declaración a Francisco Gómez Barroilhet, quien sostiene que una carta que firmó junto a otros jóvenes en los años ochenta sobre extrañas situaciones en El Bosque fue a parar a la basura, Juan Barros salió con fuerza a defenderse.

«Me apena enormemente la acusación», señaló el vicario castrense. «En esta situación me he visto envuelto injustamente. Ayer el señor arzobispo señaló que era injusto generalizar (...) Niego absoluta y categóricamente las cosas que se han dicho respecto de supuestas acciones mías.» Y refiriéndose a lo que ocurría en El Bosque, agregó: «En abril del año pasado ya lo dije, yo jamás he sabido de esto»[10].

Juan Barros Madrid es contemporáneo de Koljatic. Tiene cincuenta y cinco años —nació en Santiago el 15 de julio de 1956— y estudió en el colegio San Ignacio de Pocuro. Desde esa época empezó a participar en la parroquia El Bosque, en la Acción Católica,

[10] *La Nación*, 23 de marzo de 2011. «Obispo castrense se defiende de acusaciones.»

y Fernando Karadima fue su director espiritual durante cuatro décadas. Aunque estudió tres años de Ingeniería Comercial en la Universidad Católica, interrumpió esa carrera para entrar al Seminario. Fue secretario privado del arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, desde 1983, y lo ordenó sacerdote el mismo cardenal Fresno el 29 de junio de 1984. Continuó siendo su secretario hasta 1990, sin perder su estrecho contacto con Karadima y El Bosque.

Barros fue párroco de Nuestra Señora de la Paz en Ñuñoa y de San Gabriel en Pudahuel. En mayo de 1993 fue nombrado director del área eclesial de la Conferencia Episcopal de Chile y en noviembre de 1994, Juan Pablo II lo designó obispo. Su primer cargo lo desempeñó en Valparaíso como auxiliar del obispo Jorge Medina Estévez. Luego siguió en la diócesis porteña con el cardenal Francisco Javier Errázuriz y después con el obispo Gonzalo Duarte. En 2000, el papa Juan Pablo II lo nombró obispo de Iquique y desde noviembre de 2004 es el obispo castrense.

En noviembre de 2004, Juan Barros Madrid se despidió de su grey como titular de Iquique para asumir el nuevo cargo episcopal. En la homilía, junto con recordar que había llegado a Iquique el 20 de noviembre de 2000, cuatro años antes, hizo un homenaje a su mentor: «Durante estos años, varias veces ustedes me habrán escuchado referirme con especial gratitud al sacerdote que es mi guía espiritual hace más de treinta y cinco años, el querido padre Fernando Karadima Fariña. Su testimonio de consagración y espíritu apostólico, su sabia claridad en el consejo y también otros generosos apoyos, han redundado en mi bien personal y de esta querida diócesis. Que Dios nos mantenga unidos por muchos años y en la común aspiración de santidad».[11]

En una conversación sostenida con Jimmy Hamilton y Juan Carlos Cruz uno de los últimos días de marzo de 2010, me insistían sobre el problema de estos obispos de la Pía Unión, tan

[11] Homilía de despedida de la diócesis de Iquique, Santiago, 22 de noviembre de 2004.

cercanos a Karadima. Según Jimmy Hamilton, «Karadima usaba a Juan Barros, usaba sus charreteras de general». Juan Carlos Cruz, dice que en los años ochenta, cuando era secretario del cardenal Fresno, «también lo usó en su caso para violar el secreto de confesión y actuó para que me echaran del Seminario».

Jimmy Hamilton recuerda una anécdota curiosa. Él presidía la Acción Católica en 1987 para la visita del papa Juan Pablo II a Chile y, por lo tanto, le tocó trabajar en los preparativos. Barros era el secretario del arzobispo Fresno. En esa ocasión «trató de acercarse a mí y me regaló un rosario que le había dado el Papa. Le conté a Karadima y él me dijo que no me acercara, que no me convenía estar cerca de Juanito, como le decía, que me tenía que cuidar de él. Me impresionó, cuando parecía tan cercano...».

Insultos a Clotario Blest

Antonio Delfau, el director de la revista *Mensaje*, trae a la memoria otra anécdota sobre Juan Barros.

—¿Conoces al obispo castrense? —le pregunto.

—Estaba un curso más abajo que yo en el colegio, lo conozco «naranjo». Salió en el 73, yo salí el 72.

—¿Y qué tal es?

—Yo lo encontraba poco inteligente, la verdad. Tengo una anécdota de él muy impresionante. En 1972 fue Clotario Blest al colegio San Ignacio del Bosque a darnos una charla, invitado por los jesuitas obviamente, y estábamos todos los terceros y cuartos medios. Yo estaba en cuarto y Juan Barros, en tercero.

»Nos encontrábamos todos frente a este hombre notable que era Clotario Blest, con su barba blanca, con su overol azul de obrero, y yo, que en esa época me consideraba más bien de derecha, quedé cautivado por el personaje que nos hablaba de su estadía en la cárcel. Entonces se levantó Juan Barros y lo insultó. Le dijo que era un comunista de mierda, no me recuerdo bien las

palabras, pero lo trató de payaso, fue una cosa bien violenta, en ese momento salté y defendí a Clotario Blest…

Continúa Delfau con su relato: «Recuerdo que a la salida de la capilla se me acercaron varios profesores que eran más izquierdosos que todos nosotros juntos. Estaban muy impresionados de que yo hubiera defendido con esa vehemencia a Clotario Blest cuando no calificaba en ese *target*».

Director por doce años

Andrés Arteaga Manieu, obispo auxiliar de Santiago y hasta marzo vicegrancanciller de la Universidad Católica, fue nombrado obispo en 2001 sin haber pasado siquiera por ser cura párroco. Simplemente saltó del vicariato de El Bosque al episcopado y llegó a ser el más influyente de los obispos «creados» por Fernando Karadima. No solo porque era desde 1987 el director —o presidente como lo suelen llamar— de la Pía Unión Sacerdotal, sino por los cargos que tiene y ha tenido en la Conferencia Episcopal, por su papel en la Universidad Católica —donde había sido instalado por el cardenal Francisco Javier Errázuriz— y por el rol que le asignaba Karadima dentro de la Unión y de la propia Acción Católica de la parroquia.

Andrés Arteaga Manieu tiene cincuenta y dos años —nació en enero de 1959— y es el mayor de siete hermanos. Llegó a la parroquia desde niño, cuando estudiaba en el colegio San Ignacio de El Bosque.

Fue ordenado sacerdote en 1986 y asumió como vicario parroquial en El Bosque. En 1989, Karadima lo nombró director de la Pía Unión Sacerdotal. Hasta el momento de estallar el escándalo era el brazo derecho de Fernando Karadima y uno de los obispos más poderosos de la Iglesia chilena. Cuando se conocieron las denuncias, dio su incondicional respaldo a su mentor.

Arteaga ha tenido diversas responsabilidades en el ámbito educacional, doctrinario y pastoral en la Iglesia de Santiago. En

1996 fue nombrado por el cardenal Errázuriz presidente de la Fundación Educacional Sagrados Corazones, que administra el colegio del mismo nombre, que en el pasado fue Padres Franceses de la Alameda. Desde 1993 se desempeña como profesor de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En 1998, el cardenal Carlos Oviedo lo nombró vicedecano de esa facultad, y en 2000 Errázuriz lo nombró vicegrancanciller de la Universidad Católica de Chile; además, estaba a su cargo la pastoral de la principal universidad católica del país.

Desde julio de 2001 es obispo auxiliar de Santiago y tiene responsabilidades en diversas comisiones de la Conferencia Episcopal de Chile.

Para algunos que conocen de cerca al obispo Arteaga, sería una de las principales víctimas de Karadima, a quien siempre ha defendido, al punto de que hizo cometer errores garrafales al arzobispo Errázuriz, como se ha podido establecer con su incondicional defensa.

En medio de un clamor de estudiantes y ex alumnos en su contra, Andrés Arteaga Manieu debió dejar en marzo su cargo de vicegrancanciller. Perdió el poder que había ejercido durante diez años en la universidad, pero se mantuvo como obispo y con sus demás cargos eclesiales, pese a las dolencias físicas que le ha acarreado su delicado estado de salud, con seguridad agravadas por la tensión de los últimos meses.

Obispo ante la PDI

Arteaga debió declarar ante la Policía de Investigaciones (PDI) el 15 de septiembre de 2010, a propósito de la investigación que se abrió en la Fiscalía por los pagos extra a los empleados de El Bosque. En la oportunidad, señaló: «Soy sacerdote hace veinticuatro años, ligado a la parroquia Sagrado Corazón de El Bosque, asimismo, cuando se reformaron los estatutos de la Unión

Sacerdotal en el año 1989, fui nombrado como director de la Unión de clérigos»[12].

Admitió ante la policía que existe una «relación de dependencia entre la parroquia y la Unión Sacerdotal, por lo mismo el Rut que se utiliza es el mismo para ambas instituciones».

Explicó también que constituyen la Unión «sacerdotes diocesanos, quienes voluntariamente manifiestan su intención de pertenecer a esta asociación, asimismo la componen padres y obispos». Señaló que en ese momento la integraban alrededor de treinta y cinco sacerdotes.

Cuando los detectives le preguntaron si la organización poseía patrimonio, respondió: «Debo señalar que posee cuatro propiedades, una de ellas una casa en la calle Carlos Antúnez, dos departamentos en calle El Bosque frente a la parroquia, y un departamento en Parque Las Lilas. Además de la propiedad donde se encuentra la parroquia. (...) También se ubica en esta propiedad una consulta médica, la que paga arriendo a la parroquia».

Declaró, asimismo, que la Pía Unión «tiene instrumentos financieros en el mercado» que se «relacionan con depósitos a plazo, los que son administrados por el consejo económico de la parroquia».

Agregó Arteaga que la Unión cuenta con «algunas subvenciones de la Municipalidad de Providencia, que se entregan dentro de los ingresos de la parroquia, entre otras cosas». Dijo que no conocía mayores detalles, pero que Guillermo Tagle «podría explicar con mayor precisión estos temas, ya que es miembro del comité económico». Precisó, eso sí, que «las rentas por concepto de propiedad ascienden a tres millones quinientos mil pesos» y que él nunca había recibido «dineros de feligreses o donaciones para la Unión Sacerdotal». Tampoco tenía firma autorizada para firmar cheques. «Solamente la tienen el párroco y, al parecer, la señora María José Riesco», declaró. Y dijo desconocer donaciones

---

[12] Declaración de Andrés Arteaga Manieu, entrevistado por la PDI en dependencias de la Casa Central de la Universidad Católica, el 15 de septiembre de 2010, dentro de la indagatoria encargada por el fiscal Xavier Armendáriz.

que les hizo Fernando Karadima a la cocinera Silvia Garcés y a la secretaria María José Riesco. «Los dineros donados por el padre son personales, no corresponden a los dineros de la Iglesia.»

Arteaga y la secta

José Andrés Murillo, uno de los principales denunciantes contra Karadima, no trepida en calificar de «secta» a la Pía Unión Sacerdotal. «El mismo Vaticano ha sido bien claro en eso», me decía una mañana de marzo, después de conocerse el fallo de Roma y el anuncio de la «visita apostólica» a la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón. «La Iglesia Católica es siempre muy prudente en sus declaraciones y sentencias, y todo lo que dice hay que multiplicarlo. Cuando dice que someterán a investigación la "eclesialidad" de los procesos formativos de la Pía Unión Sacerdotal, hasta hace poco presidida por Arteaga, lo que está diciendo es que estamos frente a una secta, que lo que ha creado Karadima no es parte de la Iglesia Católica sino de una secta.»

Según Murillo, Arteaga «es el típico representante de una secta, con fidelidad ciega al fundador, al gurú, al maestro o lo que sea, que en este caso es Karadima».

Para el doctor en Filosofía no hay por dónde confundirse: «Hay que decirlo con todas sus letras: Karadima creó una secta y sedujo a gente muy inteligente, al menos con una alta capacidad de raciocinio, como el caso de Arteaga. Él es capaz de razonar, de sacar conclusiones, de analizar textos y acumular conocimiento, pero no es capaz de orientarse entre ellos porque su capacidad, su sentido de la orientación, han sido manipulados por el gurú Karadima. Y, a la vez, a Karadima le sirve un personaje como Arteaga para mostrar una imagen sólida. Utiliza su capacidad de raciocinio pero distorsiona su sentido de la orientación».

José Andrés Murillo dice que no le extraña que el obispo haya aceptado a regañadientes el fallo del Vaticano después de haber defendido en forma acérrima a Karadima ante el cardenal

Errázuriz y ante la opinión pública. «Para muchos —dice— es un tipo inteligente, buen profesor, incluso buena persona. Es como Adolf Eichmann, uno de los ideólogos de la solución final de los campos de exterminio nazi. No era un monstruo, era un hombre razonablemente bueno, buen padre de familia, sin odio, inteligente, pero su capacidad para distinguir la realidad, para orientarse en el mundo, había sido perturbada en este caso por una ideología fuerte: el nazismo.»

Afirma Murillo que el caso del obispo Arteaga es parecido. «Su capacidad de orientación está perturbada por otra ideología: la férrea convicción de que Karadima es un santo —o lo era— y que ha sido perseguido injustamente, como se persigue a los santos y a los próceres, constituyéndolos justamente en santos y próceres», indica.

Por eso —dice— Arteaga «no es capaz de decir que Karadima abusó. Tal vez fue abusado en su sentido más profundo de ver la realidad, le trastocó la brújula, si se puede decir así. Tal vez no le hizo nada de carácter sexual, o tal vez sí, pero él no puede creerlo, porque tiene escamas en los ojos y cree que defender a Karadima es defender la fuente de la verdad, entonces no se le puede culpar estrictamente hablando; no hace el mal de manera deliberada, al menos en el plano de la intimidad de su conciencia. Arteaga no es un hombre malo (...) Arteaga está desorientado y ha hecho daño creyendo que hace el bien».

Según José Andrés Murillo, «ese es el peligro más grande de toda secta: lograr que personas sanas, inteligentes, normales, se vuelvan totalmente anormales a partir de una pérdida en el sentido de la orientación. Y un abuso sexual, que es un abuso a lo más sagrado de una persona, al espacio del amor, del afecto, de la entrega, de la procreación, logra, muchas veces, distorsionar el sentido de la orientación. Los sacerdotes muchas veces no se dan cuenta de esto porque están dedicados a negar, reprimir, combatir o, en el mejor de los casos, sublimar su sexualidad. Y no se dan cuenta de la sacralidad del sentido de la sexualidad. Cuando es

violentada por algún medio, es violentado el sentido más básico de la realidad».

«Asociación ilícita» y ruptura

Conversando con Jimmy Hamilton, un día de mayo de 2010, me decía: «Aunque parezca una teoría conspirativa perfecta, me parece que la Pía Unión Sacerdotal de El Bosque se transformó casi en una especie de asociación ilícita, porque están encubriendo crímenes. Todo lo que es el encubrimiento tiene que ser develado para que no vuelvan a repetirse estos hechos».

Pero a la vez, advierte: «De todo corazón creo que hay sacerdotes que han salido de ahí que son gente muy buena. Que trabajan con mucha fe y devoción en parroquias y que lo hacen muy bien. Creo que hay muchos de ellos que no tuvieron idea de esto. Vivieron este ambiente erotizado, lo consideraban normal».

Tres meses después, la convicción sobre la «verosimilitud» de lo que habían denunciado James Hamilton, Juan Carlos Cruz, José Andrés Murillo y Fernando Batlle, llevó en agosto de 2010 al quiebre de la Pía Unión, cuando diez sacerdotes firmaron una declaración pública que entregaron al diario electrónico *Ciper*, marcando sus diferencias con Fernando Karadima.

«Queremos hacer público nuestro distanciamiento de los encuentros de la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón de Jesús a razón de los hechos que se han cometido en los últimos meses y que nos parecen verosímiles», señalaron los sacerdotes. Y agregaron: «Estamos y hemos estado totalmente abiertos a colaborar con la justicia civil y canónica y en plena comunión con la autoridad de nuestra Iglesia de Santiago y con la Santa Sede y el Santo Padre, el Papa».

Los firmantes pertenecen a parroquias de distintos puntos de Santiago: Eugenio de la Fuente es párroco de la iglesia La Medalla Milagrosa de Quinta Normal; Sebastián Vial Cruz, de la parroquia María Magdalena de Puente Alto; Sergio della Maggiora Silva, de Colina; Andrés Ferrada Moreira es encargado académico del

Seminario Mayor; y su hermano Fernando, párroco en la iglesia Jesús Carpintero de Renca; Sergio Cobo está a cargo de la parroquia San Carlos Borroneo de La Reina; Francisco Walker Vicuña, ex vicario judicial de Santiago, es párroco de Cristo Crucificado; Samuel Arancibia Lomberger es vicario de la parroquia Santa María de Las Condes. Los dos últimos firmantes son los hermanos Javier y Jorge Barros Bascuñán. El primero es párroco de Santa Marta, mientras que el segundo de la iglesia de La Pincoya. Unos pocos días después se plegaron a esa posición Cristóbal Lira, párroco de Santa Rosa de Barnechea, y el capellán de la Fundación Las Rosas y párroco de Santo Toribio, Andrés Ariztía.

Según el abogado Juan Pablo Hermosilla, «a la Pía Unión hay que tratarla con cuidado porque creo que, pese a que dentro tenía una estructura y estaba controlada por un individuo que no ponía esto al servicio de la Iglesia, del proyecto colectivo de la religión católica, sino que al servicio personal, y en ese sentido es una secta, así como esta causa ha mostrado cosas bien miserables de la condición humana, ha mostrado gestos notables y que tienen que ver con gente de la propia Unión Sacerdotal. Hay personas que han tenido la valentía, después de estar años y años sujetos al yugo de Karadima, de enfrentarlo. Gente que reconoce el temor que le produce esta situación, pero que tienen esta especie de matriz moral básica correcta de decir que esto no es aceptable y ayuda a que se investigue».

Por eso —dice—, «cuando hablamos de la Unión Sacerdotal hay que recordar a esos sacerdotes que se salieron, al propio Hans Kast, que formó parte de la Unión Sacerdotal. Aquí hay gente noble, que a costos personales mayores está dispuesta a ayudar y apoyar a las personas que han denunciado».

Llanto en el santuario

—¿Consideras que El Bosque funcionaba como una secta? —le pregunto a Antonio Delfau.

—Sí, totalmente.

—¿Se podría eso extrapolar no solo a lo que estaba pasando en la parroquia sino también a la Pía Unión?

—Por supuesto; además, todas estas personas se mantuvieron unidas al núcleo central, siempre, hasta este quiebre que hubo en agosto de 2010, que es muy reciente. Si uno toma todos los años que estuvieron unidos, es mucho tiempo.

Antonio Delfau, por su pasado de feligrés de El Bosque, mantenía un cierto trato amable con Fernando Karadima y algunos de sus sacerdotes, sin tener idea de lo que ocurría en esa parroquia. Pero al interior de la Compañía de Jesús confiesa que tuvo algunas discusiones porque consideraba que le habían «regalado al padre Hurtado en bandeja a Samuel Fernández y a este grupo, entonces algunos me decían que yo era un mal pensado, que habían sido tan rigurosos en su trabajo». Esto lo señalaban porque Fernández se ha dedicado a escribir una serie de libros sobre el padre Hurtado, que publicaba en la editorial de la Universidad Católica, con las consabidas dedicatorias a su maestro Fernando Karadima.

Entre las anécdotas que guarda Antonio Delfau, recuerda un episodio que le ocurrió con Samuel Fernández justo el día en que se dio a conocer esa carta que marcó un cisma en la Pía Unión.

Se encontró con el ex decano de Teología a la salida de la misa del padre Hurtado, el 18 de agosto de 2010, en el santuario del santo. «Siempre nos saludábamos, él muy diplomático. Yo escuchaba a mis hermanos jesuitas que trabajaron en la Facultad de Teología de la Católica, que siempre lo alababan.»

Ese día —dice Delfau—, «creo que era el único de El Bosque, no estoy seguro, pero había muy pocos que no eran jesuitas. A la salida de la misa, en la sacristía, me estaba sacando los ornamentos rápido para irme, y se me acercó él, y me dijo: «Antonio, yo tengo que hablar contigo, estoy muy sentido contigo». Le respondí: «Bueno, claro, cuando quieras». Agregó él: «No, pero aquí no». Estábamos en el museo del padre Hurtado, que estaba funcionando como sacristía; entonces nos metimos por un pasillo. Y ahí,

de buenas a primeras, se puso a llorar; se quebró en una forma horrorosa, y me repetía: «Quiero hablar contigo, no quiero dejar pasar, pero no puedo hablar». Y no podía hablar, lloraba y lloraba. Al final me dijo: «Es que hoy pasó algo tremendo».

Antonio Delfau creía que el afán de Fernández por conversar se debía a las críticas declaraciones en torno a Fernando Karadima que había hecho público. O tal vez a un episodio que había vivido en Roma en octubre de 2005, cuando en la víspera de la canonización del padre Hurtado se encontró con Samuel Fernández en la oficina del sacerdote Paolo Molinari, quien llevaba el proceso de santificación. Fernández escribía en su *laptop* un discurso sobre el padre Hurtado para que lo pronunciara el papa Benedicto XVI, y el padre Molinari se lo mostró a Delfau. Tras leerlo rápidamente, le dijo a Molinari: «Esto podría ser dicho de cualquier monje, de cualquier cura, de cualquier persona piadosa y espiritual, aquí no hay ningún rasgo de lo más característico del padre Alberto Hurtado, esto es como una especie de plástico con el que se podría envolver a cualquier persona para decir que es santa». Se lo señaló delante de Samuel, en forma bastante agresiva —dice—, y este no respondió nada en esa ocasión.

Esa tarde, mientras lloraba en el santuario, me dirigí a él: «Mira, Samuel, cuando quieras conversar, yo encantado». Pero la conversación no se produjo. Cuando llegó a su casa, Antonio Delfau comentó el incidente con otros jesuitas. «Hoy tiene que haber pasado algo muy grave, les dije. Y uno de mis compañeros se conectó a Internet y se encontró con la declaración de los diez sacerdotes que se retiraban de la Pía Unión. Fue justo el 18 de agosto, el día del padre Hurtado. Y Samuel no me llamó después. Tampoco lo hice yo. Esa conversación no la hemos terminado».

—Y no firmaba la declaración.

—¿Él? ¡Pero cómo se te ocurre! Por eso mismo parece que ese día se sintió muy traicionado por los que abandonaron.

«Orfandad horrorosa»

—Los integrantes de la Pía Unión están viviendo un proceso muy fuerte, como si fueran cayendo de a poco en la realidad —le señalo a Antonio Delfau en marzo de 2011.

—Sí, debe ser durísimo.

—Algunos se van dando cuenta de los abusos psicológicos y la dominación que ejercía Karadima sobre ellos mismos. ¿Qué hará la Iglesia al respecto? Porque además de la investigación tendrá que ocuparse de dar orientación a estos curas —reflexiono.

—¿Te refieres a contenerlos? —pregunta Delfau.

—Sí, porque muchos deben estar bien dañados... Quizás algunos sufran incluso crisis sacerdotales o crisis personales psicológicas...

—Pero obvio, porque uno puede decir: «A ver ¿sobre qué construyó su vocación?» Los de El Bosque tienen un estilo, además, que nunca muestran agresividad. Reflejan una especie de amabilidad, de estar como medio agachados, siempre como medio sonriendo, y esa cuestión se puede caer.

—¿Quién tomará el toro por las astas?¿El arzobispo Ricardo Ezzati, la Conferencia Episcopal Chilena?

—Ese es otro de los problemas que tiene la Iglesia Católica. Por constitución, cada obispo es un señor feudal absoluto y por lo tanto nadie puede meterse en el reino del arzobispo de Santiago.

—¿Qué opinan ustedes? Los jesuitas dicen cosas que nadie se atreve a decir...

—Nosotros estamos un poco exentos de esa problemática, les molesta mucho que uno diga esto, pero nosotros somos una orden universal que tenemos que tener respeto por los ordinarios de cada lugar, y no tenemos que contrariarlos, pero tenemos una vocación universal. Y, por lo tanto, no tenemos voto de estabilidad, de quedarnos siempre en una diócesis, y nos mueven por Chile o el mundo como quieren, entonces estamos al otro lado. Pero estos jóvenes sacerdotes que sí pertenecen a una diócesis, me imagino que muchos estarán complicados y como huérfanos,

sobre todo si han tenido un padre tan autoritario y fuerte. Se quedaron huérfanos y de una orfandad horrorosa. Yo no lo había pensado de ese modo, había pensado más en la impunidad, pero la verdad es que es razonable.

—Entre los Karadima *boys* hay algunos que estudiaron en el San Ignacio de El Bosque como Arteaga…

—Yo solía ser más cercano a Arteaga, y cada vez que encontraba que había algo malo en la Iglesia, se lo decía. Creía que era una persona razonable, abierta. Pero teníamos discusiones. En una oportunidad me dijo: «Ustedes los jesuitas, que se creen tan amplios, que tienen tanto mundo, que conocen a tanta gente… si los amigos de ustedes son cuatro gatos y me los fue nombrando en forma irónica… Como diciendo: "Ustedes que se sienten tan amplios, que tienen tentáculos por toda la sociedad y todo…". Me ridiculizó y algo de razón le encontré, porque a veces nuestro mundo no es tan grande como a nosotros nos gustaría pensar que lo es. Pero fue bien agudo, bien doloroso, porque fue una reacción a la crítica de decir que ellos vivían en un mundito enano».

¿Chivo expiatorio?

Antonio Delfau confirma que Andrés Arteaga ha tenido en los últimos años mucha influencia «ideológica, política y religiosa» en la Iglesia y en la Universidad Católica. Cuenta, asimismo, que su hermano Felipe Arteaga, ingeniero civil, es muy cercano a los jesuitas. «Y ha sufrido mucho. En realidad, toda la familia ha sufrido horrores, pero Felipe lo que me reprochaba es que todos los dardos se hayan cargado contra Andrés Arteaga, que es el gran chivo expiatorio de esta debacle, y eso es un poco injusto».

—¿Qué dices tú al respecto?

—La verdad es que le encuentro un poco de razón, porque son cinco obispos o cuatro, y algunos ni han abierto la boca, pero el que ha perdido más hasta ahora es Arteaga.

—Desde un comienzo fue el más duro en las declaraciones en defensa de Karadima y en contra de las víctimas, y además era el director de la Pía Unión.

—Sí, pero Rodrigo Polanco también fue durísimo; claro que Polanco no tenía un cargo tan importante, ya había dejado de ser rector del Seminario.

—Es bien impresionante que a todos estos obispos de El Bosque los mantengan como tales, incluido Arteaga… Sigue siendo obispo auxiliar de Santiago una persona cuyo grado de complicidad no se ha investigado todavía —le comento.

—Sí, y hay acusaciones por lo menos informales de dos de las víctimas, que ahora uno tiene que considerarlas víctimas y además tener más respeto por sus declaraciones, porque el Vaticano les dio la razón. Sí, todo eso yo lo veo. Pero hasta ahora ha sido el más perjudicado.

—¿Conoces a Tomás Koljatic?

—Fue compañero mío en la Católica, desde el primer año hasta el último.

—Y regalón de Karadima…

—Yo tenía muy buena opinión de él como compañero de universidad. Claro, son esas personas que tú nunca sabes lo que piensan realmente, porque son tan dijes, tan amables, tan sonrientes… Yo soy muy directo, entonces me cuestan mucho esas relaciones diplomáticas… Me mandó tarjeta de Pascua…, después de todo lo que yo he dicho. Incluso yo hablé de una posible defensa corporativa, pero me mandó tarjeta de Pascua, por e-mail —porque ya no se usan las otras—, pero era personal: «Querido Antonio». Y yo se la contesté. Me hice el de las chacras y le contesté: «Feliz Navidad para ti también»…

—Koljatic estaba instalado en la pieza de Karadima cuando este le ofreció un whisky a Murillo antes de su episodio de abuso.

—Sí, me lo contó José Andrés.

«Sufrimiento grande»

—¿Qué está pasando en la Pía Unión? —le pregunté al padre Eugenio de la Fuente a fines de marzo.

—No sé bien lo que está pasando. Hay varios que están haciendo un esfuerzo. Hay amistades profundas y comprendemos que hay un terremoto de tal magnitud que para todos ha sido un momento de sufrimiento muy grande, y en ese sentido la gente reacciona de manera distinta: unos salen de la casa corriendo, otros ponen la calma, otros se quedan y la casa les cae encima. Algunos están haciendo esfuerzos para renovar vínculos y recuperar antiguas amistades, porque allá hay gente muy buena. Muy buenos sacerdotes.

—Pero hay otros que se resisten. Y todavía insisten en esperar lo que diga la apelación al fallo del Vaticano.

—Como no los he visto, no le puedo decir…

—El obispo de Talca, Horacio Valenzuela, en una entrevista de radio Bío-Bío se manifestó en compás de espera frente a la apelación ante el Vaticano.

—Sí, supe de esa entrevista, en que al parecer no hubiera querido decir lo que dijo, pero tiene una entrevista en el diario *El Centro* de Talca donde manifiesta más profundamente su opinión. Hay gente, buenos amigos, buenos sacerdotes, a los que esta situación los pilló peor parados. Están reaccionando y de a poco están abriéndose.

—Hablabas de terremoto, otros hablan de estado de confusión, de shock…

—Es un proceso.

—¿Pueden estar en estado de meditación o reflexión?

—Definitivamente, sí.

—¿Debería seguir existiendo como tal la Unión Sacerdotal?

—Sobre eso no me atrevo a emitir un juicio. Eso tiene que formularlo la Iglesia después de la visita canónica, y debe ver si se pueden sanar todas las incorrecciones o las distorsiones que

había, sobre la base de los problemas que generó la persona de Fernando Karadima.

—Si el espíritu de Karadima sigue vivo, ¿te parece adecuado que siga subsistiendo la Pía Unión?

—En ese caso, no.

—El sentido de secta estaba presente en la Pía Unión. Esto de que alguien se portara «mal» y lo retaran es propio de una secta. Y quienes retaban eran los sacerdotes de la Pía Unión más cercanos a Karadima.

—Y retaban porque otras veces les tocaba a ellos ser retados. Era parte del esquema de la persona de Fernando Karadima. A mí me tocaron las dos cosas: ser retado y retar.

—¿Estás arrepentido de haber retado?

—Obvio.

—¿Y también te tocó ser retado en público?

—Sí, eso era parte de la manera de ser del padre Fernando. Era muy impulsivo.

—¿Los sentaba? ¿Cómo era?

—No era un asunto de «sentémonos para retar a alguien». En el fondo, estaba pasando algo o se sabía tal cosa de alguien y entonces podía retar a una persona en ese momento.

¿El reino se derrumba?

A comienzos de abril de 2011 una nueva carta proveniente de la Pía Unión saltó al escenario. Esta vez se trataba de quince sacerdotes que hasta ese momento se consideraban cercanos a Karadima, que con ocasión de la Asamblea Plenaria de los obispos de Chile de Punta de Tralca dirigieron una misiva al arzobispo de Santiago Ricardo Ezzati[13] para que la leyera en esa reunión.

En el escrito —de una carilla— señalan: «Cada uno de nosotros a distinto ritmo ha vivido un proceso interior muy doloroso, para tomar conciencia de la real dimensión y el significado de los

[13] La carta está fechada el 1 de abril de 2011.

hechos sancionados por la Santa Sede, referidos al padre Fernando Karadima. De acuerdo a nuestra experiencia, inicialmente nos resultaba muy difícil creer, y ahora queremos escuchar, acoger y acompañar a quienes tanto han sufrido. Hemos requerido de mucho tiempo para recorrer este largo y difícil camino a la luz de la investigación y de la realidad de los hechos. Hoy quisiéramos dar señales claras de nuestro dolor. Hacemos nuestro el dolor de las víctimas, y queremos acompañarlos con respeto y solidaridad».

«Además —expresan los firmantes— lamentamos mucho que estos hechos hayan repercutido tan negativamente en nuestra sociedad y en nuestra Arquidiócesis. Por eso, como sacerdotes de su clero, le reiteramos nuestro deseo de trabajar por la comunión en nuestra querida Iglesia de Santiago.»

Más adelante señalan que «con sinceridad y humildad, quisiéramos dejarnos conducir por usted para iniciar un camino de renovación y de profundización de nuestro ministerio sacerdotal».

Se despiden reiterando su «total disponibilidad para todo lo que usted quiera pedirnos como sacerdotes».

En esta oportunidad, muchos de los firmantes pertenecían al núcleo más estrecho de Karadima. Entre ellos, Tomás Salinas y Antonio Fuenzalida —miembros de la directiva de la Pía Unión hasta agosto de 2010—; el ex decano de Teología, Samuel Fernández; Jaime Tocornal Vial, «histórico» integrante de la Pía Unión; lo mismo que el vicedecano de Teología, Rodrigo Polanco, quien en la primera hora había hecho una férrea defensa de Karadima; Gonzalo Guzmán Karadima, sobrino del ex párroco y su primo Pablo Guzmán Anrique. Otros de los firmantes de este nuevo grupo de «disidentes» son Cristián Hodge, profesor de la Universidad Católica; Nicolás Achondo; Pablo Arteaga Echeverría; Juan Ignacio Ovalle; Francisco Cruz; Rodrigo Magaña; y Jorge Merino. En la versión original también aparecía la firma del vicario de la zona centro y párroco de El Sagrario, Francisco Javier Manterola Covarrubias, pero el mismo 5 de abril, cuando se conoció públicamente el documento, este retiró su firma. Cuando

los periodistas le preguntaron al respecto, no dio detalles. Solo se amparó en «razones personales».

El proceso de «darse cuenta» al parecer avanzaba, mientras se contaban los días para el inicio de la «visita apostólica» y se hacían preguntas sobre a quiénes llamaría a declarar la ministra en visita Jessica González. Aunque no lo dicen expresamente en su carta, se podría suponer que esa «disposición» implicaría no solo una actitud espiritual, sino también la voluntad de colaborar con la justicia.

Los nombres del párroco Juan Esteban Morales, del vicario Diego Ossa y del joven sacerdote Julio Söchting, que vivían en El Bosque, no aparecen en esta carta. Tampoco figura ninguno de los obispos.

«Él estaba aislado»

Francisco Javier Errázuriz Huneeus, el padre Panchi, tiene ochenta y seis años y es sobrino del fundador de la Pía Unión del Sagrado Corazón, monseñor Alejandro Huneeus. Tal vez el único resabio de esa Unión que crearon aquellos sacerdotes que a comienzos del siglo pasado dieron forma a la organización sacerdotal. A través de diversos testimonios se puede percibir que es un hombre bondadoso y amable. Escuchó de «pecados de pureza» y a lo largo de su vida tiene que haber visto todo lo que otros relatan. No obstante, se acogió al «secreto de confesión» y no quiso hablar.

Los interrogatorios de los empleados ante la Policía de Investigaciones llaman la atención porque manifiestan pena y cariño por él. Y varios hablan de los malos tratos que recibió de Karadima.

—¿Es cierto que estaba como incomunicado? —le pregunto a Eugenio de la Fuente.

—Tanto como incomunicado, no. El padre Francisco es un hombre muy de Dios, muy entregado al Señor, un hombre que tiene un gran cariño por los enfermos.

—Hay gente que me ha dicho que «es una de las víctimas de Karadima» en el sentido de que lo sometió… —le señalo.

—Sí. Era parte de ese feudo sobre el que usted me preguntó.

—¿Era un lacayo?

—Son palabras fuertes… Él estaba dentro de ese esquema en el que estábamos todos, pero como no era miembro del círculo de los jóvenes tampoco tenía una amistad con otros para compartir momentos buenos, y en ese sentido era más triste.

—¿Era el único aislado de los curas?

—Era el que estaba más aislado. Como vicario parroquial, también me tocó retar al padre Panchi —confiesa De la Fuente.

—¿Retarlo por qué?

—Por distintos motivos, porque no llegaba a la hora, por cosas así. Él concelebraba la misa conmigo, confesaba, iba a ver enfermos, tenía más libertad que nosotros, en el sentido de que se manejaba más libremente por el interior de la parroquia. Pero él también tiene un carácter sumiso. Es parte de su manera de ser. Y su tío, en cambio, era de un carácter fuerte, tremendo, según cuentan.

Capítulo XVII

DETRÁS DE LOS SILENCIOS

La arquitectura del templo resulta imponente. Fue construido en piedra amarilla y rodeado de jardines, arriba, entre los cerros del sector Los Trapenses en Barnechea. Al parecer, el dinero de los feligreses de ese sector en La Dehesa ha hecho posible levantar esa construcción, tan impresionante que es conocida como «el *mall* de la fe».

El padre Juan Debesa, párroco desde 2008 de Nuestra Señora Madre de la Misericordia, como se llama formalmente la iglesia, tiene un largo currículo en parroquias y cátedras en sus más de cincuenta años de vida y veintisiete de sacerdocio. Antes fue párroco de la Inmaculada Concepción de Vitacura y vicario de Santa Elena, de Santo Tomás Moro y de Nuestra Señora del Carmen de Ñuñoa. Ha sido profesor del Seminario y es especialista en Patrística, la disciplina dedicada a estudiar a los padres de la Iglesia, además de colaborar en la Pastoral de la Universidad Católica en el campus El Comendador.

De mediana estatura, grueso y semicalvo, aparece en mangas de camisa entre los corredores de su espectacular parroquia, la tarde del 29 de diciembre de 2010. Le había pedido a su secretaria una hora para conversar con él. Llegué puntualmente a la cita a las seis de la tarde. En un comienzo, me recibió muy atento y me hizo pasar a su oficina, tal vez pensando que sería una feligresa con algún problema que consultarle.

Al presentarme y contarle el objetivo de mi visita, su actitud cambió radicalmente. Nos encontrábamos sentados en sendos sillones. Yo sabía —le comenté— que de joven él había pertenecido a la «Acción Católica de El Bosque» y después se había

alejado de Fernando Karadima. Quería que me contara sobre esos tiempos de los años setenta, cuando él estudiaba Historia y luego entró al Seminario Mayor. Pero no alcancé a formular más interrogantes sobre el controvertido cura.

«Secreto de confesión»

—No le voy a hablar de eso. Yo di mi informe escrito al cardenal Francisco Javier Errázuriz y él me dijo que con eso bastaba. No tengo nada más que decir —señaló seco el padre Debesa.

—Usted participó de la parroquia El Bosque en su juventud, quería que me contara de esa época…

—Me fui en 1978 y nunca más volví ni tuve nada que ver con El Bosque —me dijo en tono cortante.

A insistirle, se puso nervioso y me espetó:

—Si hubiera sabido que usted es periodista, no la habría recibido. No voy a hablar.

—¿Y por qué tanto secretismo, padre? Conversemos *off the record*, por último…

—No, ya le dije que no voy a hablar, y estoy bajo secreto de confesión.

—¿Cómo es eso, padre? El secreto de confesión no tiene nada que ver con lo que usted me está diciendo. El secreto de confesión es el que le debe guardar como sacerdote a una persona que se confiesa con usted. Si yo le estuviera contando un pecado en busca de la absolución, podría ampararse en el secreto de confesión, pero no se trata de eso —le argumenté.

Más tenso aún, cambiando incluso de color y francamente molesto, me reiteró:

—No voy a hablar con usted y menos para un libro. —Y agregó incómodo—: No me siento libre con su actitud, me siento presionado.

Tras decir esas palabras se levantó del asiento, con ademán de dar por terminada la frustrada entrevista, mientras yo permanecía sentada. Le pregunté:

—¿Me está echando?

—No, no la estoy echando, pero no me interesa hablar de esto. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Más importantes que los abusos cometidos por Fernando Karadima que tienen estremecida a la Iglesia chilena?

La pregunta quedó en el aire. Avanzó por la puerta y me hizo pasar hacia afuera. Fue la despedida, y con un escueto «Que le vaya bien» cerró el áspero diálogo.

Al bajar, detuve el auto antes de tomar de vuelta el Camino Real —así se llama la calle donde está la parroquia— para hilar el episodio vivido con otras referencias que tenía de este sacerdote. Me habían contado que en sus tiempos de joven seguidor de Karadima el cura de El Bosque lo trataba mal, era casi como un «negrito de Harvard» entre los jóvenes rubios de ojos claros que siempre lo han rodeado. Recordé que Luis Lira me había hablado de él con mucho aprecio. Y que otra persona me dijo que Debesa debía saber «mucho de otros tiempos». Trataba de imaginar por qué tanta inquietud, tanto temor de hablar sobre su antiguo guía, por qué tanto silencio. ¿Qué sabía? ¿Qué ocultaba? ¿Qué había declarado al promotor de justicia eclesiástica? ¿Sobre qué le pidió silencio el cardenal? ¿Sería que en realidad guardaba un importante secreto de confesión en torno al caso?

Después he sabido que la ruptura de Juan Debesa con El Bosque fue fuerte, que su familia era asidua a la parroquia por años, pero que como con muchos otros que «desaparecieron» de la iglesia colorada y se alejaron de la Pía Unión, las razones quedaron en el misterio. Uno de los tantos misterios de esta Iglesia Católica que hizo posible que existiera un Karadima dueño y señor de voluntades durante medio siglo.

Complicidad culpable

Cuando James Hamilton lanzó en televisión su impactante afirmación sobre el ex arzobispo de Santiago Francisco Javier Errázuriz —«el cardenal es un criminal»— era la culminación de un proceso, más que una expresión que se hubiera arrancado de los labios del médico sin meditar.

Muchas veces, durante el transcurso del año que ha pasado desde que llegó a mi casa el 12 de abril de 2010 a contarme su historia, Jimmy me habló de la complicidad culpable de la jerarquía eclesiástica católica y de grupos de interés que protegían a Fernando Karadima. Conocí en detalle las inquietudes de estas víctimas que se atrevieron a dar la cara, supe de las numerosas puertas que golpearon, de los e-mails que intercambiaron, de los trámites y los silencios. Del dolor y la angustia que les provocaban las descalificaciones ante sus testimonios y, en particular, las palabras severas de algunos conspicuos sacerdotes.

En muchas oportunidades, James Hamilton me insistió sobre la «complicidad» de importantes dignatarios que no hicieron nada. Porque no les creían, por conveniencia o por simple desidia. O por todo eso y porque el secretismo ha sido una característica milenaria en la Santa Iglesia Católica.

Jimmy Hamilton me reiteró hace unas semanas, cuando el caso Karadima tenía convulsionada a la Iglesia chilena, lo que me había planteado en más de una ocasión desde el comienzo: «El encubrimiento nos ha traído un inmenso dolor y el riesgo evidente de que hechos como los denunciados se sigan repitiendo».

El médico habla de «el doble pecado». Lo define como «una situación de gravedad extrema, porque la conducta de quien comete el abuso está en una especie de límite difícil de definir entre enfermedad y maldad. Sin embargo, el ambiente de encubrimiento no está en una disyuntiva moral. Ellos no tienen "una enfermedad" aparentemente. Ni tienen un trastorno o algún tipo de pasión desordenada. Están en su sano juicio y con todos sus poderes. Tienen todas las posibilidades de actuar,

sancionar, evaluar, pero por sobre todo de acoger al que ha sido dañado en lo más profundo de la telaraña del alma».

«El secretismo es el gran pecado de personas que tienen todas las posibilidades, un razonamiento lógico, que tienen "una formación moral" y ética, que son «pastores» que están para velar por «las ovejas», enfatiza el médico. «Su omisión es culpable —argumenta— porque crea situaciones de dolor y de pecado permanente. Y la víctima, al no tener el apellido de víctima, queda como acusador o "hipotético" acusador de "hipotéticas" acciones. Por lo tanto, no se le puede dar la atención que le corresponde y necesita. Por eso, son culpables.»

—¿A quién te refieres concretamente? —le pregunté en aquella ocasión.

—A la autoridad de la Iglesia.

Y fundamenta sus juicios: «Puedo decirlo con conocimiento de causa de manera absoluta. Porque cada vez que yo he intentado acercarme al cardenal Errázuriz, que sería como "la" persona indicada, dado su carácter de arzobispo e investido cardenal por el Papa, lo único que he recibido es silencio. Es más, delante de mí, el padre Percival Cowley, de los Sagrados Corazones, solicitó una entrevista para acompañarme a conversar con el cardenal, y el secretario de Errázuriz le dijo que no tenía tiempo».

Agrega Jimmy Hamilton: «Percival para mí ha sido una persona fundamental, porque fue el primer sacerdote a quien le conté todo esto, aparte de las denuncias. Fue al primero a quien abrí mi corazón. Y lo más lindo fue que me acogió como un pastor. Y me dijo "en todo esto yo no encuentro culpa". Y yo le iba a contar mi culpa, mi pecado».

—¿Por qué se te ocurrió llegar adonde Percival?

—Porque mi querido amigo, el doctor Carlos Trejo, que trabajó en la Comisión de Derechos Humanos del Colegio Médico, un hombre sumamente honorable y gran médico, es muy amigo de Percival, y me sugirió que lo hiciera. En algún momento conversé con él y le conté que había tenido algunos problemas

y violencias de este tipo. Carlos Trejo lo llamó y Percival me recibió. De hecho, hasta el día de hoy me ha ofrecido celebrar una misa privada para nosotros, como una forma de acogernos. De mostrarnos otro Cristo.

—¿En qué etapa estabas respecto de los otros procesos cuando acudiste a Percival Cowley?

—Desde el punto de vista eclesiástico se habían establecido las denuncias que se hicieron en 2004 por mi ex mujer, y en 2005 por ella y por mí. Ella renovó su denuncia y yo hice la mía de manera formal, como corresponde, ante el promotor de justicia, firmada, notariada, sin embargo no nos dieron copia. No sé por qué motivo misterioso, Verónica se pudo conseguir después que alguien le pasara una copia que ella tiene de esa primera declaración suya, que fue en 2004.

Médico de hospital público

Dice Jimmy Hamilton que en esa época estaba «en una condición de harapo humano». Lo único que le salvaba la vida —dice— «era la satisfacción que tenía de poder operar pacientes en el hospital, a gente muy pobre que estaba muy agradecida y que yo sabía que todo lo que hiciera iba a ser sin ninguna retribución material. Era totalmente gratuito. Sentía que estaba pagando mis pecados atendiendo a esa gente con una abnegación total, de lunes a domingo, a la hora que fuera. Recuerdo haber tenido que partir a las cuatro de la mañana porque habían baleado a una chiquilla de quince años y tenía que llegar a operarla».

—¿Esto era en el Hospital Padre Hurtado?

—Sí, en el Padre Hurtado, que es un hospital público que se vinculó después con la Universidad del Desarrollo y la Clínica Alemana. Fui jefe de servicio durante ocho años y fundé el Servicio de Cirugía.

Su realización profesional le permitía mantenerse a flote y no desmayar. Sus logros como médico y profesor universitario

contrapesaban en parte su profunda desolación en esos años durísimos. «Mi primera generación de alumnos en el examen nacional de Medicina sacó el primer lugar en cirugía y segundo lugar en el examen general. Participé en la comisión curricular, hice clase en primer año de Introducción a la Medicina, de Investigación en segundo año, así es que mi carrera absorbía gran parte de mi energía», cuenta.

«Pero desde el punto de vista humano sentía un sufrimiento constante que no tenía alivio, pensaba que ya no tenía remedio. Sentía una sensación de daño profundo, estaba destruido. Uno siente que no se puede recuperar.»

«Como una ciudad terremoteada»

—¿En qué momento decidiste hacer un psicoanálisis?

—Cuando me fui de la parroquia en 2004 y me fui de mi casa, contándole a mi ex mujer que había pasado todo esto. Primero fui a hacer psicoterapia con Ignacio Ilabaca, un súper buen psicoterapeuta que me apoyó mucho y que logró que no me muriera en vida. Me lo recomendaron el doctor Trejo y el jefe de Psiquiatría del Hospital Padre Hurtado, Francisco Aliste, quienes me apoyaron en ese tiempo. Estuve un año en terapia.

Después, Jimmy Hamilton creyó que estaba en condiciones de batírselas por sí mismo, pero al poco tiempo volvió a sentir la «sensación de estar dañado internamente». Eso —relata— «me hizo buscar la posibilidad del psicoanálisis como una última opción. Conceptualmente, no sabía mucho de qué se trataba, pero sabía que si había algo que podía enfrentarme a mí mismo, a mis terrores y mis daños, dados mis falencias y mi destrucción interna, no me quedaba otra que asumir ese camino. Es como si yo fuera una ciudad terremoteada o bombardeada, como Hiroshima; si la quiero reconstruir no me queda otra que ir a mirar a todos los muertos, toda la destrucción, todo lo que hay, porque sobre la base de algo tenía que volver a construir».

Le seguía repercutiendo algo que le decía siempre Karadima cuando él trataba de alejarse: «Mi gran angustia era que se me confirmaba algo que incluso me repetía el cura: "que yo era un hombre frío, sin sentimientos"».

Mantiene silencio unos segundos. Y reflexiona en voz alta: «En esa parroquia me perdí a mí mismo. El psicoanálisis fue la opción de tratar de ver si mi corazón existía todavía en alguna parte».

Tres declaraciones a tres obispos

El peregrinaje por oficinas del Arzobispado partió en 2004 con la declaración que hizo Verónica Miranda Taulis, su ex mujer. Lo que ella quería era denunciar lo que le habían hecho a su marido. Ya estaban separados de hecho. «Ahí se inició la primera denuncia formal frente a un promotor de justicia», recuerda.

—¿Cuándo supiste que ella había hecho esa presentación?

—Lo supe hace tres días —me dijo el 30 de abril de 2010. Tenemos una copia del testimonio que se consiguió Verónica.

A finales de 2005 presentó su propia denuncia. La patrocinó el obispo auxiliar Cristián Contreras a pedido de Jimmy Hamilton. «Patrocinó mi declaración y una nueva declaración de Verónica ante el mismo monseñor Eliseo Escudero, y el notario eclesiástico. Se redactó un documento de denuncia que yo leí y firmé. Verónica hizo lo mismo por separado. En ese momento había ya dos denuncias.»

Antes de eso existió la carta de José Andrés Murillo a monseñor Ricardo Ezzati, en ese entonces obispo auxiliar de Santiago. «La hizo a través del vicario de Educación de esa época, Juan Díaz. Murillo también redactó desde Francia una declaración jurada, que le envió al cardenal Francisco Javier Errázuriz. De manera breve, en una página, resume los hechos y cuenta que se había ido a entrevistar también con monseñor Andrés Arteaga, quien no le había dado ninguna fe a sus relatos», señala Hamilton.

—Entonces ya estaba Murillo en la historia... —le comento.

—Sí, Murillo y las dos declaraciones de Verónica Miranda, más la mía. Así, en 2005 y comienzos de 2006 ya había por lo menos tres declaraciones a tres obispos: Ezzati, Contreras —que escuchó todo esto—, y el cardenal Errázuriz, a quien le llegaron los testimonios formales firmados, de los cuales no nos dieron copia.

»Después de estas declaraciones volví a llamar a Contreras para preguntarle en qué iba mi proceso y el obispo me dijo que no sabía nada —señala Jimmy Hamilton—. Me dijo que era un proceso interno del cual no me podía informar. Entonces llamé directamente a monseñor Escudero, quien me dijo que no tenía ninguna información que darme. Sin embargo, Contreras me hizo una infidencia y me dijo que Escudero comentó, no sé si por escrito, que los testimonios eran creíbles. Hasta ese extremo se limita y se contiene el proceso eclesiástico de denuncia.

Los «motivos» del cardenal

En una entrevista al cardenal Errázuriz publicada en la revista *Qué Pasa* en febrero de 2011, tras dejar el cargo de arzobispo y pocos días después de que Ezzati diera a conocer el fallo del Vaticano, la periodista Ana María Sanhueza preguntó a Errázuriz:

—En ese momento, a mediados de 2005, usted detuvo la investigación, ¿por qué lo hizo si ya había dos testimonios?

—Por una parte, me pareció necesario recibir más antecedentes. Por otra, cometí una equivocación: pedí y sobrevaloré el parecer de una persona muy cercana al acusado y al acusador. Mientras el promotor de justicia pensaba que era verosímil la acusación, esta otra persona afirmaba justamente lo contrario.[1]

[1] Revista *Qué Pasa*, 25 de febrero de 2011. «En un primer momento pesó el renombre que tenía el padre Karadima.» Entrevista al cardenal y ex arzobispo de Santiago, Francisco Javier Errázuriz.

—¿Qué persona? —inquirió la periodista.

—No voy a dar nunca su nombre. Porque en el fondo es responsabilidad mía, primero haber pedido ese parecer y, segundo, haberle creído. Me quedó la duda, naturalmente, y por eso mismo dejé en suspenso la investigación, y no cerré la causa.

En la oportunidad, el cardenal reconoció que en 2003 «llegó una primera denuncia, y lamentó no haber creído que era fidedigna». Era la de José Andrés Murillo.

Y a modo de justificación, explicó: «En mis años de experiencia sacerdotal han sido varios los episodios en los que he comprobado calumnias graves. También he conocido acusaciones a partir de las alucinaciones que sufría una persona. Por eso, no creo de inmediato las acusaciones que llegan. Por otra parte, estaba la fama que tenía el padre Karadima, tanto por la formación de innumerables jóvenes que le guardaban gratitud, como por la cantidad de vocaciones que habían partido al Seminario después de haberlo tenido a él como director espiritual. También, todo el círculo más cercano a él decía que era una persona sabia y santa. En verdad, cuando alguien tiene esa fama es muy difícil creer una acusación tan fuerte».

Agregó el ex arzobispo: «Esa acusación, escrita por don Andrés Murillo, decía expresamente que no quería un procedimiento eclesiástico. Las cosas cambiaron cuando en agosto del 2009 llegó una tercera acusación con denuncias similares».

Para el sacerdote jesuita Antonio Delfau, refiriéndose a los dichos de Errázuriz, «hacer excepción de personas, decir que era una persona de bastante prestigio, va totalmente en contra del Evangelio». Por eso, en las entrevistas posteriores —dice— el cardenal «no va quedando muy bien, lamentablemente».

Otro punto que molesta a Delfau de los argumentos del ex arzobispo es «esta distinción entre cosas que podría haber hecho mal, pero la gran labor que hizo, este empate permanente». Se refiere a la «carta famosa que tuvimos que leer en abril de 2010, que tuve que leer yo en misa. Esa carta de la misa es horrorosa,

es un empate permanente y Jesús no es de empatar. Lo siento en el alma, pero no es así. Esa carta refleja un punto de derecho y uno del revés, un punto para María y uno para José, es no perder nunca, y en la vida hay que perder, hay que jugársela. ¡No, es una cosa increíble, increíble!».

En posteriores entrevistas el cardenal Errázuriz fue más explícito en reconocer errores, en especial tras los calificativos de Jimmy Hamilton. A través del diario *La Segunda* defendió que «No es criminal el que sabe buscar la verdad con ponderación y serenidad». Y agregó: «En primer lugar, no creo que hayan seguido ocurriendo abusos [por parte de Karadima]. Yo tomé algunas providencias de modo que eso no ocurriera»[2].

El cercano Arteaga

No había que ser muy osado en las conjeturas para imaginar que la «persona muy cercana al acusado» que consultó Errázuriz era su obispo auxiliar Andrés Arteaga, el ex director de la Pía Unión Sacerdotal. La suposición quedó confirmada después de filtrarse una parte de los documentos del Vaticano que incluyen un informe del ex arzobispo, a través del diario *La Tercera*[3]. De acuerdo a la versión publicada por ese diario, el 3 de abril, «Arteaga hizo llegar su opinión sobre el religioso y los denunciantes en junio de 2006».

La versión de Arteaga —consigna el matutino— está incluida en las casi doscientas cincuenta páginas que tiene la investigación eclesiástica realizada en Chile en contra de Karadima. Agrega que para la elaboración de su informe, Arteaga tuvo acceso al testimonio de James Hamilton y de José Andrés Murillo. En el documento, indica el artículo, «el obispo auxiliar expresó que conocía a Karadima por más de treinta y cinco años de manera muy estrecha. Aseguró que este tenía una vida pública intachable, que

[2] *La Tercera*, 27 de marzo de 2011. «Caso Karadima. El expediente que envió la Iglesia al Vaticano.»

[3] *La Tercera*, 3 de abril de 2011. «El testimonio con que el obispo Arteaga defendió a Karadima.»

era un modelo estimulante como sacerdote católico y que, desde su punto de vista, el párroco estaba entregado a su misión de fe».

Arteaga añadió que «muchos fieles, laicos, sacerdotes y obispos podían entregar el mismo testimonio que él estaba dando», agrega *La Tercera*. Junto con señalar que Karadima había sido «extremadamente prudente en el trato con las personas», intentó descalificar a las víctimas.

Las gestiones de Percival Cowley

Cuando Jimmy Hamilton me habló de Percival Cowley me impresionó que justo fuera ese sacerdote el que lo había acogido. Lo conocía en persona desde hace muchos años. Casi medio siglo saqué la cuenta. Al comenzar los años sesenta, él era un joven y estudioso sacerdote de los Sagrados Corazones —Padres Franceses—, proveniente de Valparaíso. Entre otras actividades, era asesor espiritual de las comunidades de los Sagrados Corazones, un movimiento en el que participaban ex alumnos laicos de los colegios de la congregación.

A través de la vida nos seguimos encontrando y hemos mantenido algún contacto. Lo recuerdo en la Universidad Católica de principios de los setenta, cuando él era profesor en la Facultad de Teología y encabezaba el Frente Cristiano de la Reforma; lo seguí viendo bajo la dictadura en la Parroquia Universitaria de Pedro de Valdivia en los setenta; me lo encontré en alguna ceremonia en los ochenta, los noventa o en las más recientes de este siglo.

Más de alguna vez lo había ido a ver a su sencilla casa de madera al lado del colegio de Manquehue, en la calle Padre Damián de Veuster. Comparte esa vivienda con Fernando Vives Fernández, el vicario de la zona cordillera, de la misma congregación, quien desde agosto de 2010 ha actuado como interventor de la Pía Unión Sacerdotal de El Bosque.

Percival Cowley es estudioso y reflexivo. Sin estridencias y con argumentos sólidos, no trepida en poner a las cosas el nombre

que considera pertinente. No se censura cuando algo le parece inadecuado o incorrecto.

El ex capellán de La Moneda de los gobiernos de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet me recibe en su pequeña salita, la tarde del 11 de marzo de 2011. Ya nos habíamos reunido meses antes y me había reiterado la solidaridad con las víctimas que expresó desde que estallaron las acusaciones contra Karadima a través de medios de comunicación.

Percival Cowley ratifica que él supo de lo ocurrido con James Hamilton hace ya un tiempo. «Se produjo a raíz de una confidencia que Jimmy hizo a Carlos Trejo, un médico mayor que él, con quien somos muy amigos. Carlos me habló de esto y le mandé decir a Jimmy que viniera a verme si quería conversar. Llegó aquí y ese fue el primer contacto que tuvimos. Yo no lo conocía, y ahí me contó todo esto.»

—¿Te contó la situación en detalle?

—Sí, lo suficiente.

—¿Le creíste de inmediato?

—¿A Jimmy? ¡Pero desde luego! Estas cuestiones son tan tremendas que nadie las cuenta si no son verdaderas. Nadie inventa estas historias.

«Esto debe haber sido en 2005 ó 2006. Yo pesqué el teléfono e hice una pregunta, a un obispo muy amigo, de mucha confianza. Le pregunté con quién había que hablar sobre este asunto en el Arzobispado de Santiago, y que me diera seguridad, dada la gravedad del tema... Este obispo me dijo que llamara a Ricardo Ezzati, que era obispo auxiliar de Santiago.»

—Cuando llamé a Ezzati, me dijo textual —o casi—, que iba a tratar ese mismo día de hacer algo, porque iba a estar con el arzobispo Errázuriz. «Le voy a decir lo que tú me estás diciendo», me respondió. Yo sentí que había cumplido con la tarea encomendada. Pero pasó el tiempo y alguna vez hablamos por teléfono con Jimmy y en otro momento él volvió, y cuando le pregunté en qué estaban las cosas, me dijo que no había pasado nada.

»Delante de él tomé el teléfono, llamé a la casa del arzobispo, hablé con el secretario, quien en todo su derecho me preguntó cuál era el tema de la entrevista que yo estaba pidiendo. En todos los años que él estuvo de arzobispo, yo nunca pedí una audiencia, nunca le quité un minuto de su tiempo al cardenal…

—¿Tú estabas de capellán de La Moneda en ese momento?

—Sí, claro. Y cuando el secretario me preguntó sobre el asunto, le respondí: «es un tema grave y urgente». Bien, ahí quedamos. Pasó el tiempo y no ocurría nada.

«Eso es mentira»

Años después, Percival Cowley se encontró con el arzobispo Errázuriz en el funeral del padre Ignacio Ortúzar, en junio de 2009. «En ese momento yo me acerqué a él y le dije: "¡Pero Francisco Javier, ¿qué pasa con esto? Te llamé y no pasó nada!". Y cuando le dije eso, ¿sabes cuál fue la respuesta del arzobispo? Enfurecido, me contestó: "Eso es mentira". No sé si me estaba diciendo que yo era un mentiroso, que lo que yo le estaba diciendo era mentira, no sé, pero esa fue la forma en que me trató y me tapó la boca, furioso.»

Todavía Percival Cowley se molesta al recordar la reacción del cardenal Errázuriz. Para él, hijo de inglés, formado en la cultura sajona, el tema de faltar a la verdad es crítico. Y por cierto no era el caso.

El sacerdote manifiesta otro motivo de enojo con el cardenal Errázuriz. El hecho de que el procurador de justicia Eliseo Escudero haya quedado como responsable de no hacer nada, según Percival Cowley «no tiene nombre». Y comenta: «Yo me enteré por la entrevista publicada en *Ciper*[4] de las cosas que hizo Eliseo. Pesqué el teléfono y lo llamé: «Te estoy llamando porque estoy en falta contigo, porque tú fuiste nombrado promotor de justicia,

[4] *Ciper*, 1 de diciembre de 2010. Entrevista a Eliseo Escudero. Gustavo Villarrubia y Juan Andrés Guzmán. «Habla primer investigador eclesiástico de Karadima: "El caso me daba asco".»

y pasaba el tiempo y no ocurría nada, y yo decía "Eliseo debe ser dejado, pasivo, no toma estas cuestiones en serio, ¡cómo es posible...!"».

Percival Cowley concluyó entonces que Escudero no era el responsable de demorar la investigación eclesiástica sobre Karadima. En la aludida entrevista, el promotor de justicia precisó que había tomado el caso por encargo del cardenal Errázuriz en mayo de 2004 y lo dejó a comienzos de 2006, cuando culminaba su período. En el intertanto, elaboró tres informes para el cardenal, en los que le advertía sobre la verosimilitud de los hechos.

Escudero ante el fiscal

En la declaración ante el fiscal Xavier Armendáriz efectuada por Escudero el 18 de junio de 2010, ya daba pistas en el mismo sentido. El ex promotor de justicia de la Iglesia señaló que había recibido las denuncias de Verónica Miranda, James Hamilton, José Andrés Murillo y «al final de mi período, en septiembre del año pasado —se refiere a 2009—, recibí por escrito otra del señor Juan Carlos Cruz»[3].

Indicó Escudero a Armendáriz: «Sobre la base de estas declaraciones y actuaciones le envié algunos informes al señor cardenal, que eran una valoración de ellos, indicando que yo les otorgaba credibilidad a los denunciantes». Agregó el ex promotor de justicia que en esos informes él sugirió «algunos cursos de acción, dado que las decisiones sobre ello debía tomarlas el señor cardenal».

Cuando el fiscal le preguntó por Fernando Karadima, Eliseo Escudero indicó: «Se trata de un sacerdote muy carismático, capaz de ejercer una muy poderosa influencia en sus fieles y que ha llevado adelante una labor pastoral de la cual han surgido unos cincuenta sacerdotes, varios de ellos hoy obispos. El padre Karadima

[3] Declaración de Eliseo Escudero Herrera, 77 años, nacido el 28 de diciembre de 1932, español, ante el fiscal Xavier Armendáriz, 18 de junio de 2010.

es una figura central de la parroquia El Bosque y sin duda que le ha impreso un sello muy marcado a todo el grupo que ha formado en sus años de trabajo. Por otro lado, el grupo de sacerdotes y obispos es claro que tiene un peso de importancia en la Iglesia chilena de hoy».

En esa declaración, Escudero mencionó que su nombramiento como promotor de justicia caducó en septiembre de 2009 y continuó la labor el padre Fermín Donoso.

Intenté conversar con Escudero en los días previos a Navidad de 2010. Pero fue imposible pasar la barrera de su secretaria que, con voz asustada y cortante, me dijo por teléfono que ya el padre no quería saber nada más con periodistas ni menos hablar de Fernando Karadima. Los velos de silencio solo se descorrían en forma excepcional para volver a cerrarse.

«Falta de respeto con Eliseo»

Eliseo Escudero Herrera, de nacionalidad española, radicado en Chile, fue por muchos años el presidente del Tribunal Eclesiástico y después de dejar ese cargo pasó a ser el promotor de justicia. Antes había sido decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y el primer rector de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, entre 1991 y 1996, cuando esta nació como «hija» de la PUC. Más tarde fue vicegrancanciller de la Universidad Católica, hasta que lo reemplazó Andrés Arteaga.

En marzo de 2008, Escudero celebró cincuenta años de vida sacerdotal en la misma ceremonia que Fernando Karadima. A esa fecha, era párroco de Santo Toribio, donde su vicario era el sacerdote de la Pía Unión y ex decano de Teología, Samuel Fernández. Ambos sacerdotes vivían en la misma casa parroquial, lo que aumentaba las sospechas de «filtraciones». Percival Cowley conoció a Escudero cuando era profesor de Teología y Escudero era decano de la facultad.

Cuenta Percival Cowley que cuando lo llamó en diciembre, le dijo: «"Estoy en culpa contigo porque hemos pensado estas cosas de ti y me doy cuenta de que estaba equivocado yo, tengo que pedirte disculpas"». Y Eliseo me contestó: «"Tú comprendes que yo tenía este encargo, no podía defenderme, no podía decir nada"».

«La impresión que quedó —señala Percival Cowley— es que Eliseo continuó con esta investigación hasta el minuto en que nombraron a Fermín Donoso. Entonces, yo decía: en todos estos años no ha hecho nada. Y Eliseo me contó que en 2006 había entregado el tercer informe mostrando la verosimilitud de las denuncias. Percibo esto como una falta de respeto con Eliseo, a quien se le pidió una misión de confianza y frente a quien se es desleal, porque se lo dejó en la peor situación.»

«Poco interés»

Según Percival Cowley, «el poco interés» que le puso el ex arzobispo a la situación que se vivía en El Bosque se refleja en otro hecho: «Fernando Vives, que ya era vicario de la zona oeste, supo del problema por mí. Le tocó asistir al cambio de párroco en 2006 —cuando Karadima dejó el cargo aunque mantuvo su poder—, con la parafernalia que aquello significó y que se reflejó en la publicación de *El Mercurio*. Y Fernando Vives hizo esto a nombre del arzobispo, que sabía todo y no le dijo ni una sílaba. Un vicario es el que representa al obispo, es su hombre de confianza. Tiene que tener toda la información para poder moverse, para no hacer el ridículo y Fernando no tenía idea.

Percival Cowley agrega: «Y después [Errázuriz] dice en la revista *Qué Pasa* que no podía recibir a los cuatro [querellantes] porque él era pastor, pero juez también. Pero habla con Karadima, y ahí deja de ser juez. ¿Por qué recibe a uno y no a los otros? Y luego, esta frase "brillante", donde dice que él no creyó en las denuncias porque estaba tan cerca de aquella persona que todo el mundo conocía… Tiene que ser Arteaga, pues».

—Sí, es Arteaga, pero lo más insólito es que existieron dos promotores: Escudero en la primera etapa y luego Fermín Donoso, que vieron lo que ocurría… —le digo.

—Fermín despachó la investigación en poco tiempo. Pero cuando se dice que la Iglesia va tan rápido en relación a los tribunales civiles, no es tan así, porque la situación en la Iglesia se sabía hacía mucho tiempo —señala Percival Cowley.

Más allá de las omisiones del «anterior arzobispo» —como dice Cowley—, el sacerdote se refiere a otro aspecto relativo a los silencios y las inercias de la Iglesia: «Yo trabajé un tiempo en la Conferencia Episcopal, hace veinticinco años, y ya entonces planteaba que había que hacer un estudio de sociología religiosa de la parroquia El Bosque, porque había estado ahí concelebrando misa dos o tres veces con Karadima, en algún funeral o lo que fuere… ¡Y carisma tenía cero! La prédica y lo demás eran frases aprendidas, cosas repetidas. Y uno veía a estos muchachos de pelito corto, la chaquetita azul, camisa blanca, la corbata, los pantalones, y uno los comparaba con los cabros en otros lados, entonces, uno decía: "¿Qué está pasando aquí?". La palabra *epíscopo* en griego significa vigilante; es el pastor que está vigilando la unidad, la armonía, el amor, la caridad. ¿Qué pasó con Gómez? ¿Quién rompió la carta?

—Se dice que fue Juan Barros, aunque él lo niega —le comento.

—Eso es lo que dicen, que la carta no habría llegado a don Pancho —Cowley se refiere a Fresno—, y si hubiese sido Juan Barros, bueno, él venía también de ahí —indica Percival Cowley.

—Las víctimas aseguran que Karadima lo puso ahí como secretario para blindar en su momento al arzobispo Fresno, seguramente en alguna negociación implícita o explícita por tantas vocaciones que proveía… —le planteo.

—No sé, pero en Punta de Tralca, estando en un retiro, entré a una de las capillas que hay y me senté al fondo a rezar. De repente, entró don Pancho con Juanito Barros; se pusieron

adelante y empezaron a rezar en voz alta, y lo hacían por situaciones complejas que estaban ocurriendo. Y yo reflexioné: "qué complicado que el arzobispo de Santiago ponga a un cura recién ordenado, cabrito joven, sin experiencia, de secretario".

—Incluso asumió ese cargo meses antes de que se ordenara —le menciono.

—Lo cual, en términos objetivos —de lo contrario sería un juicio sobre don Pancho que no me corresponde— es imprudente. El secretario del arzobispo de Santiago tiene que ser un hombre de cierta experiencia, no puede ser un niño —sostiene Percival Cowley.

Una mirada un poco triste

Un día, hace unos doce o trece años, Antonio Delfau fue a El Bosque a un funeral, «que yo presidía. A la salida, casualmente me encontré con el padre Fernando Karadima en el claustro. Y lo saludé: "Padre cómo está usted, qué es de su vida", me contestó: "bien, Antonio"... Y me impresionó porque me dijo: "Oye, Antonio, tú me conoces a mí de toda la vida. Mira, te quiero decir una cosa: hay un chiquillo que estuvo aquí en la Acción Católica, medio rarito, su familia es bien disfuncional. Bueno, este chiquillo he escuchado que quiere entrar a la Compañía de Jesús y yo no quiero llamar a tu provincial, porque van a creer que estoy tratando de interferir, pero tú me conoces a mí, Antonio —me dijo—, y yo te quiero poner en alerta porque este cabro es un cabro loquito, loquito —usó esa expresión: 'loquito'—, y yo te pido, por favor, que tengas mucho cuidado con él. No vayas a pensar que es por rivalidades, o porque yo quisiera que fuera sacerdote acá, porque no quiero que sea sacerdote", me dijo algo así. "Ya, Padre, le dije yo, muchas gracias." Me dio el nombre, evidentemente, porque si no, no lo habría sabido».

Después del encuentro, Antonio Delfau fue directamente a hablar con su provincial, que era el padre Juan Díaz, y le dijo: «¿Sabes?, el padre Fernando Karadima me advirtió que teníamos que tener cuidado con un cabro que está postulando a los jesuitas».

—¿Y transmitiste el recado creyéndole a Karadima?

—Totalmente. Lo curioso es que yo era uno de los entrevistadores de los candidatos en la Compañía, quizá por ser psicólogo, no sé, pero yo he entrevistado a candidatos hace muchos años. Entonces me tocó entrevistar a José Andrés Murillo, que era el aludido.

Visto con ojos de hoy, dice Delfau, «creo que cometí un error en la entrevista, porque él me contó que había estado en El Bosque y yo le dije "ah, yo también estuve y tengo buenos recuerdos", o algo así. Y creo que eso puede haber hecho que Murillo se inhibiera de contarme lo que había vivido. Entretanto, yo había dado mi recado al provincial, y lo que sigue lo supe hace poco: el provincial a su vez le advirtió al maestro de novicios y al encargado de las vocaciones, que yo había dicho que había que tener cuidado con él».

»Ahora, recuerdo también la reunión que tuvimos para decidir si entraba o no Murillo a la Compañía. Yo era parte de esa reunión por ser uno de los entrevistadores, y en la entrevista Murillo me pareció impecable y no encontré ninguna razón para que no ingresara. Pero esperamos de todas maneras el informe psicológico, que hacía un psicoanalista famoso, laico externo a nosotros, y la opinión de mis otros hermanos sacerdotes. En general, las opiniones fueron bastante buenas para Murillo. Yo recuerdo que el único "pero" que señalé fue que le encontraba una mirada un poco triste y me preguntaba si no podía tener un poco de "depre"», recuerda el director de *Mensaje*.

Encuentro en otro funeral

José Andrés Murillo entró a la Compañía de Jesús y «a mí se me olvidó todo este cuento», dice Antonio Delfau. Pasaron los años

y un día Rodrigo García Monje, un sacerdote jesuita, a hablar con Delfau para preguntarle qué podía hacer porque «había ido un chiquillo a decirle que Karadima había abusado de él, y que él había mandado una carta al cardenal y Errázuriz no había hecho nada. De repente hice el link que no había hecho nunca antes».

—Tenías todas las variables… —le señalé.

—Tenía todas las variables, pero no el nombre del personaje, aunque sabía que el cabro había salido de la Compañía, que había salido bien, porque había comprendido que no era su vocación, pero era bien querido y se había ido a estudiar a Francia un doctorado en Filosofía. Y por algunos datos que me dijo Rodrigo, quien no me dio el nombre, hice la relación. ¡Qué malo, qué malo! Concluí: Karadima por protegerse me usó a mí, para que nosotros no lo admitiéramos en la Compañía de Jesús.

»Ahí supe por primera vez algo; debe haber sido en 2005 —dice Antonio Delfau—. Todavía no conocía yo a Murillo, ni Murillo me había contado nada. Mucho después vine a conocerlo, cuando me ofreció un artículo para la revista *Mensaje*, y al final me contó… Recuerdo haberle dicho: «Esto es muy grave y tú tienes que seguir insistiendo». Yo encontraba increíble que no se investigara.

Hasta ahí Antonio Delfau sabía lo de José Andrés Murillo. Pero en otro funeral que tuvo que oficiar en una parroquia de Santiago, ató un nuevo cabo de esta historia… «Conocía hacía tiempo al cura de esa iglesia, porque habíamos sido compañeros de colegio, y yo sabía que había dejado El Bosque hace muchos años. Le pregunté si había escuchado alguna vez de abuso por parte del padre Karadima, porque para mí era una novedad absoluta. Y me sorprendió, porque me dijo: "Sí". Pero no me entregó detalles.»

Antonio Delfau prefirió guardarse el nombre del sacerdote y no sabía si había declarado en la investigación enviada al Vaticano.

En esa época de la que habla Delfau, José Andrés Murillo había conversado con el maestro de novicios de entonces —hoy

superior— Eugenio Valenzuela y con el padre Juan Díaz. Le había escrito al cardenal Errázuriz y se había reunido en julio de 2005 con el obispo auxiliar Ricardo Ezzati. Pero nada sucedía. Nada.

Filtración en el tribunal

A las denuncias de Verónica Miranda y James Hamilton ante el promotor de justicia se sumó por esos años otra situación. Hacia 2007, convencidos de que su matrimonio había fracasado, decidieron iniciar el proceso de nulidad eclesiástica. Y el motivo —o *dubio*, como se denomina en derecho canónico— fue el de abusos cometidos por el director espiritual a Jimmy.

«Frente a este juicio, el cardenal Errázuriz pidió a un investigador especial. El caso recayó en el padre Eugenio Zúñiga del Opus Dei, quien tenía la labor de hacer un proceso rápido y acelerado y sumamente secreto. Y los testimonios que empezaron a llegar comenzaron a avalar de manera fuerte y de primera fuente los abusos cometidos por el cura», explica Jimmy Hamilton. «Estos entregan no solo hechos concretos sobre el abuso que yo viví, sino que también aportan datos sobre el contexto de abusos que existía», agrega.

»Y ocurre que este proceso de nulidad se filtró desde el principio», acusa.

—¿Cómo fue esa filtración? ¿Adónde habías presentado la solicitud de nulidad?

—Yo llamé a mi mamá que se había anulado y ella me dijo que su abogada estaba con mucho trabajo, pero que podía recomendar a otra persona. Recomendó a Valeria López, abogada estable del Tribunal Eclesiástico. Tiene la oficina en el Tribunal, al lado de la Catedral. Ella es uno de los «patronos estables», como se les llama a los abogados en el Tribunal Eclesiástico. Son quienes asisten a las parejas que tratan de anularse.

Se juntó con ella por primera vez en 2008. «Ese año solo conversé con la abogada Valeria López, quien me orientó con todos

los datos y papeles que yo necesitaba. En ese momento no tuve ánimo para escribir mi "biografía". No fui capaz de remover de nuevo todo el dolor. Sentía que me estaba liberando de todo esto y no quería volver a vivir la experiencia. Entonces, aunque fuera escribir diez o doce páginas, me costaba. Por eso, me mantuve en suspenso hasta marzo de 2009.»

Cuenta que en la Semana Santa de ese año, en Vichuquén, «un día de lluvia, con la chimenea prendida, mirando al lago, me armé de fuerza, tomé mi computador y me puse a escribir mi relato». Pensaba —dice Jimmy Hamilton— juntarse con la abogada Valeria López con todos los papeles para reiniciar su proceso de nulidad. «Intercambiamos e-mails y se estableció el vínculo de secreto profesional. Le entregué a Valeria el resumen. Ella lo recibió, lo leyó y me mandó de vuelta un e-mail donde destaca que le parece que hay causales de nulidad y que sería muy importante que nos juntáramos para editar, ponerle nombre y conceptualizarlo. Se trataba de entregar un documento que hablara de falta de libertad o de falta de madurez, que serían las causales, según me explicó.»

Visita inesperada

Se encontraba Jimmy Hamilton a la espera de esa reunión con la abogada eclesiástica, cuando de pronto un día, en la Clínica Santa María, la secretaria le anunció: «El presbítero Juan Esteban Morales desea hablar con usted», y le pasó la llamada.

Al otro lado de la línea, Morales lo saludó «con mucho afecto», recuerda Jimmy Hamilton. «Me preguntó cómo estaba y tras las típicas palabras formales, me dijo que necesitaba hablar un tema personal conmigo.» El médico gastroenterólogo le preguntó al párroco de El Bosque, que también es doctor: «¿Cómo? ¿Problema personal tuyo, de salud?».

Morales le respondió afirmativamente. Era un lunes en la tarde y estaba con la consulta llena. Lo citó para el día siguiente en

la Fundación Médica San Cristóbal, en Vitacura, donde también atiende.

«En realidad —comenta— preferí que fuese algo más bien formal para que hubiera testigos. De hecho, mi secretaria y todo el mundo lo vio. Primera vez que iba un sacerdote a verme, así es que les llamó mucho la atención.» Esto fue el 28 de abril de 2009, en la fundación ubicada en la avenida Luis Pasteur. «Ahí se dio este diálogo en el que en vez de conversarme de un problema personal de salud, como había dicho, me planteó otra cosa.»

Aunque Morales es algo mayor que Hamilton, fueron muy cercanos en El Bosque. «Y en esa conversación me llevé la sorpresa de que este mismo sacerdote, que había sido muy amigo mío, que estaba junto con nosotros y que es el que yo menciono cuando me ocurrieron todas estas cosas, este hombre en quien yo buscaba apoyo, me iba ahora a visitar por este asunto... Juan Esteban me indicó que había recibido mi testimonio a través del padre Francisco Javier Walker, presidente del Tribunal Eclesiástico y párroco de la iglesia Cristo Crucificado de Renca. Era integrante de la Pía Unión, después dejó el cargo y luego fue uno de los firmantes de la carta que dio credibilidad [al fallo del Vaticano]».

—¿Cómo le llegó tu testimonio a Morales?

—Acuérdate de que estaba Valeria López, la abogada, y nos íbamos a reunir para trabajar los documentos. Pero entremedio, antes de que yo pudiera juntarme con ella para trabajar los testimonios, apareció Morales.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que él había tenido en sus manos el testimonio, que se lo había entregado Francisco Walker Vicuña, que era el jefe de Valeria López. Ella le entregó el testimonio a Juan Esteban y él se lo pasó al presidente de la Pía Unión Sacerdotal, Andrés Arteaga, después de una misa de la Pía Unión.

«¡Reza el Rosario!»

—¿Cómo era tu relación con Morales cuando estaban en El Bosque?

—Juan Esteban Morales siempre tenía una actitud de contención conmigo. Después descubrí que lo que trataba era que yo no me espantara y probablemente me mantuviera ahí cerca del círculo.

Se acuerda de otra anécdota: «Hace tres o cuatro años me tocó operar a la señora de un doctor muy prestigioso, a quien yo quiero mucho, de algo bastante grave. Ella estuvo en su recuperación en la UTI de la Clínica Alemana y pidió la comunión, y fue el padre Juan Esteban Morales. Y cuando me vio ahí, mientras yo estaba terminando de escribir las anotaciones médicas, Juan Esteban se acercó y en un gesto notable, que lo encontré de película, pescó un rosario y me lo puso en el pecho. Y me dijo "¡Reza el Rosario!", "¡reza el Rosario!", así como diciendo: "Te exorcizo, Satanás". Eso fue dos años antes de que me llamara tan amable para este asunto personal».

—Y cuando te fue a ver a la Fundación San Cristóbal, ¿te pidió misericordia?

—Claro, con todos esos antecedentes que había conocido, Juan Esteban me indicó que me venía a pedir por misericordia, porque el padre Karadima estaba muy enfermo, que por favor desistiera de hacer este proceso de nulidad y de involucrar a gente que pudiera ser afectada. Que en particular evitara hacer comentarios sobre la persona del padre —se refiere a Karadima— porque se podría producir mucho daño. Y que el padre no lo podría resistir dada su salud.

—¿Qué le respondiste tú a Morales en esa ocasión?

—Le dije: «Tú estuviste adentro igual que yo y sabes todo lo que pasa. Estoy abismado que en lugar de tener una actitud solidaria conmigo, habiendo sido yo una víctima, estés más preocupado de la imagen de alguien, cuando tú debes ser el pastor que cuida el rebaño. Y me impresiona que no me creas». Ante

eso, él me dijo una frase para el bronce —que yo dije en *Informe Especial*—: «Porque te creo, te pido misericordia».

—Pero después Morales negó esa frase.

—La niega. Pero estos curas se van de perjurio... Imagínate que tratan de decir que yo soy el mentiroso... Ese día que me fue a ver Juan Esteban comprendí su estrategia, aquello que siempre había vivido: echarme la culpa y responsabilizarme a mí. Quería hacerme responsable de los actos del cura para protegerlo. Después de todo el psicoanálisis que he hecho me di cuenta de lo que estaba haciendo y le manifesté a Juan Esteban que no iba a ceder y no dejaría mis derechos básicos como cristiano y seguiría adelante con el proceso.

—¿Crees que a Karadima lo van a declarar enfermo como a Pinochet...? —le pregunté.

—Sí, seguro, para que no dé testimonio y no sea juzgado.

—¿Ustedes captaban algo especial entre Karadima y Morales?

—Veíamos que era el más cercano al cura y se quedaba en las noches más que nadie.

Matrimonio nulo ante la Iglesia

Después de esa especial visita, Jimmy Hamilton de inmediato llamó a la abogada Valeria López para contarle lo que había pasado. «Ella me dijo que, dado lo delicado del caso, en realidad se vio en la obligación de entregarle toda la información al presidente del Tribunal. Ante eso, le respondí: "Te entiendo, te voy a mandar un e-mail en el que te narraré esto que pasó y no seguiré naturalmente contigo en el proceso y buscaré otro abogado eclesiástico". Ella me contestó por e-mail, de manera lacónica, que informó al presidente del Tribunal Eclesiástico. Me escribió: "Entiendo tu decisión y espero que te vaya bien en todo". Con esas palabras tácitamente me reconoció todo lo que yo le decía.»

—¿Y qué hiciste entonces? —le pregunto.

—Tomé como abogado eclesiástico a Francisco —Paco— García de Vinuesa, religioso marianista, que fue profesor de derecho canónico de todos estos, incluso de los obispos. Entonces empezó el proceso con él.

Mantenía, así, dos procesos ante la Iglesia: uno por la nulidad y el otro por las denuncias por abuso. En el de nulidad matrimonial testificaron el médico Alfonso Díaz; su mamá, Consuelo Sánchez; Juan Carlos Cruz y Andrés Murillo. Sería ese el punto de partida para lo que vendría después. Juan Carlos Cruz, después de declarar como testigo, se decidió también a hacer su propia denuncia ante la Iglesia.

Entretanto, la inquietud cundía en el círculo cerrado de El Bosque. Una muestra de ello fue que, «un día, el obispo Andrés Arteaga le planteó al sacerdote Eugenio Zúñiga, que llevaba la causa de nulidad, que acogiera la declaración del párroco Juan Esteban Morales», relata Jimmy Hamilton. La Pía Unión se ponía en acción como una red de apoyo a Karadima.

Al final, más de un año después de iniciado el proceso, en octubre de 2010, el tribunal interdiocesano del Arzobispado de Santiago concedió la nulidad religiosa a James Hamilton y Verónica Miranda, tras estimar que los abusos existieron. El veredicto del tribunal estableció que el matrimonio no existió por «falta a la debida libertad para ingresar en el matrimonio por haber sido abusado sexual y psicológicamente por su director espiritual, antes y después del matrimonio», según el dictamen del tribunal.

Consignó el documento el «impacto destructor profundo que la situación de abuso produjo en la persona» de Hamilton, «hasta el punto de perder la claridad para distinguir el bien del mal, lo correcto de lo incorrecto (...), y de no saber si él era el inductor o el inducido, el culpable o la víctima».

El defensor del vínculo se abstuvo de alegar. No tenía argumentos para defender su postura. Los testimonios de Verónica Miranda, de Cruz y Murillo fueron clave. Además, Hamilton fue sometido a informes psiquiátricos por el médico Ramón Florenzano y por la psicóloga Beatriz Zegers, los que avalaron su veracidad.

Como en otras oportunidades, el abogado del ex párroco Juan Pablo Bulnes trató de relativizar el irrefutable fallo: «La defensa canónica del padre Karadima declara que, de existir una sentencia de la Iglesia de Santiago confirmando las acusaciones contra el mencionado sacerdote, ésta aún no se encuentra a firme y está sujeta a revisión de parte del Tribunal de Apelación. El fallo al cual se refiere la información publicada tendría el único alcance de dilucidar la validez o invalidez del matrimonio del señor Hamilton, por lo que de ninguna manera permitiría establecer la veracidad de las acusaciones que él ha formulado»[6].

Asimismo, alegó que la defensa del padre Karadima no sabe de la sentencia aludida, «pero conociendo el derecho común y el de la Iglesia, tiene certeza de que las conclusiones de la sentencia de nulidad solo alcanzan a las partes que han participado del juicio y no pueden extenderse a quien no ha participado, de ninguna manera, en él». Y agregó: «El padre Karadima no fue citado a declarar ni ha participado en forma alguna en el proceso aludido, por lo que ningún juez podría establecer una responsabilidad sin, al menos, escuchar a quien se inculpa».

Ese fallo sobre el proceso de nulidad matrimonial sería la antesala de lo que vendría cuatro meses después, cuando el obispo Ezzati dio a conocer, en febrero, el veredicto del Vaticano sobre los abusos. Pero entretanto los denunciantes —todavía no se les llamaba «víctimas»— tuvieron que soportar el cierre del proceso legal dispuesto con prisa por el juez suplente Leonardo Valdivieso, después de que el fiscal Xavier Armendáriz se vio obligado a dejar la causa.

Patrón de conducta establecido

Antes de que se conociera ese fallo, conversando con el abogado Juan Pablo Hermosilla en su oficina de calle Miraflores, a fines de

[6] *La Tercera*, 11 de octubre de 2010. «Defensa del sacerdote: el fallo del tribunal solo es transitorio.»

diciembre de 2010, este comentó: «Es fuerte mirar la cantidad de acciones y omisiones que permitieron que esto durara en forma sistemática tantos años. No solo es la jerarquía que descartaba denuncias, sino también gente de alrededor que prefirió mirar para el lado, o personas que se anduvieron volviendo loquitas y que estiman que es normal que un sacerdote anduviera agarrando a un cabro adolescente, a un mocetón de quince o dieciséis años, tocándole los genitales o pasándole la lengua por la cara. Y esto muchos lo vieron, porque lo hacía en público».

Como indica Hermosilla, «una cosa que ha quedado clara es que no fueron casos puntuales reiterados en el tiempo, sino que responden a un patrón de conducta establecido y afianzado durante décadas». Probablemente —dice el abogado— «este patrón se empezó a instalar en los años sesenta y quedó ya firme a partir de los setenta, comienzos de los ochenta y de ahí no se movió hasta hace pocos meses».

»Numerosas personas han sido víctimas. Por eso uno se acuerda de los atentados a los derechos humanos, no solo por los abusos de poder, sino también por lo masivo. Aquí, fácilmente son varios cientos de cabros abusados, en veinte o treinta años. No es que se hayan juntado los únicos cuatro casos. ¡No! Estos fueron los más valientes, pero los abusos pueden ser enormes.»

Agrega Hermosilla: «Una de las cuestiones pendientes es saber cuál es la verdadera razón por la cual las denuncias que se hicieron en la Iglesia desde hace treinta años no se consideraron. Tiene que haber una razón precisa».

El abogado señala su extrañeza ante la actitud de las autoridades eclesiásticas. Refiriéndose al episodio de la carta de comienzos de los ochenta, cuando era arzobispo Juan Francisco Fresno, señala: «Incluso si boto al tarro de la basura la denuncia, me acerco a Karadima y le digo "te voy a aguantar esta, no lo voy a investigar, pero no lo hagas más". Hubiera bastado que el arzobispo hubiera hecho eso, para evitar que numerosos jóvenes hubieran

tenido estos impactos en sus vidas, que les han significado costos emocionales y personales inmensos».

«Coautoría e impunidad»

«No me compro la versión de que Fresno fuera una mala persona o que el cardenal Errázuriz fuera frívolo en el tema de las denuncias. No creo», señala Hermosilla. «Pienso que hay algo de fondo. Y no lo digo en términos jurídicos, sino de las dinámicas más bien sociales. Aquí hay una especie de coautoría de quienes supieron y miraron para el lado. Alguien le garantizaba la impunidad a este señor.»

—¿Tiene que ver con la estructura propia de la Iglesia Católica?

—Sí, esto ha sido muy desfachatado. Porque en casos como el del obispo Francisco José Cox, hace unos años, hubo una persona que apareció y no alcanzó a hacer la denuncia formal y se llegó al pacto que permitió sacarlo del país. Pero hubo una reacción al menos para contener. Y aunque fuera mal hecha, hubo una suerte de medida para tomar el control. Acá no ha habido eso. Y ese es el dato que puede llevar a sospechar: ¿habrá mucho tejado de vidrio? ¿Habrá otras informaciones?

—Y como la Iglesia es tan jerarquizada, los que saben tienen miedo de hablar… —le digo.

—Efectivamente es miedo. Da la impresión de que es por el manejo de poder del cual se escribía mucho en la Ilustración, pero hoy ya no se escribe al respecto. La Iglesia simuló como que se democratizaba, pero no lo ha hecho, y tiene problemas, no solo con el tema sexual. El tema de las platas, el tema del manejo ideológico. En este caso, los que nos han entregado información lo hacen con un cuidado enorme, juntándose conmigo de incógnito, haciendo «puntos», como en los tiempos de Pinochet, evitando hablar por celulares, aterrados.

Preguntas de Delfau

Antonio Delfau manifiesta también que «este abuso de poder permanente de Karadima, que ahora veo muy nítido a la luz de los hechos, no puede haber sido solo producto de su mente afiebrada, enferma o lo que sea, tiene que haber tenido algún soporte».

—¿En qué sentido?

—¿Cómo puede ser que una persona durante cuarenta años expulse gente a su capricho, seduzca a algunos, torture psicológicamente a otros, los mantenga a todos unidos obedientes en esta unión sacerdotal, todos los lunes ahí rindiéndole pleitesía, todos siendo dirigidos espirituales? Y han pasado todos por el Seminario. ¿Y los rectores del Seminario? ¿Y los padres espirituales del Seminario? ¿Y los obispos de Santiago? ¿Y los otros obispos que mandaban a sus seminaristas ahí? ¿Y el nuncio apostólico?

A Delfau le preocupa que la Iglesia no investigue a fondo «todas las repercusiones y ramificaciones del caso, y se circunscriba a aislar al culpable. Yo creo que esto amerita una indagación a fondo», insiste.

El sacerdote jesuita ve que «hay un modo de proceder enfermo que no se puede aislar del resto de la actividad que ejerció Karadima… A mí me llama mucho la atención que haya personas que crean que las vocaciones sacerdotales, los rosarios, las misas, los matrimonios, los bautizos se puedan separar estrictamente de un *modus operandi* muy, muy, muy dañino, enfermo, poco evangélico, nada de cristiano, cruel, de abuso de poder, de abuso psicológico, de culto de la personalidad, de dependencia afectiva».

Recuerda que los discípulos de Karadima «han tenido muchos de los cargos importantes de la Iglesia en Santiago por bastantes años», y están los obispos «creados» por él.

«Cualquier cristiano se puede preguntar perfectamente "¿qué garantías tengo en una diócesis dirigida por un obispo de que si existe algún tipo de abuso va a ser acogido, investigado y sancionado? ¿Qué garantías hay para los católicos de debidos procesos

si en la Arquidiócesis de Santiago hubo todas las arbitrariedades que hubo y todas las dilataciones y todas las demoras y todas las luchas intestinas que nosotros sospechamos que hubo, porque no nos consta?»

—¿A qué atribuyes la demora y las arbitrariedades?

—Me da la impresión de que es una lucha de poderes. Las razones específicas habría que preguntárselas al cardenal Errázuriz, que parece un gran Hamlet titubeante.

Capítulo XVIII

EN LA HORA DE LAS VÍCTIMAS

La pesadilla no terminaba para las víctimas de Karadima con el solo alejamiento de la parroquia. No únicamente por los malos recuerdos, sino que también por los dardos que les lanzaban a los «traidores» que tenían el «demonio adentro», según cuentan sus ex discípulos.

Los tentáculos del ex párroco, que seguía siendo el dueño de El Bosque, perseguían al doctor James Hamilton hasta su trabajo, durante esos días en que dentro de la Iglesia se filtraba su relato personal escrito para su proceso de nulidad. Y se comentaban con sigilo las denuncias entrampadas en carpetas reservadas en los escritorios obispales. En forma simultánea, el médico empezó a tener problemas en la Clínica Alemana, donde operaba a sus pacientes y tenía su consulta. El camino se le hacía aún más cuesta arriba mientras cundían por los pasillos del recinto de Vitacura rumores que apuntaban a lesionar su prestigio profesional, que —aparte de sus hijos— era lo único que le iba quedando.

Con su característico estilo directo, James Hamilton acusa al doctor Juan Schiller: «Un médico muy cercano a Karadima, que encabezó una campaña de denostación a *full*, que contrastaba con mi desempeño profesional; incluso llegaron a decir que yo no tenía título», dice el médico gastroenterólogo, titulado en la Universidad de Chile, que en ese tiempo era el jefe del servicio de Cirugía del Hospital Padre Hurtado. «Karadima influyó directamente en la Clínica Alemana a través de Schiller», afirma Hamilton.

«El doctor Juan Hepp, también cirujano, que era el subdirector de la Clínica Alemana, me dio su respaldo, pero a los seis meses el jefe de servicio de Cirugía, Jorge León, del Opus Dei,

me echó. Cuando le pregunté por qué, me dijo:"La clínica no da explicaciones"».

El doctor Hamilton tuvo que dejar de atender en consulta, y preguntó cómo tenía que hacer para seguir operando a sus pacientes en la clínica. «Te tienes que recertificar», fue la respuesta. «Tuve que recertificarme, entregar un currículo que fue el mismo que entregué al concurso de cargos del Hospital San José y en otros lados, que me gané en primera instancia.» Lo absurdo —cuenta— fue que «de la Clínica Alemana me mandaron una carta en la que me dijeron que no fuera más a consulta y después me enviaron otra tras la recertificación en la que lo único que hacen es alabarme».

Maciel chileno

En agosto de 2009, Juan Carlos Cruz viajó a Santiago para acompañar a su madre, que debió someterse a una operación, y a testificar para la nulidad matrimonial de Jimmy Hamilton. Aprovechó para presentar su propia denuncia ante la Iglesia. Fue el primer encuentro con quienes se convertirían en sus inseparables compañeros en los meses siguientes. José Andrés Murillo ya había formulado años antes su denuncia y se había conectado con Jimmy Hamilton, a quien conocía de los tiempos de El Bosque, aunque Murillo es mucho menor.

Fueron los tres a comer al restaurante Venezia, en el barrio Bellavista. «Estábamos Jimmy, Murillo y yo. A él no lo conocía. Nos dimos un gran abrazo, fue realmente emocionante. Conversamos y nos contamos lo que nos había pasado», recuerda Juan Carlos Cruz.

—¿No estaban en ese momento decididos a ir por la vía legal?

—Queríamos hacerlo por la Iglesia. Darle una chance de sacar la investigación adelante, pero cuando vimos que ni nos pescaban y era una chacota, empezamos a evaluar presentar la denuncia a la justicia. Analizamos que sería duro, pero ya veíamos qué era lo que había que hacer. Todos dijimos sí. Y nos contactamos constantemente por teléfono y por e-mails —señala Cruz.

Tras el encuentro se reabrieron heridas, quedaron muchas inquietudes, pero también ideas que daban vueltas: había elementos comunes en todas las historias y surgía la necesidad de hacer algo en conjunto en vista de la pasividad que veían en las autoridades de la Iglesia.

—¿Y Fernando Batlle cuándo se sumó?

—Se unió a nosotros en enero o febrero de 2009. Él es amigo de Murillo. Entre ellos hablaron y Batlle al comienzo no quería; después se unió y nos planteó la idea de consultar al abogado Juan Pablo Hermosilla —recuerda el periodista.

A Juan Carlos Cruz, viviendo en Estados Unidos, le habían impactado los casos de abusos en distintas partes del mundo que salían a la luz, y en particular la historia de Marcial Maciel. Y justo por esos días, Televisión Nacional difundió el programa *Informe Especial* sobre el fundador de los Legionarios de Cristo que se proyectó en agosto de 2009. Karadima aparecía a los ojos de Juan Carlos Cruz como «el Maciel chileno». Conversó el asunto con la periodista Paulina de Allende Salazar y con la editora Pilar Rodríguez, amiga de su infancia.

«En noviembre —creo— me junté con ella y con Murillo. Cuando vine para la Navidad, ellas me filmaron. Eso fue en enero en mi casa. Querían tener mi testimonio por si el caso explotaba. Y estaban trabajando en el reportaje como para julio o agosto, pero cuando esto reventó entrevistaron a los demás», cuenta Juan Carlos Cruz.

«Nosotros habíamos compartido los testimonios y nos habíamos dado cuenta del *modus operandi*. Percibimos que se trataba de una situación siniestra de un tipo perverso», señala Juan Carlos.

Reunión con el abogado

Juan Pablo Hermosilla estaba fuera de su oficina ese día de la primera semana de abril de 2010, cuando su secretaria le informó: «Lo llamó el abogado Fernando Batlle». Hermosilla dice que

hubo algo en el tono de la secretaria que lo hizo pensar que se trataba de un asunto especial. «Ella me dijo que lo notó tenso. El llamado había sido como a las doce. Tipo dos de la tarde lo llamé de vuelta.»

—¿Me llamaste? Soy Juan Pablo Hermosilla —se identificó el abogado.

—Ah, qué bueno que me devuelvas el llamado tan rápido. Estoy con un problema —respondió Fernando Battle, por el otro lado de la línea.

«Al notar su voz —cuenta Hermosilla—, le dije: "tengo media hora a las tres de la tarde"». Y, al poco rato, Fernando se instaló en mi oficina. Estaba muy nervioso y me contó en veinte minutos su situación y la de las otras tres víctimas. Me describió abusos que son propiamente delictuales y otros personales, psicológicos gravísimos. Después me preguntó si los defendería.

»Cuando le respondí afirmativamente, se paró y me abrazó con los ojos llenos de lágrimas. Entendí que eso reflejaba el desamparo que ellos habían tenido durante tanto tiempo, golpeando puertas sin que nadie los pescara. Sintió probablemente que era el primero que no solo les creía sino que les daba el apoyo incondicional y modesto que uno puede dar en un caso así», recuerda el abogado penalista.

«Cuando nos juntamos al día siguiente con Jimmy y él y, comunicándonos por cámara, con Juan Carlos, que estaba en Estados Unidos, se emocionaron», relata.

Antes de ese contacto con Hermosilla, Jimmy Hamilton había conversado con otros abogados. Le hablaron de sumas importantes de dinero que debían poner sobre la mesa. Siguieron buscando hasta dar con quien consideraron la persona adecuada. «Lo asumí como un caso de derechos humanos y lo tomé con un compromiso propio de una causa de esa índole. Son personas abusadas en sus derechos básicos por otro con un poder tremendo», señala el profesional.

Círculo virtuoso

La primera conversación con Juan Pablo Hermosilla sobre Karadima la sostuve en agosto de 2010, cuatro meses después de que fueran presentadas las denuncias en la Fiscalía, y todavía el abogado se manifestaba sorprendido por lo que sucedía en El Bosque. Le extrañaba que hubiera germinado ese extraño «reino» sin que en apariencia nadie se hubiera dado cuenta.

No obstante, dice, «este tipo que había montado una organización tan perfecta, tan ordenada, tuvo la mala suerte de cruzarse con cuatro personas que se apoyan unas con otras a partir de las tragedias tremendas que ha vivido cada una, y se provocó un círculo virtuoso que las fortalece; eso sí, con costos personales indecibles», sostiene Hermosilla.

Menciona el abogado que, al contactarse y conversar entre ellos, hicieron un análisis y aprendieron de la experiencia de lo ocurrido en torno a Marcial Maciel. «Ellos se dieron cuenta de que plantear su denuncia de a uno los fragmentaba. Todas las denuncias contra Maciel mientras fueron individuales daban bote. Y solo colapsa el sistema de Maciel cuando se juntan. Porque ahí ya no aparece creíble el que le digan a uno que está mintiendo.

«Los hechos se precipitaron —recuerda Hermosilla— cuando el diario *La Tercera* gatilló este tema, antes de tiempo para nosotros. Tuvimos que salir corriendo, y por suerte apareció en un contexto adecuado, porque fue cuando hicieron la declaración los obispos.»

Según Juan Pablo Hermosilla, la reacción de los defensores de Karadima «fue de manual», porque salieron a atacar y a descalificar a los denunciantes. «Ese ha sido el estándar siempre que se habla de abusos. Pero aquí ya se toparon con problemas.»

Cree Hermosilla que si los denunciantes hubieran efectuado las denuncias de a uno, habrían sufrido un embate desde el punto de vista de su imagen pública.

Los medios de comunicación, sin duda, han jugado un rol importante en esta historia desde el comienzo. Y eso que la defensa

de Karadima y algunas voces de la Iglesia llaman «publicidad excesiva» no ha sido otra cosa que ejercicio del periodismo.

«El impacto que provocaron las entrevistas de Jimmy Hamilton y Juan Carlos Cruz en el *New York Times*, y el reportaje de *Informe Especial* contribuyeron a las credibilidad de los testimonios, desde el primer momento», señala Hermosilla. «Nadie iba a creer que el *New York Times* les iba a dar el espacio que les dio sin chequear que la historia era verosímil antes. Por lo tanto, a ellos los ayuda legítimamente la credibilidad que inspira ese diario. Y a su manera, en Chile, lo que ocurrió con el programa *Informe Especial* de Televisión Nacional.»

Destaca el abogado: «La notable valentía, la lucidez de darse cuenta de que esto había que pararlo por razones éticas profundas, no solo por reivindicaciones de sus proyectos de vida, sino de evitar que siguiera pasando a otras personas. Ellos intuyeron que si no salían y no pagaban estos costos, esto iba a seguir sucediendo. Porque además sabían que había herederos de Karadima. Y se podía morir él, pero vendrían otros».

Poder y susto

Desde la primera conversación con sus defendidos, Juan Pablo Hermosilla tuvo más o menos claro que el problema era doble: «Por un lado, la existencia de esta organización de poder comandada por Karadima, montada hace muchos años, destinada a generar espacios para abusar de personas frágiles, porque él era muy hábil para encontrar ese tipo de personas. Y dos, que existiera una estructura que hiciera que cuando alguien se arrancaba y saliera a denunciar, diera bote».

—¿Crees tú que al comienzo las víctimas le tenían miedo al propio Karadima? —le pregunto.

—Sí, por supuesto. Es que es lógico, porque si uno ve el poder en forma cruda desde el lado penal, y no lo define en forma romántica o política, sino como la capacidad de hacer daño,

Karadima tiene una capacidad gigantesca. He visto a pocas personas en la historia con tal capacidad de hacer daño. Porque si uno mira a los delincuentes comunes que pueden ser particularmente agresivos, ellos producen un impacto biográfico enorme, tremendo, pueden matar personas, pueden violar personas, dejarlas muy traumadas, pero son momentos de entrada y salida. Este otro se instalaba en tu proyecto de vida, y era capaz de mantener el control por el temor hasta el día que fuera. Hasta hoy eso se percibe.

Al escuchar y leer los testimonios en el proceso indagatorio realizado por el fiscal Xavier Armendáriz —señala Hermosilla—, se advierte «el poder y el susto de la gente ante Karadima», dice. Por eso, considera que «se parece tanto a lo de derechos humanos, porque al final la verdad nunca aparece de golpe, sino que va saliendo de a pedacitos. Y muchas personas que dicen "no he visto" o "no me ha pasado nada", no es porque sean malas personas, sino que ¡le tienen pánico a este caballero!».

El miedo va incluso más allá, según Hermosilla. «Creo que le tienen pánico a una cuestión simbólica que es la que él representa: la impunidad de hechos graves cometidos al interior de la Iglesia Católica, que indudablemente es atávica.»

«La maldad misma»

«Cuando me vinieron a ver los cuatro, me contaron que habían querido que operara primero la institucionalidad religiosa. Y me contaron de las denuncias efectuadas. Yo les he dicho que soy ateo, ex comunista, pero valoro la fe. Creo que es algo muy humano. Y les dije: «Ustedes tienen fe y a mí me parece increíble regalarle a este perverso, a este psicópata, la fe. Pierdan la fe por otras razones, pero no por este tipo que se les montó arriba de sus vidas». Sería el colmo del daño que alguien le puede hacer a otra persona. Quitarle su dignidad, producirle crisis biográficas, en su identidad sexual, en su mundo emocional y, además, quitarles la fe» —continúa Juan Pablo Hermosilla.

—¿Cómo describirías a Karadima? —pregunto.

—No encuentro otra forma de describir a este personaje que decir que es la maldad misma. Piensa en el caso de Jimmy, a quien no dejaba espacio para su relación de matrimonio, con tal de poder él descargar su erotismo en Jimmy. A uno se lo cuentan o lo ve en la televisión o en una película y dice «¡no, esto no puede ser, es una exageración!». Y todo esto lo aplica con distintas personas, con menores de edad, con gente que era un poco mayor, controlándolos de una forma tremenda y poniéndolos al servicio de lo que era su hedonismo perverso, y dañando y destruyendo a todo el mundo.

Sostiene Hermosilla que «hay algunos casos que hasta el día de hoy están atrapados. Son como Jimmy Hamilton antes de salir. Personas que están adentro, que aún están controlados, que no tienen salida, y que llevan veinte años...» .

—Uno suele encontrarse con algunas personas que dicen que los abusos de curas siempre han existido... ¿Qué opinas?

—Mi impresión es que un caso como este puede haber existido antes en la historia de Chile, pero no con las características y la persistencia en el tiempo de este... es muy singular. Porque no es un abuso estrictamente puntual del cura que perdió el control. Es sistemático. Y vuelvo al tema de los derechos humanos, porque es una estructura de poder que se monta para realizar abusos...

El informe de Armendáriz

El fiscal regional Xavier Armendáriz Salamero tomó el caso personalmente el 21 de abril de 2010 y, tras una acuciosa e intensa investigación de casi tres meses, debió dejarlo el 15 de julio del mismo año.

Los antecedentes que entregó Armendáriz al juez de garantía implicaron un avance significativo en la investigación; tanto, que lo que después desarrolló el juez suplente Valdivieso fue simplemente ratificar las principales declaraciones. En el informe de

Armendáriz se leen una serie de conclusiones que forman parte del expediente que desde marzo ha sido analizado en detalle por la ministra en visita Jessica González.

Según el fiscal Armendáriz, «el referido sacerdote es una persona de carácter fuerte, carismático, de gran llegada e influencia hacia las personas jóvenes que concurrían a su parroquia, la cual dirigía y determinaba sus cursos de acción en los ámbitos pastorales y sociales en forma absoluta y exclusiva».

Indica Armendáriz que durante su permanencia en la parroquia «los cuatro denunciantes fueron objeto de reiteradas tocaciones de índole sexual en sus genitales y boca por parte del sacerdote Karadima, permitiéndose a través de sus relatos el configurar una forma característica y común en su forma de abordar a sus víctimas para someterlas a sus deseos».

«Estas acciones —afirma— se realizaron mientras el señor Batlle era menor de edad y posiblemente también el señor Cruz. Además, los afectados indican que sufrieron subyugación emocional y espiritual de parte del sacerdote denunciado.»

En otro párrafo, el fiscal advierte sobre la posibilidad de que estuvieran ocurriendo estos hechos en el momento en que se hacía la investigación: «Dado que el entorno y las características de la dinámica de la parroquia de El Bosque que les tocó vivir permanece inalterable hasta hoy, especialmente en cuanto a que su figura central y eje es el denunciado Karadima, es altamente probable que los actos que sufrieron se hayan repetido y se estén repitiendo hasta el día de hoy». Anota también que «la interacción sexual con el denunciante Hamilton se prolongó hasta principios de 2004, es decir, en fecha ya próxima a la entrada en vigencia en la Región Metropolitana de la Reforma Procesal Penal».

Conductas imitadas o repetidas

Agrega el fiscal Xavier Armendáriz en su informe: «Refuerzan la credibilidad de los dichos de los denunciantes los testimonios de

numerosas personas, entre ellas cuatro sacerdotes formados en la parroquia de El Bosque (Hans Kast Rist, Andrés Gabriel Ferrada Moreira, Eugenio de la Fuente Lora y Fernando José Ferrada Moreira), que dan cuenta, en síntesis, de la efectividad que el imputado Karadima es la figura central y sin contrapeso alguno de dicha parroquia en cuanto fuente de decisiones y poder; con una muy fuerte personalidad, capaz de someter a sus designios a sus dirigidos y manipularlos a su antojo, además de mantener conductas invasivas en los espacios corporales de los jóvenes que asisten al recinto, impropias de un sacerdote».

El fiscal señala que «en esto debe hacerse presente que uno de los sacerdotes referidos, Hans Kast Rist, solicitó formalmente al Ministerio Público que al imputado se le aislase de personas menores de sesenta años y se adopten lo que llamó "medidas de protección" respecto de los jóvenes que asisten a la parroquia».

Armendáriz anotó también en su informe que, asimismo, «se ha establecido que una persona de nombre Óscar Osbén Moscoso ha solicitado y obtenido del sacerdote Diego Ossa Errázuriz una suma de dinero de entre ocho y diez millones de pesos sobre la base de recordarle una eventual interacción sexual con él en 2003. Este pago fue hecho en conocimiento del imputado [se refiere a Karadima]. Se hace presente que el sacerdote señor Ossa que expresamente declaró (en sus palabras) que no deseaba reclamar de esta situación, es una de las dos personas de mayor confianza del imputado y también está domiciliado en la parroquia de El Bosque».

En el párrafo siguiente, Armendáriz anota: «Lo anterior lleva a considerar que las conductas del imputado pueden estar siendo imitadas o repetidas por personas religiosas de su entorno más cercano, algunas de las cuales han recibido su influencia literalmente desde su primera juventud».

Por lo que se desprende de su informe, la intención de Armendáriz era avanzar más en la investigación, porque consideró necesario «establecer o descartar la efectiva ocurrencia actual o

próxima en el tiempo pasado, de conductas de carácter sexual que podrían revestir visos de delito, respecto de menores o jóvenes en proceso de formación».

Según el fiscal, su conclusión se basa en que así «lo demuestra la experiencia común al respecto y expresamente es sostenido por varios testigos, en especial el señor Hans Kast Rist y las propias víctimas; es altamente posible que en lo que constituye un espacio de formación espiritual, la existencia de una figura central de autoridad, fuerte y dominante, pueda ser un foco inmediato de peligro para las personas menores de edad o jóvenes en etapas iniciales de desarrollo de la personalidad, si es que esa figura central adopta la costumbre de interactuar sexualmente con sus discípulos, todo lo cual es el caso observado en esta investigación».

La negativa de Bulnes Cerda

Tras emitir su informe, Armendáriz dio otro paso: solicitar al abogado y amigo del cura Juan Pablo Bulnes Cerda, «los documentos que el imputado Karadima expresamente indicó —en su declaración— no tener inconveniente en facilitar». Se refiere a los documentos por «la causa que lleva la Iglesia Católica en su contra». Armendáriz pidió «la copia de su declaración escrita, el documento de los cargos que se le presentaron y de los descargos respectivos».

Sin embargo —dice Armendáriz en una constancia adjunta al expediente—, «el señor Bulnes manifestó entender no poder entregar lo solicitado, pues le pareció que debía guardar secreto al respecto. Se le consultó secreto respecto de quién o quiénes, y su motivo, y mencionó a su representado en la causa eclesial Fernando Karadima; cuando se le representó que este dio su consentimiento expreso para la entrega y que se trataba de documentos de su cliente, el señor Bulnes indicó que era también un secreto hacia las víctimas; y al indicarle si, entonces, un acuerdo de estas permitía la entrega, señaló que también el secreto

era por el Tribunal Eclesiástico, y quedó de contestar en forma definitiva el día viernes 2 de julio, lo que no hizo».

Relata Armendáriz que el viernes 5 de julio se presentó en persona Bulnes en su oficina. En esa oportunidad, indicó que «por un deber de secreto profesional definitivamente no podía hacer entrega de lo que se le había solicitado».

Estos documentos y el fallo del Vaticano están de nuevo en primer plano, tras la negativa del arzobispo de Santiago, Ricardo Ezzati, y del nuncio apostólico, Giusseppe Pinto, de facilitarlos a la justicia chilena, a solicitud de la ministra en visita Jessica González.

El 18 de julio de 2010, el fiscal Xavier Armendáriz Salamero se declaró incompetente «en atención al mérito de los antecedentes y lo resuelto por el Octavo Juzgado de Garantía con fecha 15 de julio último».

El juez de garantía de ese Juzgado de Garantía de Santiago, Fernando Antonio Valderrama Martínez, decidió que «de los antecedentes expuestos por el Ministerio Público en sus presentaciones aparece de manifiesto que los hechos investigados habrían tenido su principio de ejecución con anterioridad a la fecha de entrada en vigencia de la Reforma Procesal Penal en la Región Metropolitana», por lo que «el Ministerio Público carece de facultad para llevar adelante la investigación».

Tras declarar la incompetencia de ese tribunal, el propio Xavier Armendáriz tuvo que remitir los antecedentes al Décimo Juzgado del Crimen de Santiago. En ese momento se abrió una segunda causa y Armendáriz se quedó durante un tiempo únicamente con la referida a los pagos efectuados por el círculo de Karadima al personal de la parroquia y a Óscar Osbén, que habían ocurrido después de 2005, cuando empezó a aplicarse la reforma.

Con barba y delantal blanco

Ocho meses después de que presentara su denuncia ante la fiscalía en contra de Karadima, el 10 de diciembre de 2010, nos volvimos

a encontrar con Jimmy en la Clínica Santa María. Ha bajado más de diez kilos sin proponérselo, como consecuencia —con seguridad—, de lo que ha vivido en estos meses. La barba que ahora luce y el pelo más corto contribuyen a hacer más delgadas sus facciones. Cubierto con su delantal blanco, el médico se instala detrás del escritorio en la sala de la consulta. Su ayudante nos interrumpe una vez mientras iniciamos la conversación sobre la situación ante la justicia. El juez suplente Leonardo Valdivieso había cerrado el caso sin efectuar careos ni avanzar en la investigación.

—¿Cómo ves el escenario? —le pregunto.

—Mi impresión es que desde un punto de vista legal la justicia tiene recursos para llegar a establecer la verdad. Y se empezaron realmente a utilizar todos esos recursos cuando el fiscal Xavier Armendáriz hizo una investigación seria, a fondo, en la cual se formó una clara opinión a través de los testimonios y también en conversaciones con los testigos. Y probablemente las conversaciones personales fueron aún más crudas e impactantes que lo que quedó por escrito de los testimonios de los testigos.

Según Jimmy Hamilton, hay «sacerdotes abusados por varios años que son párrocos y no se atrevieron a entregar su testimonio porque mencionaron que les podían destruir su carrera. Me impresiona, porque ser un Cristo en la Tierra es justamente morir por la verdad, morir por los otros, morir por el prójimo. Y destruir una carrera, si eso lleva a imitar a Cristo en el calvario y en la cruz, no debería importar…».

Sus palabras hablan de verdades ocultas, de compromisos y exigencias. «Me impresiona mucho que haya sacerdotes que no tienen idea lo que significa ser sacerdote, compenetrarse en Cristo y en lo que son los Evangelios… Espero que recapaciten, porque, si no, realmente creo que no van a poder dormir tranquilos.»

Con firmeza agrega: «Hay personas de las que sabemos, con las que hemos conversado incluso, pero que no se atreven, simplemente. Hay una especie de temor generalizado. Hay gente joven que también dio testimonios verbales que no quedaron

registrados. Testimonios actuales de personas que habían visto los toqueteos y esas cosas, pero optaron por no dejar su firma».

Dos meses después, en pleno verano, pocos días antes de conocerse el fallo del Vaticano, la fiscal de la Corte de Apelaciones, Loreto Gutiérrez, estableció que no correspondía cerrar ese juicio. Su informe, que apunta en la línea de los antecedentes entregados por Armendáriz e incluso va más allá con la propuesta de líneas concretas de investigación, fue tenido en cuenta por la Cuarta Sala de la Corte de Apelaciones, que en marzo decidió reabrir el caso.

Al final, unas horas después de la intervención de Jimmy Hamilton en *Tolerancia Cero*, el lunes 21 de marzo, la Corte Suprema designó a la ministro en visita Jessica González, para hacerse cargo del proceso. Desde que lo asumió, no ha descansado. Y ha ido dando uno a uno los pasos sugeridos por la fiscal Gutiérrez.

Las «gestiones» de los Matte

En esa conversación en la Clínica Santa María, Jimmy Hamilton me señaló, asimismo, que le parecía «muy terrible ver que a gente con poder económico como Eliodoro Matte le dan una audiencia con el fiscal nacional, y que a las semanas se interrumpe la investigación del fiscal Armendáriz y esta llega a la justicia antigua». Alude a la reunión que Eliodoro Matte Larraín sostuvo con el fiscal Chahuán el 12 de mayo de 2010, y que casi un año después ha generado una fuerte polémica y hasta las inusitadas disculpas del hombre fuerte de uno de los principales grupos económicos del país.

—Armendáriz ha asegurado que no ha sido presionado —le planteo a Hamilton.

—Pero el hecho es que pasó a la justicia antigua y llegó la causa a un juez suplente de treinta y ocho años de edad, que aunque fuera buena persona no creo que haya tenido la experiencia ni la madurez para aquilatar este tipo de circunstancias.

Ni siquiera él nos tomó los testimonios. Nunca lo conocí, por lo menos a mí la actuaria me tomó el testimonio. Creo que la justicia tiene los instrumentos, pero no los ha utilizado. Solicitamos una serie de diligencias que el juez no permitió. Como por ejemplo los careos. Podría haber mandado a hacer un peritaje a Karadima sobre su salud y habría comprobado que podría tener careos. Todos sabíamos que podría tenerlos.

»El caso es difícil, duro para cualquiera, y personalmente creo que las influencias de Matte con el fiscal nacional pueden pesar, y que también esas presiones pueden influir en las decisiones del juez. Si me preguntan por la independencia del juez Valdivieso, debido a la falta de entrevista personal a los afectados, puedo decir con los hechos que me parece que sí ha habido influencias.»

—¿Valdivieso habría llevado ese proceso solo por cumplir, sin ponerle el interés que requería?

—Creo que para él este proceso es un problema. Para casos como este, la justicia debería tener preocupación y tratar de que sean llevados por personas idóneas. La justicia debería tener un poquito de delicadeza y haber puesto un ministro en visita o al menos una persona idónea.

Meses después y tras otros acontecimientos decisivos, la Corte Suprema acogió sus palabras.

Entretanto, no fue la reunión con el fiscal Chahuán el único intento de la familia Matte —amiga y benefactora de Karadima— por influir en este proceso. Otro miembro del clan de los dueños de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones llamó después de la aparición de Hamilton en *Informe Especial* al doctor Juan Pablo Allamand, por entonces director de la Clínica Santa María. El motivo era indisponer a Hamilton con su jefe. Este episodio, que me contó Hamilton al día siguiente de haber ocurrido, en abril de 2010, lo relató también en *Tolerancia Cero* del 21 de marzo pasado. A la semana siguiente, el doctor Allamand envió una carta a ese programa en la que negaba haber sido presionado. Pero no decía que no lo habían llamado.

Las disculpas de «El Rucio»

Más atención periodística mereció la carta a *El Mercurio* del presidente de la Papelera Eliodoro Matte —«El Rucio», como le decían desde su juventud igual que a su padre—, publicada el 5 de abril de 2010. Allí pide disculpas públicas por haber solicitado la entrevista con el fiscal. «Se ha suscitado un debate respecto de una entrevista que le solicité al fiscal nacional señor Sabas Chahuán. Carlos Peña, en su columna del domingo 3 de abril, tiene razón al cuestionarla. Su línea de argumentación es correcta, lo cual no es efectivo porque se utilizó el mecanismo regular de audiencias. Solicitar dicha entrevista fue un error y aprovecho de pedirle disculpas al fiscal nacional», señaló Matte.

Más adelante, reconoció que como hombre influyente no debía haber hecho lo que hizo. Algo inusual, dentro de la sucesión de hechos que desencadenó el caso Karadima, pero donde a la vez Matte da cuenta pública de su conciencia de quién es: «Formulo mis excusas en perfecta conciencia de que los que ostentamos de una u otra forma alguna autoridad o poder, debemos ser extremadamente cuidadosos al ejercerlo». Nada dijo de Karadima y menos de las víctimas.

Ya las alusiones de James Hamilton al poderoso grupo en *Tolerancia Cero* habían incomodado con seguridad a la familia Matte. Pero la gota que rebasó el vaso de Eliodoro fue la citada columna de Carlos Peña en *El Mercurio* que, bajo el título «Matte y Chahuán», recordó el incidente de la visita del poderoso empresario al fiscal nacional en mayo de 2009.

Carlos Peña escribió que «Eliodoro Matte tomó el teléfono, pidió una entrevista con el fiscal nacional y le hizo saber que él y su familia estaban personalmente preocupados del procedimiento que se ejecutaba respecto de Karadima». Según el abogado, Matte «habría explicado que él y su señora tenían vínculos de amistad con Karadima, así que esperaba, por el bien de todos desde luego, que el asunto se tramitara con prontitud».

Sostiene Peña en su columna que Chahuán, «al recibir a Eliodoro Matte sin otra consideración que su nombre, lesionó los modales que se esperan de un funcionario a su altura». Agregó que «hay miles de ciudadanos que, con más razón que los amigos de Karadima, querrían entrevistarse con el fiscal, pero como su nombre no invoca nada, esperan en vano».

Balance de fin de año

Terminaba 2010 y Jimmy Hamilton me comentaba con cierta desazón ante lo que ocurría con la justicia y la incertidumbre sobre el veredicto del Vaticano, que aún no llegaba, que ya ellos —las víctimas— habían hecho su parte. Se sentía conforme con haber detenido a Karadima en El Bosque. «Al menos logramos frenarlo a él y a sus secuaces para evitar que nuevos jóvenes, nuevas víctimas, caigan en sus manos. Hemos tratado de crear conciencia en los padres, en los mismos jóvenes y niños que las personas que están investidas de poder no significa que sean perfectas. Que hay que tener prudencia ante ellos y la confianza se gana. No es algo que esté implícito porque sea un sacerdote o un profesional destacado.»

»La responsabilidad ahora es de la sociedad. Nosotros ya hicimos nuestra pega. El costo personal ha sido enorme y no hay cómo compensarlo. Y por lo menos yo tengo la esperanza de que esto haya servido para algo», señala.

Esta vez, no calculó la «pega» que vendría después con la reapertura del caso, con el impacto de sus palabras y la ola que se ha desatado que no se sabe hasta dónde llegará. Tampoco se sabía en esos días de diciembre quién sería el nuevo arzobispo de Santiago. Su designación se había postergado durante el año como consecuencia —se especulaba— de lo ocurrido con Karadima.

Tuve la oportunidad también de conversar con Juan Carlos Cruz cuando vino a pasar la Navidad y el Año Nuevo con su familia. Recordamos lo que había vivido. «Cuando ya reventó todo, ver mi cara en los diarios y en las noticias fue muy fuerte.

Era algo que yo tenía muy compartimentalizado en una parte donde nadie me podía molestar ni nadie me lo podía sacar en cara. Había hecho mi vida de ejecutivo internacional. Me ocupo de cuidarle la reputación a las compañías más grandes del mundo. El hecho de que esto se pudiera poner en jaque, me complicaba. Y me decía: "A lo mejor Dios me eligió a mí, alguien nada espectacular, para decir esto y que a otra gente no le pase".»

»Ahora me siento contento de haber sido un faro y de haber puesto luz en algo tan oscuro y que tantos encubrían. Y ojalá que gente que no se atreve a hablar, lo haga, porque por no hablarlo no tienen herramientas para combatirlo. Creo que después de todo, quienes son abusadores van a pensarlo dos veces antes de hacerlo, porque ahora hay consecuencias, y los que eran jóvenes vulnerables como lo era yo se van a dar cuenta y van a decir "este tipo se está tratando de aprovechar de mí, ya sea sexual o psicológicamente"».

»Quizá mi caso ha ayudado a otros a evitar el infierno que yo viví. A pesar del costo que esto ha tenido», me comenta. Y eso le compensa —dice— los «dolores de estómago, las noches sin dormir, las idas al psiquiatra».

—¿Has sentido apoyo?

—Mucho... De todo tipo. El otro día, una señora en el Parque Arauco a quien no conocía, se me acercó, me dio un beso y me dijo «gracias, salvaste a mi hijo». Esto es el mejor premio que me pueden dar. El triunfo mayor: evitar que haya nuevos Karadimas.

»El que me manden e-mails contándome "a mí me abusó tal persona" significa que la gente empieza encarar este problema de otra manera. Por haber hablado de este tema la gente tiene más herramientas y más confianza, y sabe que habrá consecuencias y que los delitos no van a quedar impunes. Porque salvar aunque sea a una persona de Karadima, vale la pena.

En esa conversación hablamos del sentido de lo vivido por él junto a Jimmy Hamilton y José Andrés Murillo. «Cada uno tenemos historias tan distintas... Estoy orgulloso de ellos y que Dios nos haya juntado», dice Juan Carlos Cruz, quien reafirma que sigue siendo católico, a pesar de todo. «Ver a Jimmy, a José Andrés Murillo, cómo han afrontado todo esto... Nos hemos sentido muy apoyados entre nosotros. Y hemos logrado buscar la verdad, poner luz donde no la había. Desenterrar lo que tenían enterrado y exponer a los encubridores. Esto para mí ha sido lo mejor de todo este proceso, que tiene un costo tremendo, incluso si sale bien es muy fregado y difícil. Pero no me arrepiento de nada.»

Ola de e-mails

Durante los primeros días de marzo de 2011, mientras en tribunales de justicia se reabría el caso Karadima —antes incluso de que la Corte Suprema designara a la ministra en visita Jessica González—, en forma subterránea había movimientos que afectaban a la Pía Unión de El Bosque y a la jerarquía eclesiástica.

Por esas fechas, el periodista Juan Carlos Cruz recibió una serie de e-mails provenientes de sacerdotes que conocía del Seminario y con los que no se veía hacía años. Por el tenor de sus dichos, los remitentes trataban de retomar el contacto. El primero fue de su antiguo amigo, el vicario Cristián Precht, quien le pedía perdón por no haberlo «sabido acompañar en este tiempo».

Más sorprendentes le resultaron a Cruz otros dos mensajes que provenían directamente de connotados sacerdotes de la Pía Unión de El Bosque: Samuel Fernández, el ex decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica, donde ejerce como profesor y director del Centro de Estudios Alberto Hurtado; y el actual vicedecano de la misma facultad, Rodrigo Polanco, su antiguo formador en el Seminario, a quien Juan Carlos Cruz veía como el representante de Karadima[1].

[1] Ver capítulo V: «Juan Carlos y el tejado de vidrio».

Los e-mails de ambos discípulos del ex párroco de El Bosque, que reflejan un estilo común, estaban orientados a hacerse presentes y a manifestar aprecio, como si nada hubiera pasado. Fernández, quien fue compañero de Juan Carlos Cruz en el Seminario y desde agosto de 2010 quedó en la directiva de la Pía Unión tras la salida de Andrés Arteaga, se dirigió al periodista el 7 de marzo en estos términos: «Te escribo brevemente solo para decirte que después de todos estos años, en que no nos hemos visto, te sigo considerando mi amigo y te tengo presente en mi oración. Un abrazo en Cristo, Samuel».

Algo más elocuente es el mensaje de Rodrigo Polanco, fechado el 10 de marzo, dos días después de que el abogado Juan Pablo Hermosilla alegara ante la Cuarta Sala de la Corte de Apelaciones, solicitando la reapertura del proceso:

«Te escribo para saludarte y decirte que en todos estos meses te he tenido muy especialmente presente. En recuerdo de los años de amistad te mando un gran abrazo de cercanía y aprecio.

»Con los mejores deseos para ti y todos tus proyectos, te envío un abrazo de amistad, comprensión y unidad.

»Con afecto, Rodrigo Polanco.»

«Esto me dejó mal», me escribió Juan Carlos, comentando el saludo del vicedecano de Teología.

Lo curioso es que Polanco fue uno de los primeros en hacer fuertes declaraciones de apoyo a Karadima tras la denuncia pública en abril y después —durante casi un año— no se retractó de esos dichos en que descalificó en duros términos a las víctimas: «Es una calumnia sin fundamento y grosera», dijo en una entrevista para *El Mercurio*.[2]

Juan Carlos Cruz me comentó que esa noche le costó dormir. Al día siguiente, le contestó a Polanco en fuertes términos: «No sé si has estado al tanto de todo lo que ha pasado en los últimos años. No sé si te acuerdas de los años de tortura psicológica a la

---

[2] *El Mercurio*, 22 de abril de 2010. «Es una calumnia sin fundamento y grosera.» Más antecedentes en capítulo I: «Un e-mail inesperado».

que me sometiste. El año de tortura en el Propedéutico, cuando lo único que hacías era acusarme al "padre Fernando" para que él me retara, cuando lo único que hacías era retarme tú también y hacerme sufrir al punto de dejarme absolutamente quebrado», le respondió el periodista, tras manifestarle su sorpresa por el saludo.

Le planteó que «quizás algún día lograría perdonarlo a él y a varios que me hicieron sufrir lo indecible». Pero, según Juan Carlos Cruz, «es difícil cuando en sus mentes siguen siendo inocentes palomas; así que más que hacerme sentir bien con el e-mail que me envía, es casi un insulto».

El director de *Mensaje*, Antonio Delfau, también supo por Juan Carlos Cruz de este intercambio de e-mails. Conversando con él en su oficina de calle Cienfuegos, Delfau me comenta: «Estoy tratando de entender por qué Polanco le escribe este e-mail a Juan Carlos. Qué razón tiene para acercarse después de todos estos años con ese mensaje tan ambiguo. ¿Qué significa?».

Le comento a Delfau que Juan Carlos Cruz también recibió un e-mail de Samuel Fernández, y reflexiono:

—¿Será que están recibiendo instrucciones del arzobispo? ¿O tal vez están tratando de neutralizar a Juan Carlos, que tiene muchos contactos con medios internacionales o están pensando en el riesgo de que la justicia los considere encubridores?

—Al leer lo de Polanco me dije en qué forma alambicada está tratando de reconstruir una relación absolutamente enferma, que destruyó a Juan Carlos Cruz. ¿Qué significa esto ahora? ¿Habrá a lo mejor alguna implícita caída en la cuenta de que realmente actuaron mal? No lo sé —agrega Delfau.

—Porque las palabras de esas seis líneas no denotan arrepentimiento. ¿O puede haber algo? —le consulto.

—No pues, más bien rescatar alguna hipotética amistad pasada, como si nada hubiera ocurrido entremedio. Es como pasar por la Segunda Guerra Mundial y volver al año 39 como si no hubiera sucedido nada.

«Gente cubriéndole las espaldas»

Juan Pablo Hermosilla, durante la conversación del 25 de marzo, en su oficina, casi al cierre de este libro, manifiesta: «Tengo la impresión de que aquí hay una transacción flotando en el aire, donde se dice: "ok, nosotros entregamos a Karadima, lo sancionamos, pero a cambio de que no se persiga a los otros"».

Sostiene el abogado de las víctimas que «hay algo justo en eso, desde el punto de vista de que él es el principal responsable de todo este núcleo de actos perversos, pero también es injusto, por el lado de que no se puede explicar todo el daño sin que hubiese gente al lado cubriéndole las espaldas (...) Sobre todo, gente en la jerarquía —señala Hermosilla—. Sabemos de dos cardenales que tuvieron conocimiento de esto: Errázuriz y Fresno. Este último recibió las primeras denuncias a inicios de los años ochenta, efectuadas por algunos jóvenes de la época, y que terminaron en el tacho de la basura, según cuenta un testigo».

Con todo, Hermosilla cree que si existiera «esa transacción, no va a funcionar. Hay un problema cultural, además de jurídico». Porque aquí, dice, aparte de lo que puede estar pasando en la Iglesia, «hay dos fenómenos en marcha paralelos: uno en la parte jurídica, que a estas alturas creo que va a resultar bien, y otro en el ámbito social y cultural».

Escasez de vocaciones

De nuevo en la casa de Percival Cowley, junto al colegio Manquehue, la tarde del 11 de marzo, le pregunto al sacerdote de los Sagrados Corazones:

—¿Qué pasa en la Iglesia Católica como para que esto pudiera suceder?

—Ese es el tema de fondo. Un aspecto importante se relaciona «con los lugares que generan vocaciones ante la escasez». De repente surgen vocaciones y todos miran con admiración,

porque faltan sacerdotes. Parece ser que la cantidad de vocaciones que provenían de El Bosque era una de las razones por las que aparentemente nadie intentaba meter mano.

—¿Cuál crees tú que era el objetivo final de Karadima con estas vocaciones? —le pregunto.

—Es un tema de poder, de una persona que quiere manejar la voluntad de otros —afirma Percival Cowley.

—Él mantenía el contacto directo y era guía espiritual de todos —le comento.

—De todos; todos tenían que llegar ahí a rendirle cuentas.

—¿Con qué objeto? —reitero mi pregunta.

—El tema de fondo está en un manejo del ministerio sacerdotal que no busca la libertad del otro, el desarrollo del otro como persona, sino que busca al otro como forma de manejar situaciones. Y eso es enfermo. Yo no me atrevería a juzgar la conciencia de Karadima ni de nadie; gracias a Dios, son esas dos cosas del Evangelio que son tan claras. Una, no juzgues para no ser juzgado; dos, por los frutos los conocerán.

—Algunos consideran las vocaciones como frutos positivos de Karadima —le señalo.

—Pero hay que ver cómo y con qué consecuencias. Y ahí entra todo el tema de las víctimas.

—Mucha gente señala que El Bosque y la Pía Unión tienen las características de una secta —agrego.

—Sí, claro. Yo estoy preocupado por los curas que vienen y vinieron de ahí; me preocupan como personas, qué ha pasado con ellos, qué han vivido, cómo lo han vivido. No tengo contacto con ninguno, pero uno quisiera poder acompañarlos, poder ayudarlos a ser libres, que hagan un discernimiento profundo de su fe, de su vida, de su encuentro con el Señor, no con Karadima, ni tampoco conmigo.

«Cuentas claras y chocolate espeso»

Para Percival Cowley es fundamental estar del lado de las víctimas. «Lo primero en este sentido es que no se puede culpar a alguien porque decide acusar», afirma.

Cuenta que la primera vez que lo fue a ver Jimmy Hamilton, le dijo: «"Aquí hay dos opciones. Y frente a ello no te voy a decir lo que tienes que hacer, eres tú el que tiene que tomar la decisión. Por un lado, está tu persona, tu profesión, tus hijos, tu familia, tu prestigio. Y esto se puede escapar. Por otro lado, está el bien común, porque si a ti te pasó esto, no hay por qué no pensar que no puede seguir ocurriendo. Tomar esta última opción es muy difícil, yo no la puedo tomar por ti, tienes que hacerlo tú mismo". Y en algún minuto Jimmy la tomó, fue a hablar ante notario, con los juramentos correspondientes».

Y revisando los pasos que le correspondería dar a quien recibe una denuncia de ese tipo, señala: «Si se produce algo de esa índole y hay personas que juran delante de Dios que lo que están diciendo es verdadero, ¿qué hace el obispo ante el cura concreto? Para empezar, llama al cura. Lo segundo, le dice: "Ha llegado esto, con juramento". Tercero: "Te voy a pedir algo, mientras esta cuestión no se aclare, tú deja el ejercicio ministerial como ejercicio libre y público, mientras aclaramos la figura. Entretanto, estamos cerca, cuenta conmigo"».

—Y nada de eso sucedió.

—Nada... Y junto a las víctimas, la Iglesia también ha sido tremendamente dañada. Mira cómo apareció la cuestión de Karadima porque no se hizo lo que había que hacer en el momento que había que hacerlo. Y el responsable de eso no es Karadima, sino la autoridad eclesiástica. Las cuentas claras y el chocolate espeso.

—Antonio Delfau me manifestaba su inquietud de que el fallo del Vaticano, pese a ser contundente e importante, tendiera a cerrar el caso, al estilo de los Legionarios de Cristo, sin investigar encubrimientos ni complicidades —le digo.

—Hay que esperar que venga el visitador de Roma. No tengo idea de qué va a pasar, pero sería fatal cerrar el caso con eso y decretar que se acabó el cuento. Por una razón muy simple: hay mucha gente que ha sufrido las consecuencias y hay que poner siempre primero a las víctimas. Y, por otro lado, está todo este lote de curas que también son seres humanos y que a lo mejor muchos de ellos —no todos, no sé— lo están pasando pésimo y no se los puede dejar botados.

Opinión fundada

—¿En qué pie ves el caso desde que partió en abril del año pasado hasta ahora? —le pregunto a Juan Pablo Hermosilla, en la citada conversación del 25 de marzo.

—Estamos en un buen momento, en que uno siente que las instituciones se han ido poniendo al día. Por un lado, la Iglesia en forma clara, con el fallo que salió en febrero, tan duro en contra de Karadima, en que lo acusa de las dos cosas que cometió: los abusos a menores y el abuso ministerial.

»Por otro lado, después de que tuvimos un momento muy oscuro, donde la justicia y un juez en particular habían decidido cerrar el caso sin investigar mayormente y aplicar la prescripción, se han logrado dos avances importantes: reabrir la investigación y el nombramiento por el pleno de la Corte Suprema de la ministra en visita Jessica González, que se hace cargo de esto en forma preferente. Y que ha dicho que va a revisarlo hasta el fondo, que efectuará las diligencias señaladas por la fiscal Loreto Gutiérrez.

Para Hermosilla, llegó el momento en que «el Estado cumpla con lo primordial, que es que se investiguen los hechos de verdad a fondo y se resuelvan las interrogantes: "¿Ocurrieron estos abusos? ¿Con qué gravedad y reiteración? ¿Cuántas personas fueron?"», plantea.

Y lo otro, dice el abogado, «es saber por qué se pudo hacer esto de esta forma». Tal como lo expresó en el alegato de principios de

marzo, Hermosilla sostiene que «lo que se ha descubierto no son los abusos puntuales, aislados, como es la delincuencia normal. Aquí lo que hay es un patrón de conducta permanente durante los últimos cuarenta años, y eso es importante, porque es inimaginable que eso haya ocurrido sin que existiera una estructura que lo protegiera».

Esa estructura —señala Hermosilla— «va más allá de El Bosque, porque sin duda en la jerarquía de la Iglesia existía gente, que, poniéndolo en el mejor escenario para ellos, miraron para el lado. O si no, supieron y, con conocimiento, toleraron que siguiera ocurriendo».

En resumen, dice el abogado, «tenemos estas dos áreas: el saber cuántas personas hay, con qué profundidad fueron afectadas y, sobre todo, hasta cuándo ocurrieron los hechos más graves. Tengo antecedentes que indican que esto fue hasta hace muy poco tiempo atrás, pero eso hay que acreditarlo en el juicio, y para eso no hay que recibir información por el lado, sino que tiene que haber personas que estén dispuestas a declarar. Además, está el tema de la gente que lo ha protegido».

—La percepción que uno tiene es que hay más personas abusadas y que incluso habría casos por lo menos hasta 2010 —le comento.

—Esa es mi opinión también, pero lo importante aquí no es que valga mi opinión, sino que el Estado chileno, precisamente para que no quede entregado a cosas subjetivas, sea responsable y diga que investigó esto hasta el fondo, revisó todos los antecedentes, interrogó a todas las personas que tenía que interrogar y pudo concluir. Y que diga lo que tenga que decir. Yo tengo claro el tema, pero soy una persona, que me represento a mí mismo nomás.

—Y como persona, ¿qué piensas?

—Creo que estos abusos continuaron hasta la época del escándalo, quién sabe si después, pero al menos hasta comienzos de 2010. Esa es mi opinión fundada.

El abogado Hermosilla no da detalles.

Cambio cultural

Los trascendidos del informe del Vaticano señalan que hay más víctimas de abusos. Uno sería un sacerdote cuyo testimonio lo habría recogido el ex arzobispo Errázuriz. Otro, un profesional cuya experiencia de abuso sería de fines de los años setenta, consignado en el informe del promotor de justicia Fermín Donoso[1]. Se habla, asimismo, de otros jóvenes abusados por Karadima, incluso unos en su propia casa. En la «opinión fundada» de Hermosilla, en efecto habría más situaciones críticas. Pero hasta ahora esos casos no se han presentado a la justicia.

En la oficina del abogado, la conversación cambia de giro ante la imposibilidad de ahondar en identidades y circunstancias de nuevas víctimas. El secreto profesional asoma sobre la mesa.

Hermosilla destaca, entretanto, el papel jugado por los medios de comunicación y los periodistas en el transcurso del caso. «Tengo la sensación de que ya pasaron los tiempos en que los chilenos hablaban con eufemismos, porque nada de esto hubiera podido ocurrir si los medios, sus periodistas y editores no se hubieran alineado con su vocación de cuarto poder o de contrapoder... esto era inimaginable hace un tiempo atrás. Hace no mucho, cuando se tocaba a personas poderosas, se inhibían y esperaban las sentencias condenatorias, y mientras tanto no pasaba nada», indica.

Sostiene Hermosilla, que se está generando «un cambio cultural mayor». Y señala que también eso se expresa «en la sensación tras la entrevista de Jimmy Hamilton en *Tolerancia Cero*, con esta especie de *shock*, pero al mismo tiempo de catarsis colectiva; fue notable la cantidad de personas que se sintieron interpretadas por lo que él dice, por su actitud y su tono. Por esto de que fuera un ciudadano común y corriente, un ciudadano

---

[1] Cuando este libro ingresaba a imprenta, *La Tercera* revelaba el testimonio, sin entregar la identidad, de una víctima justamente de fines de los años setenta que hoy sería un profesional de más de cincuenta años. Más antecedentes en *La Tercera*, 11 de abril de 2011, «Caso Karadima: habla víctima menor de edad en fallo Vaticano».

desarmado; no tiene ningún cargo, no es un político, nada y se lanza contra personas con el máximo poder histórico en Chile, de la oligarquía tradicional chilena, y sale con un solo respaldo: su credibilidad».

—Se lanzó en cierto modo contra la oligarquía y contra el poder fáctico de la Iglesia. Por eso es que en términos de comunicación ya ha sido comparado con el efecto que produjo el dedo de Ricardo Lagos antes del Plebiscito de 1988...

—Creo que esto es incluso más poderoso, porque Lagos era un dirigente político importante y, además, no era el único que en ese momento estaba por el restablecimiento de la democracia. Acá ha habido un espectáculo de soledad de las víctimas que ha conmovido a muchas personas comunes y corrientes. Solas, estas cuatro personas salen a enfrentar a estos tremendos poderes con costo personal tras costo personal, sin ninguna ganancia. Costos familiares, profesionales, psicológicos, y creo que eso les ha dado una credibilidad grande.

Apunta Hermosilla que «no solo reclaman por los abusos, sino que en este gesto de prender la luz sobre lo que está ocurriendo señalan con el dedo a las instituciones que no están cumpliendo con su labor, y que en mi opinión, en esta área, no la han cumplido nunca».

La responsabilidad del «garante»

—Tú has hablado de «estructura de apoyo». ¿Puede derivar eso en problemas legales para quienes la integran?

—Es evidente que aquí no se trata de hechos aislados, sino que de un patrón de conducta permanente y persistente en el tiempo. Por lo tanto, aquí tiene que haber habido una estructura de apoyo. Desde el punto de vista técnico, esto puede tratarse de coautores, cómplices o encubridores. Depende; por ejemplo, si una persona le llevaba a un joven para ser abusado, eso sería coautor. Si, sin concierto previo, le presta el lugar para ser abusado, ese es un cómplice.

Y si la persona no participa directamente en los abusos, pero ayuda a proporcionarle impunidad a esa persona, dolosamente, podemos estar frente a un caso de encubrimiento, a lo que se denomina en términos legales «favorecimiento personal».

—¿La figura del encubrimiento puede afectar a autoridades eclesiásticas?

—En mi opinión, y esto va a ser un tema jurídico relevante —aunque muy técnico—, los arzobispos de Santiago en relación con los sacerdotes están en posición de «garantes». Esto significa que ellos, al nombrar sacerdote a una persona le dan un poder sobre la comunidad; y ellos tienen que estar mirando que ese poder no sea mal usado. Porque los obispos tienen cómo desarticular el abuso de un sacerdote.

»Desde ese punto de vista, siempre el obispo tuvo la posibilidad de desactivarlo. Porque si lo suspendían no podía seguir cometiendo esos abusos. Parte de los abusos tuvieron lugar bajo la dirección espiritual o en la confesión. Eso es lo que queremos que se investigue, es un tema jurídicamente complejo, pero nosotros vamos a sostener que las autoridades de la Iglesia estaban en posición de garantes, no eran terceros ajenos, ellos tenían la responsabilidad y, por lo tanto, cuando omites puedes incurrir en delito. Pero en todo esto quiero ser bien responsable, hay que investigarlo.

—¿Podría haber coautores y cómplices también?

—Nosotros vamos a instar y a colaborar con la ministra en visita para que se investigue el ala de la coautoría, de la existencia de cómplices y si hubo posible encubrimiento. Todo esto no en un afán de persecución, pero uno necesita una explicación para entender cómo esto fue posible durante tanto tiempo, con tantas personas, con gestos muchas veces públicos, y que nadie haya dicho nada ni haya detenido esta cuestión. Si esto se hubiera detenido hace veinte años, la historia de muchas personas sería bastante más grata y menos dura de lo que es hoy.

Obispos píos desde la Asamblea

La queja hacia la falta de acogida por parte de la jerarquía es directa: «La Iglesia no ha tenido ningún gesto de acercamiento ni siquiera de preguntar cómo están nuestras familias, cómo están nuestros hijos que, además, están en colegios católicos. No ha habido ningún mecanismo ni siquiera de contención», me señalaba en una conversación en junio de 2010 Jimmy Hamilton. Y en esto «ha habido despreocupación, por llamarlo de una manera suave, que lo único que hace es confirmar el terror frente a la verdad de parte de la jerarquía, que es indesmentible».

—¿Hablas de cero apoyo de la Iglesia?

—De la jerarquía, cero. Pero hemos tenido apoyo de sacerdotes que han sido realmente importantes. Como te decía, Percival Cowley es tal vez el que más ha apoyado... Algún otro, a José Andrés, pero el resto, nada —señalaba Hamilton en esa oportunidad.

Y de los obispos de la Pía Unión solo recibieron descalificaciones, incluso públicas. Por eso, era esperable que las víctimas no reaccionaran positivamente frente a la tardía declaración que los cuatro obispos «creados» por Karadima emitieron desde la Asamblea de Punta de Tralca, el 7 de abril último. Ese comunicado surgió tres días después de la carta de quince sacerdotes de la Pía Unión que fue entregada al arzobispo de Santiago y presidente de la Conferencia Episcopal, Ricardo Ezzati, al inicio de la reunión de los obispos.

En su declaración, Andrés Arteaga, Juan Barros, Tomislav Koljatic y Horacio Valenzuela señalaron: «Con gran dolor hemos asumido la sentencia que declara su culpabilidad en graves faltas sancionadas por la Iglesia». Los cuatro obispos dan cuenta de que «como tantos, hemos conocido con profundo asombro y pena esta situación y sus diversos y múltiples efectos», en una nota que hace presente que fue emitida «en comunión con nuestros hermanos obispos de la Conferencia Episcopal de Chile».

Además, manifiestan su «filial, permanente y plena adhesión a todo lo que la Santa Sede ha dispuesto o pueda disponer en relación con el padre Fernando Karadima».

Dedicaron también un párrafo a las víctimas al expresar «solidaridad y cercanía con ellos, sus familias y con todas las personas que por estos tan tristes acontecimientos han sufrido y se han escandalizado».

Hacen ver, asimismo, que «cada uno de nosotros ha sido duramente impactado por esta tan lamentable situación y hemos también vivido jornadas muy tristes. Nos ha confortado la oración y el apoyo fraterno de muchos».

En otro de los párrafos expresan su más absoluto rechazo y dolor «por cualquier actitud impropia de un consagrado». Y piden «humildemente al Señor que nos ayude a sanar estas heridas tan dolorosas, especialmente para las víctimas y para tantos hermanos y hermanas afectados».

«No nos dejen fuera del Arca de Noé»

La declaración de Punta de Tralca del 7 de abril de 2011 puede interpretarse como parte de un estudiado plan comunicacional para enfrentar la crisis, que contó con la asesoría de expertos extranjeros que estuvieron presentes. Así lo entendió el periodista Juan Carlos Cruz, especialista en estas materias, quien reaccionó indignado desde Milwaukee, Estados Unidos, donde reside. «¿De qué sirve todo esto? Son expertos en darse vuelta con las palabras al más puro estilo de El Bosque», me dijo cuando lo llamé a las pocas horas de conocer la declaración de los obispos.

«Es una declaración en que pretenden blanquearse, pero no muestra arrepentimiento ni perdón», sostiene Cruz. «No reconocen haber visto nada y ellos estaban ahí y vieron lo que vimos nosotros, como se lo declaramos al fiscal. No manifiestan en ese escrito voluntad de colaborar con la justicia. Creo que no sacan nada con seguir haciendo declaraciones si no se ponen a disposición de

la justicia», señala Cruz, porque «Tomás Koljatic, Andrés Arteaga y Juan Barros vieron las mismas cosas que yo vi. Toqueteos y besos», reitera Cruz.

Para él, los obispos de El Bosque «al menos son encubridores, e incluso podrían ser cómplices de los abusos de Karadima. Ellos eran parte de su red de protección. No pueden, por una simple declaración, blanquearse». Similares palabras expresó Cruz a Televisión Nacional el mismo día.

José Andrés Murillo, entretanto, manifestó a radio ADN: «Esa carta de los cuatro obispos no tenía como finalidad pedir perdón a las víctimas, sino que "salvarse y estar dentro de la Iglesia". Lo que quisieron hacer los cuatro obispos es decir "no nos dejen fuera del Arca de Noé", porque el Vaticano los había dejado absolutamente fuera». Según Murillo, ellos «buscan salvarse y estar dentro de la Iglesia». Indicó que la declaración era «un paso importante», sin embargo, manifestó que le gustaría «que en algún momento hubiera una declaración pública en la que pidan perdón no solo a la comunidad, sino a las personas con nombre concreto».

El obispo de San Bernardo, Juan Ignacio González Errázuriz, numerario del Opus Dei, salió al paso de Murillo: «Pedir cosas así, extralimitarse en peticiones, puede hacer mal a la gran causa que se quiere, que es evitar esto (los abusos) y que todos nosotros nos curemos de este mal, sobre todo ellos que han sido víctimas», indicó González a Radio Bío-Bío.

La defensa del obispo del Opus Dei estuvo en línea con la del arzobispo Ezzati, quien les tendió un salvavidas a los cuatro obispos de El Bosque. Al término de la reunión de Punta de Tralca, monseñor Ezzati puntualizó: «Cuando hay acusaciones, el que acusa tiene que probar también sus acusaciones y entonces yo quisiera pedirles a estas personas que acusan a estos hermanos obispos que no solamente lancen acusaciones, sino también que las prueben»[4].

---

[4] *El Mercurio*, 9 de abril de 2011. «Episcopado pidió perdón a víctimas, admitió errores e hizo nuevo protocolo para estos casos.»

Las palabras de Ezzati en esas oportunidades contrastan con el silencio que mantuvo ante los dichos a la revista *Caras* del cardenal Jorge Medina Estévez, quien días antes apareció calificando de «actos de homosexualidad» a los abusos de Karadima, porque «un muchacho de diecisiete años sabe lo que está haciendo»[5]. Aunque el octogenario cardenal se retractó en parte, su investidura no fue rozada con un llamado de atención público de las autoridades de la Iglesia.

«Actitud corporativa y militarizada»

Conversé también al cierre de estas páginas con Jimmy Hamilton. «Todo esto me deja un gran aprendizaje. Lo primero que veo es que la sociedad estaba viviendo en una época de oscurantismo, cegada, creyendo en que estas instituciones que parecían funcionar bien y acogernos en nuestras vulnerabilidades y sufrimientos como seres humanos, no lo estaban haciendo», dice refiriéndose a la Iglesia Católica chilena.

«Uno tiene su propia verdad, una verdad incontestable y que está entrelazada en la piel y el alma. Que la confirmen o no, solo cambia el vivirla acompañado o en soledad; la justicia, la Iglesia, la sociedad no cambian, ni el dolor ni el trauma; le dan un poco más de sentido, porque se puede compartir. Pero eso no logra el fin último que es la reparación…»

En particular critica la actitud de los obispos: «Que los obispos esperen las órdenes del Vaticano demuestra lo minúsculo de su actitud de andar solo preocupados de lo que dice el jefe de la "Sede Santa" —así entre comillas, precisa—. Muestran que no tienen una capacidad de ver y tomar una opción. El asunto es si creen o no en el ser humano».

Según Jimmy Hamilton, «el que esperasen que viniera una orden confirma una actitud corporativa, militarizada, completamen-

---

[5] Revista *Caras*, N° 600, 1 de abril de 2011, «El caso Karadima bajo la mirada del cardenal Jorge Medina: "Un muchacho de diecisiete años sabe lo que hace"».

te disonante del Evangelio de Cristo, que apunta a la persona humana… Cristo no esperaba que vinieran los sacerdotes o los fariseos a decirle lo que estaba bien o mal».

Reconoce, después de escuchar las voces que salieron a acatar después del fallo, «una actitud no solo lejana sino contraria al Evangelio, una actitud que no corresponde a la Iglesia de Cristo, el pueblo de Dios, bautizados o no, la Iglesia de Jesús. La Iglesia del camino comunitario y de la "salvación" comunitaria».

En este momento, que muchos han definido como la hora de las víctimas, Jimmy Hamilton en lo personal siente que «lo más importante es que cada uno tiene el deber de repararse». Y explica el alcance del concepto que utiliza: «Esto consiste en transformarse en una persona útil para la sociedad, rehabilitada en su corazón, en su autoestima, en condiciones de amar y ser amado. Porque esto que te reconfirmen —dice— no tiene tanta importancia. Lo que sí importa es que la persona se pueda sanar. Y eso es un proceso de años».

Agrega que él espera que estos «ciudadanos rehabilitados sean personas mejor plantadas ante la vida. En capacidad de acoger y ayudar al que sufre… porque han vivido en carne propia lo que esto significa».

Por eso, para él, «no solo se trata de establecer esa verdad, sino lograr la reparación que es el fin último de este proceso». Así, estima, se podrá «recuperar a un grupo de valor social inigualable y evitar que el abusado repita las conductas con sus semejantes». Al final —insiste— se trata de «velar por la salud de las víctimas, evitar más victimarios, porque eso significa salud para la sociedad».

«Caso de la Iglesia chilena»

Jimmy Hamilton, en una de las primeras conversaciones en abril de 2010, me dijo una frase de la que me he acordado en estos días de abril de 2011. Los hechos en estos momentos se han precipitado en una vorágine que parece no detenerse y sus palabras

adquieren un sentido que un año atrás podría haber parecido exagerado: «El caso Karadima no es solo el caso Karadima. Es el caso Iglesia chilena», porque para que haya sido posible que esto ocurriera durante tanto tiempo, «han estado funcionando redes de protección».

Además, el mismo caso Karadima ha hecho detonar otras situaciones que complican por estos días a la Iglesia de Santiago. Por ejemplo, la referida a los abusos de diferente índole que habría perpetrado Isabel Margarita Lagos Droguett, la superiora de las Monjas Ursulinas, conocida como «Sor Paula». Aunque la monja no era dirigida espiritual de Karadima, comparte con el ex párroco de El Bosque algunos rasgos: su autoritarismo, el permanecer por años en el cargo y una estrictez en materias familiares y sexuales propias del conservadurismo religioso.

La cuestionada monja ursulina prohibía a las alumnas del colegio usar poleras con escotes y tirantes delgados; e impedía al ingreso a su establecimiento a hijas de padres separados. Curiosamente, el tradicional colegio de Vitacura cuenta entre sus alumnas a varias hijas de ex integrantes de la Acción Católica de El Bosque.

Cabría suponer, por lo tanto, que era uno de los establecimientos que Karadima consideraba adecuado para que sus discípulos pusieran a sus hijas. Y quizás escribió más de alguna carta de recomendación a la «madre Paula», a quien conoce.

El *mea culpa* de la Conferencia

La declaración de la Asamblea Episcopal en pleno, con sus anuncios del viernes 8 de abril, confirmó la importancia que le estaba dando la jerarquía al caso. De hecho, aunque originalmente esa no era la pauta previa, toda la semana la dedicaron los obispos a analizar y reflexionar sobre el crítico momento en que se encuentra la Iglesia chilena. En un documento que se ha considerado un «histórico mea culpa», el pleno de la Conferencia Episcopal reconoció «que

no siempre hemos actuado con prontitud»; subrayó que la Iglesia debe estar en continua «purificación» para no cometer los «errores del pasado», y destacó que «entre lo más repudiable en la vida y ministerio de un sacerdote están el abuso de poder y el abuso sexual». A la vez, los obispos ofrecieron «humildemente nuestra petición de perdón y el apoyo que podamos darle» a las víctimas.

Los prelados anunciaron medidas que pondrían en práctica en los próximos meses: hacer más expeditos los procedimientos de investigación sobre abusos; otorgar atención psicológica y espiritual a los denunciantes; y crear un organismo dependiente de la Conferencia Episcopal para orientar las políticas de prevención de abusos sexuales. En esa línea se inserta el viaje que realizó en febrero a Estados Unidos el canciller del Arzobispado, Hans Kast, para estudiar la situación y las fórmulas para generar «ambientes sanos y seguros».

La «reformulación de los protocolos para enfrentar los casos de abusos» que implicaría acelerar las investigaciones quedó en manos de una «comisión jurídica» constituida a fines de 2010[a]. En esa instancia tienen importante presencia dos abogados del Opus Dei: Hernán Corral Calciani, profesor de la Universidad de Los Andes, y el obispo de San Bernardo, Juan Ignacio González. Los otros dos integrantes son Jorge Precht Pizarro y Ana María Celis, profesores de la Universidad Católica.

Pero el Opus Dei no ha estado presente únicamente en el ámbito jurídico en esta hora de tan profunda crisis de la Iglesia Católica chilena. La Asamblea Episcopal reciente contó con el aporte de especialistas comunicacionales españoles de la Obra de Dios. Uno de ellos, Juan Manuel Mora, vicerrector de Comunicación Institucional de la Universidad de Navarra del Opus Dei, fue el experto que estuvo a cargo de encarar la crisis que provocó en ese movimiento la película y el libro *El Código da Vinci*, de Dan Brown. Otro de los invitados es Diego Contreras,

---

[a] *La Tercera*, 10 de abril de 2011: «El día después del Episcopado y el destino de Arteaga.»

decano de Comunicación de la Universidad de la Santa Croce, entidad del Opus Dei en Roma, creada por José María Escrivá de Balaguer. El tercero, también miembro del Opus, es el sacerdote José María Gil Tamayo, director del secretariado de la comisión episcopal de medios de la Conferencia Episcopal Española.

El desafío para los expertos y para las máximas autoridades de la Iglesia es que esta vez —a diferencia del *El Código da Vinci*— no se trata de una obra de ficción, aunque a ratos lo parezca.

La puesta en escena de la lectura de las conclusiones de la Conferencia Episcopal vino acompañada de algunos gestos. El documento lo leyó uno de los obispos de la Pía Unión, Horacio Valenzuela.

Terminada la reunión, todos los obispos aparecieron con una actitud más abierta, hablando con los periodistas que querían entrevistarlos. Hasta Andrés Arteaga, en conversación con *La Tercera*, admitió su «responsabilidad», reconoció que estaba enfermo de Parkinson y anticipó que próximamente se iría a España a efectuar un tratamiento[7]. Se supo también que Arteaga cambió de domicilio; dejó la parroquia de Santa Marta, donde vivía con el párroco Javier Barros desde hace más de diez años, y se trasladó al centro de la ciudad, a la parroquia de El Sagrario, en la Plaza de Armas, junto a Francisco Javier Manterola, el sacerdote de la Pía Unión que retiró su firma de la carta de los quince.

Tomás Koljatic admitió haber sido portador de un sobre, pero solo eso, pero nada sabía de cheques, a propósito del pago a Óscar Osbén, del que fue portador. E invocó a Dios para asegurar que no tenía conocimiento de «actos indebidos graves que uno pudiese recordar». Juan Barros Madrid afirmó que «la Santa Sede ha dicho y yo he dicho que es culpable», refiriéndose a Karadima, pero aseguró que «no presencié actos indebidos». Hasta Felipe Bacarreza, el obispo auxiliar de Concepción, sacó la voz para señalar que hace muchos años se había ido de El Bosque y

[7] *La Tercera*, 10 de abril de 2011. «El día después del Episcopado y el destino de Arteaga.»

ni siquiera reconoció haber sido alguna vez parte de la Pía Unión Sacerdotal. «Yo dejé de participar en el año 79», pero no dio las razones de su alejamiento[*].

En otra dimensión

El cierre de la Asamblea incluyó una fotografía oficial de todos los obispos de Chile vestidos con chaquetas negras o gris oscuras y pantalón.

Al ver la fotografía y los intentos por mejorar la imagen tras el impacto de la debacle generada por Karadima, recuerdo las palabras que me dijo Jimmy Hamilton hace unos meses en una de nuestras conversaciones: «La situación de la Iglesia Católica es sumamente compleja, llena de secretismos, de falta de transparencia, que hace ver que los grupos que están moviendo a la Iglesia en Chile la transforman en una organización llena de pecados ocultos, de daños, de gente afectada y de personas empoderadas que se sienten dueñas de la verdad y del perdón. Se perdonan entre ellos, se guardan secretos entre ellos en vez de estar acogiendo a posibles víctimas, como le dije a Fermín Donoso».

Puede ser muy positivo que los procesos eclesiales vayan en el futuro más rápido. Que se tomen las medidas para examinar mejor a quienes van al Seminario y que se cree el centro de atención de víctimas a partir de las investigaciones que el sacerdote Hans Kast y el director del Seminario, Fernando Ramos, hicieron en Estados Unidos en febrero. Pero nada de eso es suficiente en una crisis como la desatada por la acción de este «señor de los infiernos», que actuó a vista y paciencia de la jerarquía eclesiástica durante cuarenta años.

Hoy por hoy, parece indispensable la colaboración real y efectiva con la justicia. Mientras los obispos y sacerdotes de El Bosque no digan la verdad de lo que vieron y vivieron a la ministra

[*] *El Mercurio*, 9 de abril de 2011: «Episcopado pidió perdón a víctimas, admitió errores e hizo nuevo protocolo para estos casos.»

en visita Jessica González, todos sus otros intentos por mejorar la imagen ante la opinión pública quedarán solo en eso. O serán interpretados como acciones tendientes a un marketing eclesial para limpiar imagen.

La sociedad chilena, después de lo ocurrido en torno a Fernando Karadima, tras las denuncias de Jimmy Hamilton, Juan Carlos Cruz, José Andrés Murillo y Fernando Batlle, en abril de 2010, está viviendo en otra dimensión que parece necesario captar. El «cambio cultural» del que se empieza a hablar está en desarrollo. Es parte de «los signos de los tiempos» que tendrá que apreciar la Iglesia si quiere prevalecer.

«Ellos también hablan por mí»

Justo el día que terminaba de entregar este libro a la editorial, el mismo viernes en que la Conferencia Episcopal cerraba su reunión, viví un episodio que me hizo ver con especial nitidez el impacto que había tenido en personas muy diversas la valentía de las víctimas de Fernando Karadima.

Iba saliendo a la universidad y le conté a Carmen, quien trabaja en mi casa, que por fin esa tarde terminaría de escribir. Ella me ha visto en intensas jornadas frente al computador y algunas veces intercambió unas palabras con mis entrevistados. Mientras me despedía y le hacía los habituales encargos domésticos, le dije que por fin culminaba la entrega de los originales del libro. Tomó el diario que estaba sobre una silla, me comentó la nueva denuncia sobre la «madre Paula», la superiora de las Ursulinas, y a los pocos instantes, me miró y me dijo con una voz especial: «Que le vaya bien, señora, que le vaya muy bien con el libro».

Me extrañó un poco el tono algo enronquecido de Carmen, que suele ser una persona alegre. Levanté la vista y la miré. Vi sus ojos que se llenaban de lágrimas y rompió en llanto.

—¿Qué le pasa, Carmen? —le pregunté— ¿Tiene algún problema?

Sacó de nuevo la voz y me dijo emocionada:

—Es que yo estoy tan agradecida de don Jimmy, de don Juan Carlos y de los otros jóvenes que han sido tan valientes. Ellos también hablan por mí.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Señora, es que yo fui abusada por un familiar, cuando era una niña de nueve años; comprendo lo que les ha pasado a ellos. Pero yo nunca me atreví a denunciarlo. Por eso los admiro y estoy tan agradecida.

Escuché su relato. Estaba impactada. Percibí, de esa manera tan cercana de nuevo, que aquella historia que se inició —para mí— con ese e-mail de Jimmy Hamilton y con su confidencia en el living de mi casa hace un año, ha estremecido no solo a la Iglesia chilena, sino que a toda la sociedad.